

**VOCES DEL SILENCIO. RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS SOBRE LAS
VIOLENCIAS CONTRA LAS MUJERES EN EL SISTEMA PATRIARCAL**

WENDI YIETH VILLA PÉREZ

**PROYECTO DE INVESTIGACIÓN CREACIÓN DIRIGIDO POR:
CLAUDIA PATRICIA TORRES CRUZ**

**PROYECTO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN ARTES ESCÉNICAS**

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
FACULTAD DE BELLAS ARTES
LICENCIATURA EN ARTES ESCÉNICAS
BOGOTÁ D.C 2023**

***“NO DESEO QUE LAS MUJERES TENGAN PODER SOBRE LOS HOMBRES,
SINO SOBRE ELLAS MISMAS”***

Mary Wollstonecraft

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a cada persona que se ha cruzado por el camino de esta investigación.

A mi madre por ser mujer y enseñarme a ser fuerte en un mundo cruel.

A mi padre por brindarme su apoyo durante todos mis estudios.

A las maravillosas mujeres que confiaron en mí, aceptaron contar su historia e hicieron de esto más que un trabajo de grado una experiencia inolvidable.

A mi tutora Claudia Torres por su acogida cuando me sentí perdida, porque me hizo confiar en que lo que yo quería hacer, era un mundo posible y válido como cualquier otro.

A Annie, mi amuleto de cuatro patas por acompañarme cada tarde, cada noche y cada mañana que me senté a escribir.

A ti lector o lectora por haber llegado aquí, ya sea por azar, por coincidencia, por curiosidad, por sugerencias, por gusto o por error.

A ustedes gracias.

CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN.....	5
2. ¿UNA VIOLENCIA QUE NOS CONFIGURA O DESCONFIGURA? (Planteamiento del problema)	7
3. EN BÚSQUEDA DE UNA CONSTRUCCIÓN MUJER, DOCENTE Y ARTISTA (Justificación).....	9
4. OBJETIVOS.....	12
4.1 Objetivo general.....	12
4.2 Objetivos específicos.....	12
5. RUTA METODOLÓGICA	13
6. INDAGACIÓN ÍNTIMA.....	13
6.1 Páginas de la mañana	13
5.2 Teatro documental.....	17
5.3 El audiovisual	21
5.4 La máscara	23
7. INDAGACIÓN COLECTIVA.....	26
7.1 De la mujer tradicional a la mujer moderna	27
8. DISEÑO DE UNA EXPERIENCIA FEMENINA.....	29
8.1 Biografía narrativa.....	29
8.2 El poder de lo erótico	31
8.3 Desarrollo de la experiencia femenina.....	33
8.4 Etnografiándonos en pijama (Primer encuentro)	38
8.5 Autobiografiándonos en un picnic (Segundo encuentro)	40
8.6 Sanando en aguas mágicas (Tercer encuentro)	42
8.7 Definiciones de violencias.....	46
9. LA COCINA DE MI ESCRITURA.....	48
10. ESCRITORAS.....	50
11. DESCUBRIMIENTOS.....	53
12. BIBLIOGRAFÍA.....	59

INTRODUCCIÓN

La presente investigación se desarrolla bajo la modalidad de la línea Investigación creación.

La investigación creación puede apostarle al conocimiento del ser a través de la exploración técnica artística, más aún a través de la práctica artística. “En las ciencias y las humanidades el objeto de estudio está alejado o fuera del sujeto, y este alejamiento es necesario para poder comprenderlo, pero en la creación artística, parte de la materia prima para la creación viene del sujeto que crea y éste es un importante aporte, aquí son inseparables sujeto y objeto de investigación- creación, son dos en uno” (Daza Cuartas ,2019, p 90-91).

La creación pretendía ser inicialmente una dramaturgia que hablara sobre las violencias simbólicas basadas en género atravesadas por estudiantes mujeres, incluida la investigadora, pertenecientes a la Licenciatura en Artes Escénicas de la Universidad Pedagógica Nacional. Sin embargo, resultó siendo una serie de relatos autobiográficos que cuentan testimonios sobre diferentes violencias contra las mujeres, entre ellas violencia sexual, patrimonial, económica, física, verbal, psicológica y simbólica. Surge de esta manera ya que el desarrollo que tuvieron los encuentros, se caracterizó principalmente por contar de forma verbal nuestras historias de vida, que quedaron registradas mediante audios. Aquellos testimonios evocaron desde mi perspectiva una naturalidad y sinceridad en las palabras e historias de estas mujeres que me parecía pertinente conservar, además la forma en que habían habitado las violencias tenía significaciones particulares en cada una, y sentía la necesidad de respetar las historias desde su individualidad. Por otro lado, se vislumbraba un interés de todas las participantes por comunicar sucesos que generalmente ocultamos, y esa formar de narrar es en la que finalmente se sitúa mi escritura, con una cualidad descriptiva y literaria, pero llena de verdad.

No obstante, este es un texto que puede ser utilizado para la adaptación de una dramaturgia, queda a disposición como un texto mediador para el aula al hablar sobre las violencias contra las mujeres, y también para reflexionar sobre nuestra población universitaria en torno a nuestro lugar político, frente a una práctica docente que nos confronta día a día con cuerpos marcados por la violencia, claramente evidenciados desde los testimonios de mujeres, profesoras y artistas de la UPN.

La recopilación de los relatos se indagó a partir de dos categorías de las que parto: Por un lado, el teatro documental, “el cual se construye basando su dramaturgia en hechos concretos, testimonios (textuales y no) obtenidos tras una investigación que surge entre el periodismo de investigación y los testimonios cuya fuente no es otra que hechos verdaderos” (Marín, s.f; párra. 1). La realidad que se extrae del documento, del habla o del texto, debe partir de ser hechos comprobados que sustenten con claridad la existencia de los mismos. En nuestro caso particular estas verdades provienen de las autoras directas, es decir, de las mujeres que han sido víctimas de la violencia y lo manifiestan mediante sus testimonios orales, textos escritos y dibujos.

Por otro lado, la investigación biográfico-narrativa, según Bolívar (1998) se comprende mediante una reconstrucción retrospectiva principalmente (aunque también las expectativas y perspectivas futuras) de autobiografías, biografías, autoetnografía, historia oral, diarios y reflexiones escritas. “En las entrevistas biográficas los sujetos son inducidos a reconstruir su historia de vida, mediante un conjunto de cuestiones temáticas que van estimulando que el entrevistado recuente su vida” (Bolívar do fer, 1998, p 17).

Para la elaboración de los relatos autobiográficos se llevaron a cabo siete horas y cuarenta y cinco minutos de grabación de audios, registrados durante el desarrollo de tres experiencias diseñadas para cuatro mujeres, incluida la investigadora. Cada sesión se realizó en días y lugares distintos, así como con objetivos específicos. Dichas experiencias se consolidaron en una pijamada, un picnic y un encuentro en aguas termales que se entretajeron finalmente desde el lugar que llamé *la cocina de mi escritura*, donde se da todo el proceso de escritura, transcripción de los testimonios a partir del audio, diálogos con el propio texto y emociones que surgen a partir de los mismos relatos.

Previamente a la ejecución de las experiencias, las mujeres fueron informadas del carácter investigativo que contenía la participación de las mismas, a quienes se les comunica las temáticas de cada encuentro a desarrollar desde un lugar etnográfico y biográfico en diferentes etapas de nuestras vidas, en la búsqueda por recopilar las violencias vividas por cada una.

La escritura final detonó el texto titulado *Voces del Silencio*, el cual intenta describir fielmente los hechos narrados por las mujeres y ubica algunos momentos de ficción en aquellos vacíos que no se resuelven dentro de los encuentros; y, por lo tanto, de las grabaciones. La selección de los materiales y de las historias contadas por cada mujer, fueron elegidas y organizadas por

la investigadora de forma anacrónica, en escucha a las intuiciones que las mismas historias de las mujeres le sugieren para la construcción de una estructura. Se realizaron varias capas de escritura, las cuales pasaron repetidamente por procesos de depuración, quedando definitivamente los testimonios más relevantes para las mujeres, y más dicentes para la investigadora en relación con las violencias. En acuerdo con las participantes se guardará la confidencialidad de su imagen y sus nombres reales, quienes llevan en la obra el nombre de sus propias madres.

¿UNA VIOLENCIA QUE NOS CONFIGURA O DESCONFIGURA?

La violencia es un fenómeno social que ha afectado a todas las sociedades, en períodos de tiempo y contextos distintos, se presenta desde un ámbito político hasta el ámbito doméstico. Este tipo de violencia actúa como "la utilización de la fuerza, la intimidación o el terror para dañar, causar sufrimiento o controlar a otros" (Comisión de la Verdad de Colombia, 2021, p. 20). Incluyendo la violencia física, psicológica, sexual y simbólica.

En un sistema regido por relaciones sociales que se estructuran y funcionan bajo intereses económicos y políticos particulares de una comunidad, estado o sociedad. Es natural que se creen estrategias para la conservación de estos mismos sistemas de poder y dominación. Para ello se ha recurrido a la utilización de la violencia como un medio o mecanismo de control en aras de establecer un orden específico y adquisición de poder. Walter Benjamin problematiza la idea de que exista una legitimación de la violencia que se geste a través de la instauración y conservación de instituciones de poder, que la monopolizan y justifican. Además, afirma que "La violencia sería connatural a nuestra naturaleza, una "materia prima más", y tendría la función de una selección del más apto y fuerte" (Lizarazo, 2012, p 90-91), y esta perspectiva se relaciona con la aceptación social de que el estado justifique sus acciones violentas en la búsqueda por defender los derechos y la justicia.

La violencia contra la mujer es un mecanismo que ha tomado, a lo largo de siglos, un significativo impacto sobre nuestros cuerpos, modos de relacionarnos con otros y estructuras de pensamiento, que se fortalecen bajo unas relaciones de poder. Según Foucault "una relación de

fuerzas, o más bien toda relación de fuerzas es una relación de poder. Toda fuerza ya es relación, es decir, poder: la fuerza no tiene otro objeto ni sujeto que la fuerza” (Moreno, 2006, p, 2). Estas relaciones son inherentes al sistema patriarcal al que está adscrita la sociedad. Es una brecha que se ha abierto y se sigue perpetrando generación tras generación. Según la organización mundial de la salud (OMS), la violencia contra la mujer se define como “todo acto de violencia de género que resulte, o pueda tener como resultado un daño físico, sexual o psicológico para la mujer, inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la privada” (OMS,2015, párr.1).

Teniendo en cuenta nuestro contexto social enmarcado por una historia alrededor de las violencias que nos permea, configura y transforma, es inevitable desde mi perspectiva separar la formación docente y construcción personal como dos lugares o ejercicios aislados de nuestra identidad, pues constituyen un todo. Ser docente, ser individuo social, ser profesional se tejen a raíz de unas posiciones éticas, políticas que cobran sentido por las experiencias, las condiciones de vida, la identidad, la raza, el género, el contexto, la posición económica etc. Estas configuraciones se pueden comprender desde una mirada interseccional, donde al hacer parte de un grupo social, se reconozcan las estructuras de poder instauradas que traen consigo condiciones diferentes y desiguales para cada persona. De manera que la construcción de identidad es una experiencia individual, independientemente del hecho de pertenecer o estar inscrito en una misma comunidad, pues existen otros factores que intervienen y logran significaciones únicas para cada individuo.

Es por ello que emerge una preocupación respecto a la visibilización y nombramiento de las violencias, pero también una necesidad de reflexionar para luego poder transformar realidades diversas como educadoras y educadores. De modo que el primer paso es reconocer, reconocernos y reconocer al otro, identificar que estamos siendo actores de la violencia o violentados, para que de esta manera no solo transformemos nuestras prácticas, sino que también encontremos en las expresiones artísticas un medio de comunicación, denuncia y acción. De esta manera, se busca poder replantearnos nuevas perspectivas que no permanezcan en la simple reproducción de patrones e imaginarios que lo único que hacen es perpetuar y potencializar dichas violencias. A partir de ello surge un interrogante ¿Cómo visibilizar las diferentes violencias contra la mujer, experimentadas y reconocidas por cuatro profesoras en formación de

la Universidad Pedagógica Nacional, inscritas en la Licenciatura en Artes Escénicas, para generar reflexiones y discusiones de esta problemática desde nuestro rol docente?

EN BÚSQUEDA DE UNA CONSTRUCCIÓN MUJER, DOCENTE Y ARTISTA

Somos lo que ha hecho la cultura en todas y todos, somos lo que nos rodea, somos el contexto social en el que vivimos, somos lo que nos dicen que seamos, pero llega un punto en el que somos, solo si decidimos ser.

La presente investigación es llevada a cabo por una docente en formación en la búsqueda de reconocer, visibilizar y denunciar mediante un texto narrativo, cómo algunas mujeres de la LAE a partir de prácticas y situaciones cotidianas hemos sido atravesadas por diversas violencias de generación en generación a lo largo de nuestras vidas. El análisis central de la investigación pretende dar voz a mujeres que por razones individuales han permanecido en silencio, para ello nos basaremos en sus experiencias y relatos propios de vida.

Es importante dentro de esta investigación comprender de qué manera las violencias se transversalizan en la construcción personal y profesional de estas mujeres. Partiendo de que estas violencias impactan de manera estructural sus vidas, sus modos de pensar, de relacionarse con otras personas y de representar su propia realidad. Tal impacto configura las decisiones que caracterizan nuestro rol docente.

En consecuencia, como mujer, investigadora, profesora, y artista encuentro pertinente e importante comprender y declarar en esta investigación que los cuerpos con los que nos encontramos y relacionamos en el aula, o fuera de ella, son cuerpos que devienen de una cultura profundamente marcada por la violencia, desde las particularidades de cada uno y cada una, lo cual nos hace distintos y heterogéneos. De tal manera que comprender desde una mirada interseccional las condiciones diferenciadas y desiguales que se crean alrededor de cada una de las realidades, se convierte en una tarea indispensable, pues al hablar de ciertas problemáticas existentes en la sociedad nos remite a pensar en las categorías naturalizadas que invisibilizan nuestras prácticas e intentan demostrar una homogeneidad respecto a situaciones donde permean

juegos de poderes claros, que no construyen una sola identidad sino múltiples dentro de una misma comunidad. “Algunas personas han entendido la propuesta interseccional como un esfuerzo por mostrar la existencia e impacto de las diferentes desigualdades frente a las resistencias de aquellas personas que las niegan” (Platero, 2014, p.61).

Visibilizar nuestras dinámicas dentro de una cultura de la violencia, nos permitirá reflexionar sobre nuestra propia práctica docente como comunidad, con base en la no reproducción de estereotipos, prejuicios e imaginarios sociales que constituyen y representan algunos cuerpos feminizados de la LAE. La “feminización” entendida desde el punto de vista de Otero Carrasco (2009) como:

“El procedimiento por el cual un grupo social interfiere en la construcción de la subjetividad de una parte de sus miembros estableciendo unas funciones, actitudes, comportamientos, capacitaciones y apariencias concretas que les modele hacia el prototipo instaurado en el entorno tratado. Es decir, que en este caso la feminización es el concepto que envuelve al acto de hacer de un ser humano un ser desnaturalizado que asume el papel impuesto por el entorno que lo convierte en un producto social denominado MUJER, lo desprovee de su cualidad como persona y lo limita en unos papeles muy definidos dentro de su contexto” (P.1400).

Por esta razón es importante que haya un reconocimiento sobre el lugar que las participantes han ocupado como mujeres, a partir de los encuentros femeninos, que dan cuenta de relatos de vida desde la infancia hasta la contemporaneidad y que atraviesan de distintas formas a cada una. Rescatando a su vez la importancia que significa para nosotras identificar las violencias para desnaturalizarlas, comprender la magnitud en la que se presentan, no solo en cada una, sino en otras mujeres, para así mismo combatir y transformar en la medida de lo posible las afectaciones en la salud física, psicológica y emocional.

Como mujer, docente e investigadora no pretendo abarcar una problemática evidenciada desde la distancia, sino una que ha habitado en mi cuerpo, pero también el de otras mujeres. El detonante que moviliza esta investigación recae sobre las vivencias, la educación, las normas, las reglas, los mandatos, las obligaciones y condiciones a las que estuve y estoy adscrita, en el ámbito familiar, social y educativo. Situaciones de las que hoy en día puedo reflexionar, pero

que de vuelta en el tiempo no me detuve a pensar porque lo consideraba “normal” o porque sencillamente lo aceptaba como la vida que me había “tocado”, y aunque no llegaba a aceptar totalmente muchas de esas vivencias, nunca recibía una educación diferente a reproducir los mandatos de género, los estereotipos, la división sexual del trabajo y a callar en situaciones de abuso sexual. Eran temas que no se mencionaban y por lo tanto quizá no tenían demasiada relevancia, o eso pensaba.

Es por ello que esta investigación se lleva a cabo solo con mujeres, ya que nuestros cuerpos han vivido en carne propia violencias específicas por razón de nuestro género. No se pretende que esta sea una lectura desde la victimización sino desde la empatía, sororidad y resiliencia que hoy le debemos a las mujeres que fuimos, que somos, que seremos y que nos rodean. Lo cual incidió desde el desarrollo de la investigación a partir de un lugar del cuidado y así mismo, se espera que las lectoras y lectores puedan interpretarla desde allí, aportando así a la construcción de una comunidad solidaria. Es a través de esa suerte de solidaridad femenina que emerge el concepto de “sororidad” sumamente importante en esta investigación.

María Luisa Femenías (2008) sostiene que:

El concepto sororidad se crea cuando se toma conciencia de que la noción de fraternidad tiene como raíz frater, que significa varones -fray- y refiere al pacto entre ellos. Así, resulta que el eslogan que tiene su origen en la Revolución Francesa, libertad, igualdad, fraternidad, restringe la fraternidad a la mitad de la población. En cuanto se dan cuenta, las mujeres apelan a un resabio que mantiene la iglesia: la noción de sor, hermana, de la misma manera que fray hace referencia a hermano. Es así como se constituye el término sororidad como solidaridad femenina. Es la camaradería entre mujeres, el apoyo, la complicidad, el respeto, la colaboración, el aprendizaje, el reconocimiento que se va tejiendo entre mujeres. Admite las alianzas, permitiendo el cambio, la búsqueda de nuevas posibilidades para la eliminación de las opresiones.

En todos nuestros encuentros está presente esta palabra como parte de un contrato verbal, y es entendido desde la empatía que tenemos con las demás, la disposición para la escucha, la honestidad, el apoyo, una mirada desde vernos como iguales, el cuidado de nuestras palabras hacia las otras, el lugar de libertad para expresarnos tranquilamente sin necesidad de sentirnos

juzgadas; las reflexiones que se toman en torno a sucesos de la vida que no nos acontecen únicamente a nosotras, sino que nos pueden pasar a todas; las alternativas que como compañeras, hermanas o amigas podemos tener con el fin de cuidarnos, no solo durante la experiencia, también en la cotidianidad.

Adicionalmente, Lagarde (2006) señala que “la palabra sororidad se deriva de la hermandad entre mujeres, del percibirse como iguales, pudiendo aliarse, compartir y, sobre todo, cambiar su realidad debido a que todas, de diversas maneras, hemos experimentado la opresión” (como se cita en Ornela, 2020, p, 48)

OBJETIVOS

Objetivo General

Construir una serie de relatos autobiográficos que evidencien las violencias contra las mujeres en el sistema patriarcal, atravesadas por cuatro profesoras en formación de la Universidad Pedagógica Nacional.

Objetivos específicos

- Diseñar experiencias de encuentro a partir de las herramientas adquiridas como profesora en formación, que permitan identificar las violencias atravesadas por mujeres, en espacios de escucha y socialización.
- Transponer los testimonios de la narración oral y escrita hacia una creación narrativa que permita dar voz a las participantes y a futuras reflexiones en torno a las violencias contra la mujer.
- Construir una colección de relatos autobiográficos que narren las violencias a partir de experiencias de vida indagadas desde la biografía narrativa y el teatro documental.

RUTA METODOLOGICA

El proceso creativo e investigativo se desarrolla bajo dos momentos: El primero hace parte de una indagación personal e íntima que se explora desde la participación de un proceso académico, el cual indaga los intereses que definirán concretamente el problema a investigar desde ejercicios escriturales como las páginas de la mañana, audiovisuales, corporales con la máscara; y elementos del teatro documental. El segundo momento hace parte del proceso investigativo desde la colectividad, cuando se imparte unas sesiones de encuentro entre mujeres y se logran reconocer las diferentes violencias transitadas a través de la biografía narrativa, la autoetnografía, teatro documental, los conceptos de sororidad, mujer moderna y tradicional. Finalmente, a partir de estos dos momentos se desarrolla todo el proceso de creación que se denomina como “La cocina de mi escritura”, donde se entreteteje la exploración íntima y colectiva, dando como resultado los relatos autobiográficos.

INDAGACIÓN ÍNTIMA

Páginas de la mañana

En medio del caos en el que entré, al no estar segura sobre cuál era el problema de investigación que quería empezar a abordar, escuchaba sugerencias que me llevaban a la posibilidad de realizarlo con mi práctica pedagógica o, por otro lado, podía estar directamente relacionado a mi proyecto de vida. Al principio me parecía muy complejo intentar unir mi proyecto de vida en una sola investigación, aunque era consciente que desde que comencé esta travesía, ya le surgían interrogantes a mi yo profesora respecto al género y el papel que hemos jugado las mujeres en la sociedad.

Resulté relacionándolo más hacia mi proyecto de vida con una práctica pedagógica propia que diseñé específicamente para esta investigación.

Decidí partir de mi experiencia, ello me motivó a investigar a otras mujeres profesoras artistas, que se desarrollaran dentro de mi contexto educativo, de manera que la investigación no se

centrara solo en mi experiencia y subjetividad, sino que, al contrario, existiera una lectura desde otras perspectivas y experiencias con otras mujeres.

La semilla se sembró en el primer Énfasis de Procesos de Creación desde las Artes Escénicas, dirigido por Claudia Torres, cuando nos encontrábamos desde el encierro, en la pandemia COVID-19. Fue un espacio donde confrontamos dudas, intereses, mundos posibles y preguntas sobre aquellos temas que nos movilizaban, al punto de poder ser llevados a una investigación. Inicialmente se propuso, desde el énfasis, un ejercicio de escritura automática, a partir de las estrategias que propone Julia Cameron en su libro *El camino del artista* (2011): allí nos dice que lo primero que necesitamos para rescatar nuestra creatividad es saber dónde encontrarla. Para ello propone una metodología a través de un proceso que “aparentemente no conduce a nada” y que denomina «las páginas matutinas» o «las páginas de la mañana» como las nombramos en el énfasis. Consiste en escribir tres páginas cada día durante todas las semanas propuestas.

“Las páginas están concebidas para que nos familiaricemos simplemente con el acto de mover la mano a través del papel y volcar en él todo aquello que te pasa por la cabeza, sea lo que sea. Incluiremos todo, por tonto, estúpido o raro que pueda parecer. Las páginas matutinas no tienen por qué tener un tono brillante, aunque a veces resulte que lo tienen. La mayor parte de las veces no lo tendrán, pero sólo lo va a saber quién las escribe porque a nadie le está permitido leer las páginas matutinas excepto a uno mismo” (Cameron, 1992, P,1).

El primer ejercicio consistió en ubicar un recurso para la escritura (Libro, cuaderno, hojas sueltas, carpetas) entre otras, a elección propia y en un lugar específico y estratégico a nuestro alcance, de tal forma que al despertar pudiéramos consignar escrituralmente todos los pensamientos que a nuestra mente llegaran. Una vez se escribieran tres páginas, todos los días, por tres semanas, se detenía la escritura. Efectivamente resultaban páginas que no cobraban sentido, con ideas sueltas, separadas; que reflejaban también preocupaciones, placeres, molestias e incluso el mismo sueño que sentía al escribir las páginas apenas abría mis ojos. Siendo un proceso por el cual ya transité, me permito compartirles un poco de lo que eran mis páginas, con una letra poco legible propia del estar aún entre dormida y despierta cuando me sentaba en mi cama a escribir.

De igual manera, se llevaron a cabo “Los inventarios del caos” allí se propuso hacer un escrito por día desde el sentir, los pensamientos, emociones, las ideas que pudieran emerger desde: El corazón, el estómago, los temores, artistas favoritos, lo que no deseo, lo que deseo y de lo que necesito hacer un inventario.

Además, trabajamos alrededor de una lectura, *Las metamorfosis* de Ovidio, en la cual se hace una invocación hacia la divinidad al comienzo del poema: “Me lleva el ánimo a decir las mutadas formas a nuevos cuerpos: dioses, estas empresas mías-pues vosotros los mutaistes-aspirad, y, desde el primer origen del cosmos hasta mis tiempos, perpetuo desarrollad mi poema” (Ovidio, 2003, p,2)

Tomamos como inspiración su invocación y creamos una propia. Esta fue la mía:

“Me llevan los ovarios a denunciar las formas en que mi cuerpo es violentado, pues vosotros lo violentasteis y desde el primer momento lo sexualizasteis.”

A partir de estas escrituras la siguiente premisa consistía en resaltar o subrayar todas aquellas palabras o frases, de las páginas matutinas y los inventarios del caos, que más nos llamaran la atención, sin necesidad de racionalizar por qué la elección de las mismas, sino que intuitivamente nos hubieran interesado. Para una mejor comprensión de este proceso, desde el énfasis se propone partir del concepto de *Punctum* de Roland Barthes (1990) en su libro *La cámara Lúcida*. Allí manifiesta dos elementos particulares que descubre en la fotografía al observarla: El *studium* como ciertos intereses que despierta una fotografía en cada persona y que define como “la aplicación a una cosa, el gusto por alguien, una suerte de dedicación general, ciertamente afanosa, pero sin agudeza especial” (P.64). Por otro lado, el *Punctum* que perturba el *studium* ya que además de aquellos intereses, contienen puntos sensibles y lo define como “un pinchazo, agujerito, pequeña mancha, pequeño corte”, algo que lastima y punza en la fotografía. Al hablar del *Punctum*, resalta el poder del detalle como esa singularidad que perfora, nos alcanza de golpe, nos hiere o nos asesina y, en principio, parece mirarnos sólo a nosotros. Es aquello que conmueve el sin-sentido. El *punctum* es sinsentido y esencia del producto creativo.(Barthes, 1990, p, 64-85).

El proceso del énfasis apropia el concepto de *Punctum* para insertarlo en nuestros procesos de indagación, donde en este caso las fotografías son cada una de las páginas que escribimos, las cuales debíamos observar para luego dejarnos pinchar, lastimar o punzar por las palabras y frases que las mismas páginas nos sugirieron, subrayando o resaltando en nuestras hojas lo que íbamos a denominar como *Punctum*. Y que continuamente debíamos espacializar en algún lugar de nuestra casa. Elegí el costado interior de la puerta de mi closet, pues **no quería que nadie los viera**. El espacio designado haría parte del lugar que procederemos a llamar "Mi taller", donde estaríamos trabajando alrededor de aquellas preguntas, indicios, claves que los punctums nos sugerían.

U INGRESE A LA
UNIVERSIDAD

DIA M A

Me gusta el frío, me gusta el calor
No me gusta broncearme pero fácil me
quemó, no me gustaba mi cabello, ahora
me gusta mi cabello pero no me gusta que
se enrede, no me gusta que se esponje
no me gusta que se quebre, no me
gusta la lluvia, ni los días opacos, me
gustan solo los días soleados, me gusta
el deporte, pero no me gusta mucho correr
porque me duele la cabeza, no me
gustan mis pies porque de pequeña me
dijeron que el dedo pulgar parecía la
cabeza de una galapuga, me gusta la
forma de mis uñas, no me gusta
la debilidad de mis uñas.



WWW.INGRESEALAUI.COM

U INGRESE A LA
UNIVERSIDAD

D M A

demostrar, lo primero es hacia la
pregunta de como llegar a hacer pedag-
ogía de masas para disminuir el
lenguaje sexista en hombres y mujeres
niños y niñas, me decepciona cada vez
que voy al Gimnasio y las mujeres pujan
comentarios como "Ay pero con ese peso
de niña" para los hombres, y estos también
se empujan en levantar un peso de hombre
codigos que ha permeado la cultura y se
reflejan desde muy temprana edad, pero
también hay algo que me aqueja un
poco y no es el lugar de la mujer no
aceptado socialmente, sino el lugar
que le dan a la que si lo es, se convierte
en un coneo poco respetado, agredido
cada vez que sale a la calle, visto
como un objeto y buscado solo



WWW.INGRESEALAUI.COM

Fue allí donde empecé a pensar formas de manifestar esos pinchazos. Se nos propuso partir de la elección de objetos que pudiéramos relacionar a los punctums y así manifestarlos en acciones. Entre ellos elegí un libro, unas bandas de hacer ejercicio, una máscara, un bolígrafo, una fotografía y la primera acción que me inspiraron los materiales a recorrer fue mediante el video.

Mis punctums fueron los siguientes:

Incertidumbre

Hombres y mujeres

Proyecto de vida Escribir

“Ay, pero con ese peso de niña”

Demostrar afecto a mis padres

Calor en el vientre de una mañana fría pedagogía de masas

Lenguaje sexista

Mis maestros

Lágrimas

Vacíos académicos

Energía viva

Me gusta la soledad

No me gusta el frío

Niños y niñas

redes sociales

Códigos

Las

Creo que éste no es el fin de esta escritura

Vista como un objeto

Pensaba que no podía pensar en blanco Por ser mujer

Tener que soportar

El ruido me avergüenza

No somos de preguntar sobre el pasado

Contracciones

Somos muchas

Presión

Don de la palabra

Poder ser

Felicidad

No es el lugar de la mujer aceptada socialmente sino el lugar que le dan a la que si lo es

Miserio salario

Tiempo

Sumisión

Opresión

Una profe frustrada

Amar

Soñar

Abuso de poder

Vidas cuadrículadas

Violencia

Lugares por conocer

Libros que quiero

A partir de estos ejercicios se empiezan a tomar elementos del teatro documental desde el registro de textos escritos que plasmaban en algunos momentos reflexiones sobre los temas que me inquietaban, pues se repetían con constancia en la mayoría de páginas, y así mismo se consideraba importante atender al llamado que me hacían. Ellos estaban directamente relacionados con mi historia de vida, desde cuestiones que me llevaron a pensar que no estaba conforme ni quería aceptar mi “función” como mujer, tales como los deseos esperados sobre mí, por parte de mi familia; comentarios que escuchaba todo el tiempo en diferentes espacios como el colegio, el gimnasio y otras instituciones educativas, que normalizaban cierto tipo de fragilidad e incapacidad femenina al ejecutar tareas específicas. A su vez identificaba una necesidad por hablar de estos temas que, si bien en ocasiones se trataban, generalmente yo no era participe aunque quisiera poner mi voz, por miedo de llegar a sentirme invalidada como de alguna manera me sucedió frente a varias situaciones.

Teatro documental

En este apartado pretendo aclarar que la investigación no se desarrolla a partir del teatro documental, sino que toma parte de la ruta metodológica que éste utiliza para la recopilación de testimonios y los medios para llegar a ellos. El teatro documental no se cataloga como un género teatral propiamente, pero la composición de su dramaturgia se soporta bajo el documento. Éstos pueden provenir de textos escritos, entrevistas periodísticas, testimonios orales de las víctimas y propuestas teatrales que se caracterizan por relatar episodios basados en hechos verdaderos. Teniendo como base las preguntas y temas que finalmente movilizaron la investigación.

Las páginas de la mañana y la selección de los punctums permitieron dar cuenta desde la recopilación de documentos, el registro de un proceso académico desde textos escritos, que, a partir de frases y palabras sin aparentemente ningún sentido, empezaron entrelazarse para construirlo. Creando así una necesidad por conformar historias, desde aquellos pensamientos que no eran más sino el reflejo de la realidad que percibía. Paradójicamente las intuiciones que me movilizaban a escribir aquellas páginas estaban basadas en hechos verdaderos que había

presenciado y transcribía, así como pensamientos reales que permanecían latentes en mí, sobre anhelos, deseos, molestias e indignaciones.

En un segundo momento y como se describirá a detalle en “El audiovisual” y “Diseño de una experiencia femenina” el teatro documental también cobra protagonismo y sentido en las indagaciones individuales y colectivas con las participantes, pues allí se plasman inquietudes propias que quedan registrados a partir de la grabación video, así como testimonios externos orales a través de la grabación de audios y escritura de cartas.

Existen dos tipos de documentales desde la perspectiva de Rodríguez (2014): puros y mixtos. “los primeros son aquellos en que los materiales tanto visuales como verbales de los que se compone el texto y/o el espectáculo son prácticamente todos documentales, y los segundos, son el resultado de la fusión entre lo documental y la ficción” (Rodríguez, 2014).

Siendo así, los relatos autobiográficos de las mujeres nacen desde los testimonios contados de forma oral y escrita, incluso en algún momento a partir del juego de reencarnación de personaje, donde las participantes asumen el rol de sus madres, para narrar sus testimonios basándose en sus experiencias reales de vida, en lo que respecta a las violencias vividas; también retoman el rol de niñas al recrear parte de sus vivencias en la infancia. La categoría dentro de la cual podrían ubicarse, según Raúl Rodríguez, sería “documental mixto” ya que dentro de los relatos entran descripciones y complementos ficticios. Sin embargo, no se interfiere, altera o tergiversa en ningún momento sus historias, pues esa ficcionalidad está presente en caracterizaciones espaciales y temporales únicamente. Ahora bien, también se podría interpretar la ficción de los relatos desde los planteamientos de Paul Ricoeur (1999) quien toma el relato histórico y la ficción como búsqueda de una “identidad narrativa”, la cual supone el poder conocerse mediante un propio relato histórico y de ficción que interpreta nuestro pasado, así como nuestro presente proyectado hacia el futuro, eso es lo que realmente nos determina una identidad. Sin embargo, esta ficción no hace referencia a hechos propios de una invención, sino que se refiere a ficcionar por medio de la escritura una realidad histórica. Como lo señala Díaz (2004) “La comprensión de sí es una interpretación, la interpretación de sí a su vez se encuentra en la narración, y esta última se vale tanto de la historia como de la ficción, haciendo de la historia de una vida una historia de ficción o si se prefiere una ficción histórica” (Como se cita en Velasco, 2010, p. 126).

En acuerdo con la perspectiva de González (2018) parte del proceso documental debe interferir y recopilar hechos del pasado.

El teatro documental, en tanto construcción de una puesta en escena y su dramaturgia, lo comprendo a partir de la recopilación de testimonios reales, que se transmiten a través del rescate y la documentación de la oralidad, los recuerdos, la memoria y las imágenes que aparecen cuando escarbamos en ella, el rescate de un contexto, un territorio con sus límites y formas, revalorizando lo cotidiano, lo familiar, a través de una re-contextualización escénica y escritural (González, P, 2018, p, 26).

Si bien es importante reconocer, hacer memoria de nuestra historia, también considero fundamental situarme en hechos del pasado pero que siguen vivos y afectan nuestro presente.

El audiovisual

Esta fue una segunda fase del proceso, continuábamos en pandemia y la herramienta mediadora tecnológica que elegí en ese momento para representar mis acciones fue el medio audiovisual. Los conceptos, palabras y frases que había seleccionado, cada vez entraban a un proceso de depuración e iban quedando todas aquellos que hacían referencia a mis incomodidades, a mi papel como mujer, las violencias, el sexismo, el pasado, los mandatos de género, estereotipos y la educación dividida por sexos.

Empecé a descubrir un gusto por intentar narrar esas incomodidades por medio de videos, que daban pistas hacía lo que me empezaba a interesar investigar, donde mis pies generalmente eran los protagonistas, llevaban el peso de mi vida en un contexto en el que debía comportarme, educarme y actuar como mujer. Para dicha exploración se dio uso a algunos de los objetos elegidos a través de los *punctums* y a su vez se fueron descartando otros, por ejemplo: La máscara nunca fue utilizada en los materiales audiovisuales. Sin embargo, tiene toda la relevancia en el siguiente nivel del proceso y fue elegida específicamente por el hecho de que nunca tuvo protagonismo, pero siempre estuvo presente dentro de los objetos que había elegido desde un momento inicial.

Respecto a los videos, había ciertas particularidades que empezaban inconscientemente a evidenciarse:

1. Querían contar historias.



2. No tenían voces y cuando las tuvieron eran de personas externas.



3. Los protagonistas eran mis pies, pero nunca mi rostro. **Seguía escondiéndome.**



Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=JjelaTuvpGc>

La máscara

Empezó otro ciclo de búsqueda, experimentación y nuevas preguntas. Salimos del encierro de la pandemia y opté por pasar del audiovisual al cuerpo presente en escena. Era una necesidad que surgía en mí por volver a retomar manifestaciones corporales que de alguna manera se habían reprimido durante la COVID-19. Elegí relacionarme con un objeto de los que había seleccionado con los *Punctum*, pero que no se había visto reflejado en los videos: La máscara neutra. Sumado a esto partí de acercamientos preliminares que ya había tenido con ella, desde los planteamientos de Jacques Lecoq, quien crea una propia pedagogía para brindar herramientas al cuerpo del actor y del cual tomé herramientas basadas en el estudio del movimiento, la pre-expresividad y la imitación.

Lecoq se educa para reencontrar en las raíces del teatro una especie de “rehabilitación”, de reflexión sobre las cosas más sencillas que mueven la vida.

Es en ese contexto donde los actores adquieren herramientas pre-expresivas que se manifiestan en un cambio de percepción y modificación del cuerpo. En este viaje se prepara el “fondo poético común” del cual van a surgir los impulsos y deseos creativos del actor. Su cuerpo estará disponible como “una hoja en blanco” para abordar en la expresividad los diferentes territorios dramáticos (Naranjo,2017, p, 58).

Esta exploración me permitió expresar mediante el personaje que estaba construyendo las incomodidades generadas en cuanto al rol femenino y masculino, y así mismo empezaron a emerger preguntas respecto a cómo otras mujeres vivían y viven aun con respecto a las construcciones sociales que se crean entorno al género; las percepciones que frente a esta realidad asume cada una y la apropiación o no de mandatos y reglas estereotipadas que rigen sus vidas.

Es por ello que nace un personaje que no tenía sexo ni género, era como una página en blanco a punto de reescribirse y construirse según los parámetros sociales le indicaran. Todas aquellas manifestaciones también cobraban una significación propia que le estaba dando sin el uso de su voz, solamente con acciones de su cuerpo en espacio y tiempo en vivo, y con el uso de objetos específicos.

Lecoq en su exploración con la máscara le da importancia al juego y la improvisación en el proceso creativo. Nos manifiesta que “estos le permiten al actor establecer una cierta distancia con “los personajes”, evitando toda connotación de psicologismo puro en la interpretación: no existe fusión emocional con el personaje, sino que el actor juega con él, y estos son sacados de la vida misma” (Naranjo,2017, p, 60).



Para ello recurrí al juego con el espectador, tomando como base la imitación de los movimientos, modos de comportarse. Las acciones que iba empezando a adoptar este personaje, no eran sino el reflejo de lo que la sociedad le mostraba, es decir de los espectadores. También jugaba con los comportamientos “femeninos” y “masculinos” generalmente vistos como obligatorios. Ese personaje no tenía nombre, no era yo, no era mujer, no era hombre, pero era todo lo anterior al mismo tiempo.

Según Lecoq, el acto de mirar por medio del juego nos permite encontrar bases pre-expresivas para redescubrir la dinámica de las cosas y de los movimientos. En ese juego debemos empezar a reconocer la vida cotidiana y nuestros intereses más profundos, pues en ocasiones y más específicamente cuando somos niños estamos imitando todo el tiempo lo que vemos y oímos, y lo hacemos sin necesariamente tener conciencia de ello. “Entenderá la capacidad natural por la que el niño aprende la vida a través de todo su cuerpo y que constituye el primer lenguaje de la comunicación humana” (Salvatierra, 1999, p. 376). Lecoq se refiere a esto como un acto de imitación deliberada, del mismo modo como las personas que viven juntas o se relacionan por mucho tiempo terminan por imitarse sin darse cuenta. “Para un actor, el proceder de la imitación no puede sustentarse solo en la imitación deliberada. Por el contrario, se transforma en una manera de pensamiento constante, de estar atentos, en una actitud preexpresiva donde la imitación no solo se preocupa por la forma sino también por el contenido” (Naranjo, 2017, p. 62).

Fue así como este personaje sin nombre empezó a comprender su lugar ético y políticamente correcto en la sociedad. Identificó que debía hacer parte una comunidad, un espacio, un tiempo, una época, un sexo, un género. DEBÍA adoptar un comportamiento específico y a ese configurarse totalmente, no podían ser dos. TENÍA que aprender a caminar, a sentarse, comer, reírse, toser, estornudar y bailar de una manera particular.

Cuando presentaba los avances que semana a semana iba construyendo, sentía la necesidad de ser más clara cada vez, no quería que las interpretaciones quedaran simplemente a la subjetividad de los espectadores-lectores, y aunque en escucha a sus interlocuciones concluía que se comprendían muchas cosas que pretendía decir con el cuerpo, las acciones y la máscara, descubrí que debía pasar a un siguiente nivel donde no solo partiera de lo que mi perspectiva y experiencia llevaba a convertir a ese personaje, sino de otras experiencias y puntos de vistas diferentes. Ya había atravesado por mi cuerpo todas las preguntas que me surgían, **pero mi voz siempre estaba anulada**. Así que decidí darle paso por medio de la escritura, y tomé la decisión que el siguiente momento podía resumir y manifestar toda mi investigación en la creación de una dramaturgia, para así poder contar a detalle, explícitamente y sin eufemismos, las violencias que vivimos las personas por tener un sexo determinado y un género asignado. En mi caso quería investigar sobre las violencias de las mujeres.

INDAGACIÓN COLECTIVA

En la búsqueda de toma de decisiones frente a la creación de unas sesiones de encuentro con las participantes, tomo como referencia y punto de partida temas de discusión particulares que me planteo desde mi experiencia, pero también a partir de conclusiones a las que llega la autora Marcela Lagarde y que plasma en su libro *Claves feministas para negociaciones en el amor* (2001). Desde su lectura definí que para la presente investigación sería importante indagar no solo en mujeres contemporáneas a mi como investigadora, que hemos crecido alrededor de un contexto diferenciado en comparación con otras épocas. Sino que consideraba importante comprender la cultura desde la cual nos han educado a las mujeres en la sociedad a través de los años. Adicionalmente, como el objetivo nunca estuvo centrado en el encuentro con mujeres

externas de la LAE, se propone un ejercicio de reencarnación, biografías, autobiografías y etnografías de las participantes en diferentes etapas de la vida, así como una apropiación de las vivencias de sus madres.

Para la estructuración de los diálogos y actividades que se esperaban experimentar, se consideraba necesario comprender desde la perspectiva de Lagarde cuales eran aquellas diferencias que podrían encontrarse entre las mujeres modernas y mujeres tradicionales, de tal forma que la experiencia de encuentro pudiera complementarse por momentos específicos dedicados a encontrar las características de cada mujer en una época y contexto particular.

De la mujer tradicional a la mujer moderna

Cuando Marcela Lagarde hace referencia a los conceptos de “Mujer tradicional” y “Mujer Moderna” sostiene que ambas son construcciones sociales y culturales que se han utilizado para definir y limitar el papel de las mujeres en la sociedad. A pesar de esto, existen algunas diferencias que ha señalado entre ambas.

El concepto de "mujer tradicional" lo define por su papel como esposa y madre, de la cual se espera que tenga ciertas características y comportamientos considerados como femeninos, como la sumisión, la pasividad y la resignación. A menudo tiene un papel subordinado en las relaciones familiares y sociales y ve el amor como aquello que solo se da, que no es necesario conocer ni racionalizar, sino que “nace naturalmente del corazón” y por tanto debemos entregarnos. Mientras que la "mujer moderna" puede tener una amplia gama de roles y ocupaciones en la sociedad, es valorada por su independencia, autonomía y empoderamiento, lucha por la igualdad y la justicia en todas las áreas de la vida y tiene una mayor libertad y capacidad para elegir su propio camino en la vida. Sin embargo, se caracteriza por seguir siendo idealista alrededor de mitos amorosos: por ejemplo, en la búsqueda de un “amor eterno” o “príncipe azul”, también se sigue enfrentando una carga desigual de trabajo en el hogar y se

enfrenta a expectativas y presiones sociales que limitan sus elecciones y oportunidades, especialmente en áreas consideradas "masculinas"(Lagarde 2001).

En la presente investigación indagaremos precisamente el lugar de “la mujer tradicional” y “la mujer moderna” alrededor del amor romántico, a partir de las concepciones de la misma autora, para plantear cómo estas categorías han sido condicionadas por las épocas y culturas en cada mujer, con base en la educación impartida por generaciones anteriores. A su vez, mi intención es poder reconocer las relaciones de poder, normas y mandatos que han regido para las mujeres tradicionales y modernas.

“Tenemos obligaciones tradicionales, deberes amorosos tradicionales, mandatos amorosos tradicionales, sentimos la necesidad de ser amadas y amar, pero nos enseñaron a priorizar a los otros, ser benevolentes, generosas y a no esperar que los otros lo sean con nosotras. Esta es la trampa más amorosa y trágica que la cultura patriarcal ha colocado a las mujeres, priorizar a los demás en el amor” (Lagarde 2001, p,12).

Sin embargo, Lagarde argumenta que estas dos categorías no son mutuamente excluyentes y que las mujeres incorporan elementos de ambas a medida que se van transformando los contextos, de manera que “tradicionales” empiezan a concebir su realidad desde líneas de pensamiento contemporáneas pero también algunas “modernas” siguen arraigadas a costumbres y patrones establecidos generaciones atrás, ya sea por la educación que recibieron o por las influencias de sus familias.

Es importante tener en cuenta que estas diferencias no las declara como universales y que las mujeres pueden experimentar y expresar su feminidad de muchas maneras diferentes, independientemente de si se identifican como "tradicionales" o "modernas". Lagarde nos menciona que existe una tercera categoría, en la cual tienen cabida todas las mujeres en general, y la denomina “cautivas”.

Las formas de ser mujer en esta sociedad y en sus culturas, constituyen cautiverios en los que sobreviven creativamente las mujeres en la opresión. Para la mayoría de las mujeres la vivencia del cautiverio significa sufrimientos,

conflictos, contrariedades y dolor; pero hay felices cautivas (Lagarde, 1990, p,36).

Es precisamente en los cautiverios donde podemos ver cómo se vive la opresión de las mujeres en cualquier condición y desde cualquier posición: madres, hijas, esposas, profesionales o no, casadas, solteras, niñas, jóvenes, viudas, estudiantes, iletradas, etc. Ya que en algún punto nos hemos visto dominadas directa o indirectamente por el sistema patriarcal que nos mantiene cautivas, como una suerte de prisión de la cual no podemos salir al estar cautivadas. Por ejemplo, las mujeres que se han visto obligadas a permanecer en un hogar sujetas a un hombre por no perder su posición económica y social, la culpabilidad que tomamos por merecida cuando creemos que nuestros comportamientos son indebidos, el rol que ocupó la mujer una vez pudo acceder a la vida laboral (empezó a trabajar doble jornada, en su trabajo y en casa), el hecho de responder a los cánones establecidos para alcanzar la felicidad o éxito propio de ser mujer, etc. Pero por otro lado, existen también una normalización de algunas mujeres a vivir en los cautiverios que las mantienen felices.

Las mujeres están cautivas porque han sido privadas de autonomía, independencia para vivir, del gobierno sobre ellas mismas, de la posibilidad de elegir y la capacidad de decidir. El cautiverio caracteriza a las mujeres en cuanto al poder que ejerce sobre ellas su dependencia vital, el gobierno de sus vidas por las instituciones y los otros, la obligación de cumplir con el deber ser femenino de su propio grupo, que las conduce a vidas estereotipadas, sin opciones (Lagarde, 1990,p,31-33).

DISEÑO DE UNA EXPERIENCIA FEMENINA

En este punto del proceso me surgen varios interrogantes con relación a ¿Cómo proceder al diseño de los encuentros? ¿Cuáles serían los temas de diálogo a implementar? ¿Qué ejercicios proponer para no centrar las actividades en unas entrevistas rígidas y estructuradas? ¿Cómo generar en las participantes una experiencia significativa para sus vidas?

Para ello, en diálogo con mi yo, mi yo-profesora, mi profesora-artista, definí la implementación de esta investigación. Me propuse diseñar una experiencia que posibilitara el encuentro con la población seleccionada, mujeres estudiantes de la LAE en tres momentos distintos: Una pijamada, un picnic y una salida a termales. En el diseño de los talleres definí que sería necesario recurrir sus autobiografías, etnografías, testimonios de vida reales; por ello opté por incluir la biografía narrativa y teatro documental del que ya había tomado partida en la indagación íntima.

Biografía narrativa

La investigación biográfica narrativa a partir de las consideraciones de Riessman (2002) “comienza con la recogida de relatos (auto)biográficos, en una situación de diálogo interactivo, en que se representa el curso de una vida individual, en algunas dimensiones, a requerimiento del investigador; y posteriormente, una vez transcrita es analizada para dar significado al relato” (Como se cita en Bolívar, 2015, p.6)

Este tipo de investigación es llevado a cabo por entrevistas que recopilan relatos de vida, autobiografías, biografías, historias contadas oralmente, pero también escritas en diarios y cartas. La interacción se posibilita desde el intercambio dialógico entre el entrevistador y entrevistado respecto al tema central de la investigación, de manera que no se queda meramente en el papel o en el audio, sino que hay una comunicación conversacional de ambos sujetos que los lleva a pensar un mismo problema en colectivo a cerca de una realidad social. En las entrevistas biográficas según lo señala Bolívar (1998):

Los sujetos son inducidos a reconstruir su historia de vida, mediante un conjunto de cuestiones temáticas que van estimulando que el entrevistado recuente su vida. Además de la creación de un clima, que haga posible el habla del entrevistado. Esta reconstrucción narrativa, no debe quedar en una suma de datos o hechos sueltos, es una oportunidad para dar sentido a su vida y elaborar una identidad narrativa. (Bolívar do fer, 1998, p 13-14).

De la misma manera en que lo plantea Ricoeur al definir la finalidad de una identidad narrativa como la comprensión de sí mismo, a la que se llega por medio de la unión del relato histórico y relato de ficción. “Como lo confirma el análisis literario de la autobiografía, la historia de una vida es refigurada constantemente por todas las historias verídicas o de ficción que un sujeto

cuenta sobre sí mismo. Esta refiguración hace de la propia vida un tejido de historias narradas.” (Ricoeur, 2007, p.7). Aquí las ficciones hacen parte de las narraciones que un individuo estructura para dar significado a su vida a través de las acciones reales.

La recopilación de las historias de vida son las que permiten al investigador reconstruir los relatos y estos pueden abarcar diferentes temáticas y etapas de la vida, que no implican únicamente hablar sobre sí, pues generalmente allí aparecen otras personas, situaciones, vivencias que dotan sustancialmente de sentido las historias. En este punto cobra sentido la Biografía narrativa en la construcción de los relatos y el diseño de las experiencias que se desarrollará minuciosamente más adelante, pues consta de todo un conjunto de temáticas orales y espaciales que posibilitan unas relaciones de encuentro entre las participantes alrededor de unas actividades específicas, permitiéndonos contar y escuchar las historias de vida de cada una. A partir de tales acontecimientos se realiza toda una selección y organización que forman estructuras en las historias sobre las violencias contra las mujeres, que es lo que busca reconocer finalmente la investigación.

Los dispositivos de la investigación narrativa normalmente comparten un conjunto de componentes, que pueden a su vez adoptar diversas variantes, según orientaciones metodológicas:

1. El investigador decide un tema a estudiar biográficamente, para lo que formula una demanda a unos potenciales narradores. Son precisos unos contactos, negociación y aceptación.
2. Se desarrollan una o varias entrevistas que son registradas en audio, y transcritas íntegramente.
3. La investigación propiamente dicha consiste en practicar determinados análisis sobre el material.
4. El proceso finaliza con un informe o publicación (Como se cita en Bolívar do fer, 1998, p, 16).

El desarrollo de la experiencia se constituye a partir del formato que emplean las entrevistas semiestructuradas, que potencian el dialogo entre investigadora y participantes. Se lleva a cabo a partir de una pedagogía que nos permite acercarnos, conocernos un poco más a profundidad y

a su vez es flexible al desenvolvimiento orgánico que vaya teniendo cada encuentro, diálogo, y acciones sin llegar a desviar el objetivo específico de la investigación. De esta manera se tejen y fortalecen las relaciones a raíz de las actividades propuestas.

El poder de lo erótico

En el diseño de la experiencia femenina se contemplaba la importancia de generar espacios en los que nos sintiéramos seguras, tranquilas y en confianza, de tal manera que pudiéramos compartir nuestras experiencias, preguntas, dudas, confesiones, miedos y revelaciones en colectivo y acompañadas las unas de la otras. Empecé a buscar espacios que se alejaran del ámbito meramente académico y formal, de manera que nos convocara a todas en lugares íntimos para nosotras, que nos permitiera, a partir del diálogo, escucharnos, preguntarnos, aprendernos y entendernos desde nuestra feminidad y si el caso lo requiriera, en secreto. Seguí mi genuina intuición y decidí habitar lugares y compartir experiencias que nunca había vivido con mujeres, y principalmente hablar, contar y escuchar sucesos que generalmente nos acontecen pero que permanecen como un eterno secreto, como silencios que invisibilizan nuestra historia, quedan en el olvido sin la debida importancia que merecen y que por lo tanto continúan reproduciéndose.

Así como lo declara Audre Lorde (1984) mujer lesbiana, negra, activista y poeta estadounidense, en su obra *La hermana, la extranjera*, que escribió cuando se entera de su condición de salud, diagnosticada como cáncer de mama; ella comprendió que el silencio no la protegía, sino que la acechaba, se dio cuenta de que el silencio sobre su enfermedad no la iba a salvar, al contrario, el compartir sus propias vivencias sobre el cáncer podría convertirse en especie de terapia al tender puentes con otras personas en la misma situación. No obstante, hacer visible la enfermedad suscitaba para la autora sentimientos de miedo al qué dirán, a la censura, a haber roto el decoro por hablar de temas desagradables (P. 2)

De la misma manera, hablar sobre las violencias contra las mujeres resulta difícil. Sentimos en ocasiones miedo, vergüenza, culpa, señalamientos. Sin embargo, el silencio puede ser un arma de doble filo, cómplice de la misma opresión.

Definí que para la ejecución de las experiencias realizaríamos una pijamada, un picnic y una tarde de aguas termales. La disposición que buscaba en nuestros cuerpos para entregarnos las unas hacia las otras, desde una sinceridad y respeto constante y así poder compartir nuestras experiencias, estaba pensada desde esa misma informalidad que comprenden los lugares-espacios físicos, donde muchas veces nacen amigas, confidentes, co-existen por unas relaciones de convivio que se posibilitan debido a la misma razón contextual que nos une. Nos separamos del espacio académico porque muchas veces se nos cohibe y sentimos un permanente miedo a sentirnos juzgadas, señaladas, o excluidas. Puesto que es, en esa mirada, como muchas veces el patriarcado nos ha enmarcado.

Ese compartir femenino nos lleva a fortalecer nuestro poder erótico, que hace parte de nuestra construcción desde un plano interior femenino y espiritual, y se basa en los sentimientos profundos que nos permitimos sentir, abarcar, vivenciar y expresar las mujeres. Aquellos sentires y emociones que habitamos pero que generalmente reprimimos y lo hacemos porque el patriarcado nos ha creado ciertas inseguridades en relación a nuestro deber ser, a nuestro cuerpo, a una falsa “debilidad femenina” en cuanto demostramos afecto. Esto logra que las mujeres perdamos, no desarrollemos o no fortalezcamos ese poder erótico. El erotismo no es visto desde la mirada equivocada pornográfica, ni desde la desvalidación de la visión de la sociedad occidental como parte de la “inferioridad femenina”, sino que se define como un conocimiento profundo y no racional que se da desde la interioridad, pero se manifiesta también en el hacer, la fuerza e intensidad con la que actuamos. (Lorde, 1984).

Durante el desarrollo de la experiencia se fortalece ese poder erótico, alejándonos de la falsa creencia de que las mujeres solo podemos ser realmente fuertes si suprimimos lo erótico de nuestras vidas y conciencias, dicho por las pautas de poder masculinas. Al contrario, fue un lugar de encuentro, para darle voz a muchas verdades que habíamos silenciado, aceptar nuestros cuerpos, y permitirnos fluir en nuestros sentimientos y emociones.

Lorde asegura que lo erótico actúa de diversas maneras, y una de ellas es “proporcionar el poder que deriva de compartir profundamente cualquier empeño con otra persona, compartir el gozo ya sea físico, emocional psicológico o intelectual, tiende entre quienes lo comparten un puente que puede ser la base para entender mejor aquello que no se comparte y disminuir el miedo a la diferencia” (Lorde, 1984, p, 12).

Desarrollo de la experiencia femenina

A continuación, me permito contar las experiencias en primera persona del plural al ser yo una de las invitadas en la investigación, que de forma similar y como podrán dar cuenta en la escritura final, también detonó un modo de narración en primera persona del singular, en la búsqueda de suscitar una suerte de cercanía en las y los lectores, pero también conmigo misma, pues al hacer parte de esta investigación estoy hablando de mí, no es ajena a lo que sentí, lo que viví ni lo que experimenté.

Según McLaughlin y Tierney (1993) se ha reivindicado un modo propio de conocer de las mujeres, distinto del razonamiento lógico-formal androcéntrico (propio de un “yo epistémico”), lo que conduce a considerar la narrativa como una forma específica del discurso femenino. Incluir la “voz” y asumir la condición de autora en el discurso de investigación (expresada en primera persona del singular), se corresponde con un yo “dialógico” que siente y ama, frente al modo dominante de discurso sobre la enseñanza (informe racionalista o pretendidamente neutro, propio de un extraterrestre asexuado, es decir, angélico). La oralidad tuvo desde sus primeros usos (por ejemplo, en historia oral) una vocación militante de dar la voz a las “vidas silenciadas” entre las que estarían las mujeres (Como se cita en Bolívar, 2002, p,48).

Generalmente en las escuelas, incluso universidades, se nos enseña que la única forma intelectual, cordial, elegante y presentable debe ser la escritura tradicional del discurso masculino y el único uso correcto es el plural de la tercera persona o plural mayestático, para lo cual “la exposición de resultados debe ser objetiva, seria, impersonal, fría, distante. Para cierto Punto de vista feminista lo objetivo no está divorciado de lo subjetivo y lo personal; el discurso puede ser claro, sencillo, directo, personal y objetivo al mismo tiempo; a menudo se escribe en primera persona y la seriedad no implica que no se pueda escribir en un lenguaje metafórico” (Bartra, 2012, p,72).

Se puede afirmar desde un punto de vista feminista, entre otros posibles, que la forma escritural como se desarrolla parte de esta investigación se caracteriza por contener elementos del

feminismo. Aunque desde sus comienzos no fue pensada ni estratégicamente diseñada para que lo fuera, surge en su desarrollo ese devenir. Se configura desde un modo no androcéntrico en cuanto a su metodología y la creación misma. Concluyo que toman estas características debido a la construcción personal dentro del feminismo que como mujer estoy aprendiendo, apropiando y empezando a reconocer.

Ahora bien, sin considerar la totalidad de esta investigación como feminista, estoy en acuerdo con lo que señala Margrit Eichler (2012) quien afirma que la investigación feminista tiene un objeto de estudio particular que son las mujeres, los hombres o la importancia del género. La investigación feminista es, según esta autora, la que tiene el compromiso de mejorar la condición de las mujeres. “Pienso que tanto la investigación feminista como la que se denomina no sexista pueden abocarse al estudio de cualquier objeto/sujeto y no sólo deben estudiar a las mujeres sino, además, tienen el compromiso de mejorar su condición. No es posible llevar a cabo una investigación no sexista que no se interese en mejorar la condición de las mujeres” (2012, citado en Bartra, p,68)

Con todo lo anterior, las mujeres fuimos seleccionadas por ser estudiantes en formación, pertenecientes a la Licenciatura en Artes Escénicas de la Universidad Pedagógica Nacional. La elección de las participantes se tuvo en cuenta partiendo de los contextos provenientes de cada una, ya sea porque devienen de una ruralidad propia que pudo tener cambios significativos en el paso a una vida citadina, o porque nuestro devenir de la ciudad está vinculado a una herencia familiar y cultural de la misma o rural. En este sentido, se pretendía entrever las diferentes visiones y lógicas de pensamiento bajo las cuales nos educamos y construimos las mujeres, en la particularidad de cada contexto, cultura y creencias propias, determinadas por cada una o impuestas socialmente. Siendo ésta una manera de ratificar la presencia y los impactos que ha tenido la violencia en las mujeres.

En las sesiones me interesaba como investigadora ahondar en preguntas que me permitieran llegar a comprender las creencias culturales, mitos alrededor del amor, de la sexualidad, del cuerpo y el quehacer femenino, lo que significa y ha implicado para nosotras ser mujer, los cambios de pensamiento que en nuestro contexto actual hemos tenido a diferencia de nuestras ancestras o mujeres de generaciones anteriores, la educación dividida por sexos, el amor propio o

la falta del mismo, el amor patriarcal, el amor romántico, etc. Pero también las relaciones de poder que se legitimaban o legitiman con el sexo opuesto a raíz de toda esa estructura social de la que hacemos parte como mujeres y que nos han llevado a ser actores de la violencia sin necesariamente darnos cuenta de ello, o siendo conscientes, pero permitiéndolo, por miedo, desconocimiento, amenazas y principalmente por guardar silencio y de esa manera permitarnos daños física, psicológica y emocionalmente.

Hablar sobre las violencias, aunque están presentes en la vida todos los días y en manifestaciones distintas, no es una práctica común. Muchas mujeres temen contar y recordar, no solo por llegar a sentirse juzgadas y en ocasiones culpables, sino también por las emociones que pueden emerger al contar sus propias historias. Por ello, antes de dar inicio al primer encuentro femenino, que no está exento durante toda la experiencia de que afloren sentimientos o emociones al compartir los testimonios, es importante aceptar y tener consentimiento de nuestra participación.

Al iniciar el encuentro leímos y pactamos un “Contrato del cuidado”, el cual constaba de tener una práctica de autocuidado con nosotras mismas, de manera que pudiéramos reconocer los momentos en los que nuestro bienestar físico, emocional y psicológico pudiera verse afectado para así mismo tomar decisiones entorno a continuar, detenerse o finalizar con la participación si fuera el caso. Además, también con el propósito de cuidarnos y respetarnos entre todas.

El contrato tenía un compromiso de palabra y todas lo aceptamos.

CONTRATO DEL CUIDADO

El presente contrato está formado por términos y condiciones del cuidado hacia cada participante involucrada en el proceso. Para el cual haremos un debido seguimiento con el objetivo de que en su labor y participación no se vea deteriorada su salud mental, física y emocional. Se posibiliten espacios seguros para brindar un acompañamiento a mujeres víctimas de violencias contra la mujer, que puedan ser cuidadoras de sí y de otras. Partiendo de ello se tendrán en cuenta las siguientes resoluciones con las cuales daremos un debido cumplimiento al contrato:

1. Compromiso de mantener prácticas de Autocuidado como respetar los tiempos de comer, dormir, ocio, descanso, trabajo etc. Para así mismo poder cuidar a las demás participantes. Si te cuidas estas cuidando a las demás cuando necesiten de tu ayuda.
2. Escuchar desde el respeto y la sororidad.
3. Guardar silencio si en algún momento lo consideras indicado.
4. Pedir un abrazo si así lo quieres.
5. Abrazar a quien nos abraza.
6. No tengas miedo de compartir tus experiencias con tus compañeras, muchas veces logramos aliviar heridas.
7. Lo que sucede en las sesiones serán nuestros nuevos y muy valiosos secretos.
8. Puedes hablar con tranquilidad, pues ningún testimonio que no autorices será utilizado con fines académicos, como tampoco tu identidad.
9. En caso de estar siendo víctima de violencias considerar la opción de llamar a la línea púrpura distrital :018000112137 “Mujeres que escuchan mujeres”.
10. Darnos tiempo de respirar cuando lo necesitemos antes de conversar.
11. Disfrutar la experiencia al máximo.

ETNOGRAFIÁNDONOS EN PIJAMA

Primer encuentro

Las participantes fuimos invitadas a adentrarnos en un espacio ajeno para todas, a excepción de la investigadora, en el cual nos relacionaríamos por una noche con la premisa de interactuar como si estuviéramos en nuestra propia casa. La noche da inicio con la preparación de una cena: cocinamos arepas, todas teníamos las manos untadas de harina y queso y a la par hacíamos chocolate, y aunque no todas sabíamos hacerlas seguíamos instrucciones de las que sí, todo lo hicimos en colectivo. Allí se generaron discusiones relacionadas a la cocina, como nuestra comida favorita, nuestra experiencia aprendiendo o no a cocinar, trucos o recetas que nos sabíamos o nos habían enseñado nuestras madres. Una vez terminamos de cocinar nos dirigimos a lo que sería el dormitorio donde íbamos a pasar la noche.

Se nos invitó durante toda la sesión a entrar a un juego de reencarnación de personaje de nuestras madres, a quienes estaríamos interpretando a elección propia ya fuera en cuerpo, palabra o línea de pensamiento. Eran ellas las verdaderas invitadas de la noche, quienes tenían voz y aunque nosotras no la teníamos, claramente podíamos ser mencionadas si lo consideraban necesario. Podíamos saber o no mucho sobre ellas, sus vivencias, temores, hazañas, pero en aquellos momentos en los que teníamos vacíos, podía entrar nuestra subjetividad permitiéndonos completar las piezas de un rompecabezas que quizá estaba incompleto en nuestros recuerdos o nuestros saberes, por supuesto, en concordancia con lo que ya conocíamos de sus formas de ser, pensar y vivir.

En este momento se realizó una presentación de cada una, debíamos mencionar nuestro nombre, lugar de nacimiento y contar una historia de amor, la más significativa que habíamos vivido, (es decir que habían vivido nuestras madres), ya sea por los obstáculos presentados, la intensidad emocional o las pruebas que se interpusieron en el camino etc. Seguido a ello, nosotras las madres, fuimos invitadas a tomar algunas preguntas al azar que estaban escritas en papeles, estas podían ser o no preguntas detonantes para nosotras, preguntas que aplicaban o no a nuestras historias de vida. Aquella mujer que sacaba la pregunta estaba en todo su derecho de responder o guardar silencio, también nos era permitido hacernos preguntas entre nosotras y aclarar dudas.

En esa pijamada hablamos de nuestras madres, narradas por nosotras mismas en primera persona. Surgieron temas referentes a nuestro papel de esposas, la priorización del amor propio por el amor a otros, la violencia económica que pudimos atravesar por nuestras parejas, las enseñanzas que nos dejaron nuestros padres, nuestros miedos, silencios, arrepentimientos, sueños, obligaciones, estudios, estatus, etc. Todo ello desde la subjetividad y percepciones que como hijas teníamos al respecto de nuestras madres. Lo cual lo convirtió no en un encuentro de cuatro mujeres, sino de ocho.

Notas de mi diario I

Esta fue mi primera experiencia, cocinando y hablando con mujeres en una pijamada. Confirmé una vez más, que mis mejores habilidades no están en la cocina, cada una tiene formas distintas de hacerlo y pensaba que quizá yo no había encontrado la mía, aunque también me preguntaba si sería necesario encontrar mi propia forma. Lo que sí rescato es que fue una acción que nos juntó, como si fuéramos amigas de toda la vida, nos puso en la misma sintonía y empezaron a emerger temas de discusión de preocupaciones comunes.

Éramos cuatro cocinando y no queríamos quedarnos sin hacer nada, así que en vista de que algunas ya habían terminado sus arepas y otras no, agregamos más ingredientes y seguimos haciendo más de la cuenta. Me avergonzaba un poco que mi mamá nos viera cocinando porque siempre ha creído que odio la cocina, aunque nunca fue así. Lo que siempre odié fueron las formas y motivos por los que en mi contexto familiar me la han querido enseñar. Por ejemplo, la poca paciencia de mi madre y los regaños cuando lo intentaba, criticaba absolutamente todo lo que hacía, me pretendía preparar para estar "al servicio de mi futuro esposo" y principalmente porque lo que hacía era compararme todo el tiempo con las niñas que a mi edad sabían hacer diferentes cosas.

Al entrar a la habitación una de las mujeres cayó en cuenta que había olvidado su pijama, cuando fue la primera que preguntó si debía ser un pijama normal o un pijama *perringuistinguis*, como una suerte de pijama de esas que nos hace sentir sensuales a las mujeres. Les dije que cualquiera estaría perfecta. Entonces entramos y se puso la mano en la

frente, de seguro algo había olvidado. Así fue, dijo que había dejado todo listo, incluso la comida del gato, pero justo había olvidado la pijama. De todas formas le presté una calientica, nada *perringuistinguis*.

Al principio cuando reencarnamos a nuestras madres se tornó gracioso ver cómo se nos dificultaba hablar en un cuerpo ajeno, porque ya nuestros tíos no serían nuestros tíos sino nuestros hermanos, nuestras abuelas serían nuestras madres y así sucesivamente. Aparentemente parece que las mujeres conocían muy bien a sus madres, sabían las piezas de cada rompecabezas.

Podía empezar a vislumbrar características muy propias de cada mujer y de sus vidas, me pareció emocionante, sentí que empezaba a tener material con el cual trabajar. Mientras hablábamos pensaba en mi mamá que al otro día debía ir a trabajar, eran las 12:30 pm y seguíamos haciendo ruido, pero yo ya le había avisado lo que íbamos a hacer. No me preguntó absolutamente nada, pero como sabía que íbamos a cocinar, esa noche me había ayudado a tener la cocina lista e incluso algunos ingredientes.

AUTOBIOGRAFÍANDONOS EN UN PICNIC

Segundo encuentro

Para este segundo día y segunda sesión fuimos invitadas a un picnic en el Parque Nacional. El encuentro da inicio con una nueva premisa donde todas volveríamos a ser las niñas que un día fuimos. Para ello empezamos a pensar en nuestro juego favorito de la infancia. Lo jugamos a partir de las propuestas de cada una, comportándonos y reencarnando a nuestras niñas del pasado. Allí utilizamos nuestra creatividad para recrear todos los escenarios que cada una proponía. Desde este juego inicial las niñas empezaron a contar verdades y situaciones que vivieron, en medio de una inocencia consciente. Los temas que empezaban a emerger desde nuestros cuerpos infantiles se siguieron desarrollando casualmente, cada vez más durante toda la experiencia. Había temas de conversación que de alguna manera estaban muy presentes en nosotras, pues los mencionábamos una y otra vez sin darnos cuenta, lo manifestábamos

corporalmente desde nuestro cuerpo de niñas, en nuestras formas de comportarnos, pensar e incluso jugar. Eran situaciones asociadas y directamente afectadas por la educación que, desde casa, cada una había recibido. Fue una característica que se fue manteniendo hasta finalizar el encuentro.

Después de jugar nos dirigimos a armar el picnic entre todas, compartimos al son de bocados y postres nuestros recuerdos de la infancia: los felices que fuimos, los y las amigas que tuvimos, las tristezas que habitamos, las ausencias, el colegio, los juegos que jugábamos, los deportes que practicábamos, las profesiones que soñábamos tener, nuestro primer beso, los motivos por los cuales nos castigaban, nuestra iniciación en prácticas de adultos siendo niñas, los mitos femeninos, las prohibiciones, nuestras rebeldías, las violencias, lo que más extrañábamos de ser niñas y los momentos en que dejamos de serlo. A la par plasmamos nuestros sueños y anhelos de la infancia en dibujos que nos retrataban.

Indudablemente el primer encuentro que tuvimos, al ser desde un lugar más íntimo, generó mayor confianza entre nosotras las mujeres para nuestra segunda experiencia. Aunque si bien ya habíamos compartido espacios académicos, nunca tuvimos conversaciones tan confidenciales como ese día. Ya conocíamos ciertas piezas de nuestros pasados y empezamos a completar otras faltantes, tanto así que la naturalidad y fluidez de la conversación nos llevó a hablar de temas que se tenían planeados para nuestro tercer encuentro, que hacían referencia a nuestra etapa de adultez; cuando hablábamos de los abusos que habían cometido con nosotras siendo niñas, como si fuéramos una batería que necesitaba disminuir toda su carga, empezamos a contar un suceso tras otro, cada una lo hicimos de una forma continua, en medio de imágenes que nos llegaban de los recuerdos y evidentemente nos pesaban y nos costaba un poco contar, pero aun así cada una tomó la decisión de hacerlo.

Notas de mi diario II

Retornar al pasado y a las niñas que fuimos parecía que podría ser una tarea quizá difícil para todas, pero no fue así. Al contrario, todo nos salió muy natural y nos sentíamos siendo niñas porque estuvimos acompañadas realmente de otras niñas, no había adultos alrededor... Bueno sí, había unos en Parque Nacional que no nos quitaban la mirada al ver

cómo siendo adultas nos comportábamos de una manera tan singular e infantil. Sin embargo, nosotras estábamos concentradas en nuestro juego, inmersas en nuestro mundo de la infancia, de tal forma que en ningún momento nos afectó lo que sucedía en el exterior.

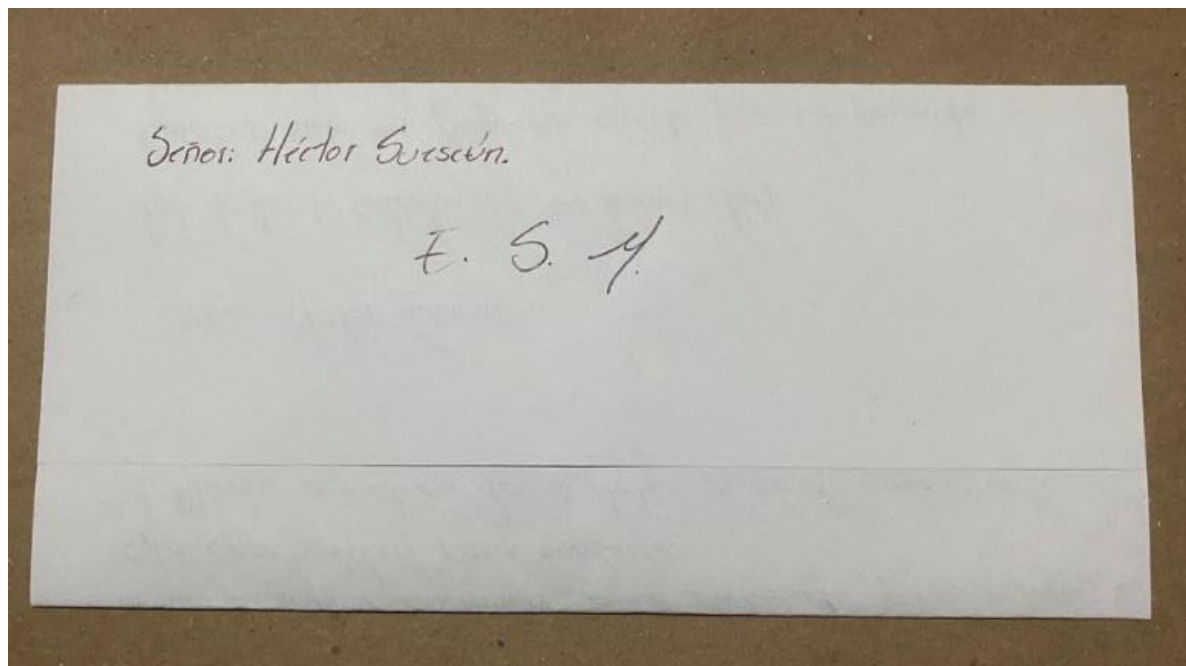
Aunque la experiencia estuvo diseñada para la etapa de nuestra niñez, sin predecirlo tuvo un recorrido por todas nuestras etapas, fue una cosa loca. En ocasiones salimos incluso de nuestra niña inconscientemente para mencionar cuestiones complejas de nuestras vivencias, como si la seriedad e importancia de ello no lo tuviera que contar una niña, sino nosotras mismas. Hicimos uso del contrato del cuidado por primera vez. Abrazamos a una de las mujeres en medio de las lágrimas que le provocó el recordar, la acompañamos. Era inevitable escuchar y no sentir nada en mi cuerpo cuando oía los relatos de las otras chicas, empecé a entender muchas cosas de ellas que generalmente la gente no comprende y es porque no tienen idea de lo que cada una ha vivido, por todo lo que ha pasado, lo que nos marcan ciertas violencias. Cada mujer está profundamente marcada por lo que le ha tocado. Pensaba en la buena elección de chicas que fuimos las que compartimos, resultaron ser buenas compañeras y consejeras, con respeto y sororidad mutua.

SANANDO EN AGUAS MÁGICAS

Tercer encuentro

Nuestro cierre y última experiencia se llevó a cabo en un retiro de aguas termales en Guasca Cundinamarca, fue la forma en la que cerramos este ciclo que nos acompañó cargado de muchas anécdotas, testimonios, secretos. Nos despedimos de los recuerdos que nos pesaban y liberamos tensiones de nuestro cuerpo. También fue un momento de agradecimiento entre todas, por escucharnos y abrazarnos como mujeres, tener la valentía de contar nuestras historias de vida, con otras mujeres que también han vivido la violencia en carne propia y con quienes sin conocernos a profundidad pudimos tener este acto de sinceridad, como si se hubiera dado con amigas de toda la vida.

Empezamos la primera actividad desde que íbamos en el carro, en camino al lugar. Comenzamos a escribir una carta, la directriz era que debía estar dirigida a la persona que más daño nos había causado en cualquier momento de nuestras vidas. Podríamos consignar descargos, confesiones, secretos, reconciliación, perdón, desahogos, aceptación, rechazo, etc.

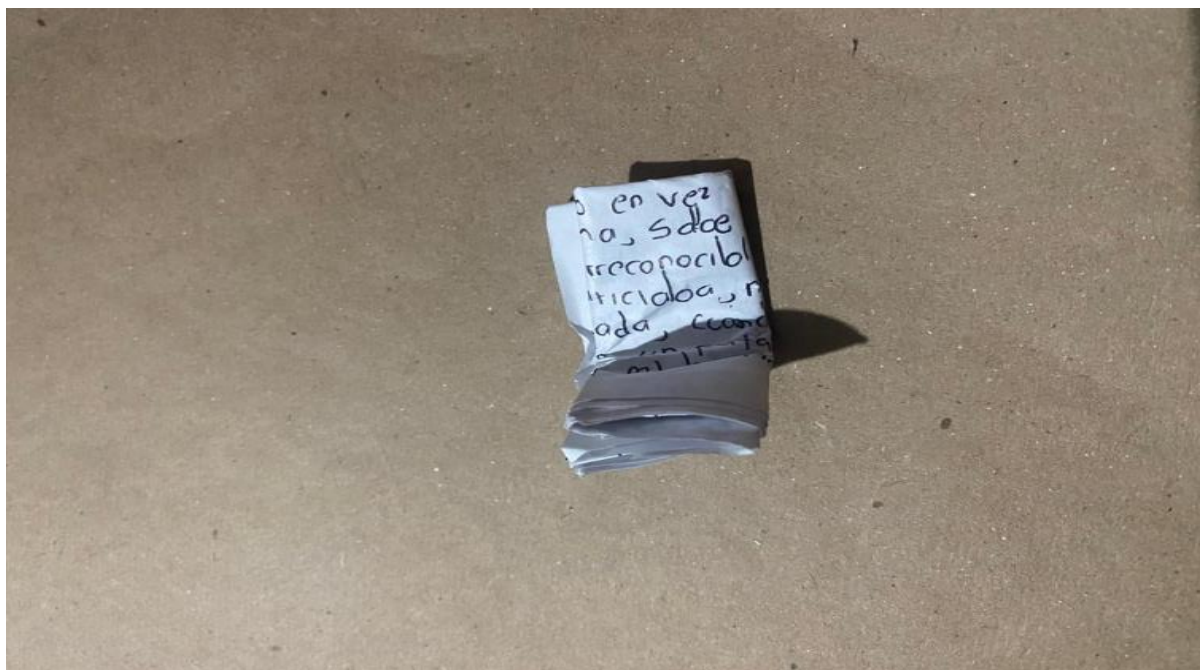


El recorrido fue desde la calle 76 con Caracas hasta Guasca, una vez estuvimos todas en el carro les entregué las hojas y lapiceros a cada una. De fondo sonaba la radio, no supe cuál era la emisora exactamente, pero la atmósfera que creaba para la escritura me parecía pertinente, no distraía por su falta de palabras y en consenso con las chicas no les desconcentraba de su escritura. Tomó tiempo para unas más que para otras, al punto que llegamos al lugar y una de las mujeres no logró terminar su carta, así que la finalizó en el camino de regreso a Bogotá.

Una vez llegamos al lugar hicimos un recorrido por las instalaciones y desayunamos. Mientras lo hacíamos se daban temas de conversación que me hubiera gustado registrar, pero en ese momento no estaba planeado hacerlo, así que no tenía a disposición el material para documentarlo, tampoco consideré pertinente hacerlo. Al entrar a la piscina termal, lo primero que hicimos fue circundar por sus aguas pensando siempre en la pregunta ¿Qué es para mí ser mujer? y cada vez que creíamos tener alguna respuesta nos dirigíamos a una esquinita de las

termales donde yacía una grabadora, le contábamos lo que pensábamos, podíamos volver una y otra vez en cada momento que considerábamos tener nuevas definiciones.

Seguido a ello, como nuestra experiencia se basaba principalmente en el diálogo, empezamos a abordar varios temas que nos llevaron a hablar de las cartas que habíamos escrito, nuestros roles en el ámbito familiar, nuestras rupturas amorosas, los temores de la adolescencia, mitos femeninos y creencias alrededor de lo sexual, limitaciones femeninas, la belleza, el acoso y las burlas que han recibido nuestros cuerpos, ventajas y desventajas de nuestro género y nuestras perspectivas pedagógicas frente a cuerpos marcados por la violencia. Concluíamos que era importante hacernos cargo de los sentimientos y emociones que nos afectaban sin necesidad de hallarnos culpables, señalarnos a nosotras mismas, ni justificar muchas circunstancias para de esa manera sanar a nuestra niña y mujer en cada una de sus etapas. De regreso, una de las mujeres se da a la culminación de su carta, utilizó toda la hoja por ambos lados y cuando no encontró más espacio la doblo hasta donde el grosor de la misma se lo permitía, la finalizó y con una poco de vergüenza me la entregó.



Notas de mi diario III

Parecíamos sirenas dentro del agua de un lado al otro, afuera y adentro regulando nuestra temperatura. Era nuestra primera experiencia en estas aguas con otras mujeres, que cada vez nos volvíamos más amigas.

De camino a las termas, cuando iba escribiendo la carta en el carro fui la primera en terminar. Otra vez tan concisa, me preguntaba si tal vez tenía más por decir, pero no lo decía o quizá era miedo e inseguridad porque no quería sentir que hablaba de más.

Cuando buscábamos respuestas en el agua cada una lo hacía de formas distintas, una jugando desde el rodadero, otra chica no tuvo que buscarla, ya tenía sus definiciones inmediatamente quedó la grabadora a solas. Fuimos una y otra vez a la grabadora a contarle lo que íbamos encontrando, los hallazgos, las intuiciones sobre aquella pregunta, las respuestas que encontrábamos en el agua.

Elas no dejaban de agradecerme por aquella experiencia en ese lugar, pero yo solo me sentía agradecida con ellas por su disposición, su voluntad, su tiempo, su confianza, su escucha, sororidad y valentía.

Pensaba en el sube y baja que era mi vida hasta que conocí algunas de sus historias, eran una montaña rusa completa. Lo que he vivido es apenas unas pocas violencias, claramente no menos importantes, pero me gustó partir de mí para recurrir a otras mujeres, me identifiqué con ellas, me sorprendí, pero también me abracé. Las profesoras que hoy nos estamos pensando están atravesadas por quienes somos, quienes fuimos y quiénes queremos ser.

Definiciones de violencias

A partir de la implementación de la experiencia, es pertinente referenciar algunas definiciones sobre los diferentes tipos de violencias, ya que como se ha mencionado anteriormente, en la búsqueda por indagar alrededor de la violencia simbólica de género, se vislumbran ineludiblemente otras. De manera que se resalta el mismo grado de importancia y gravedad, pues se inscriben en un panorama general dentro de todas las vivencias de estas mujeres y se evidencian claramente dentro de los relatos autobiográficos.

A continuación, se referencian algunas definiciones textuales del Ministerio de Protección Social, otros artículos e investigaciones, con la intención de aclarar y diferenciar sus diferentes tipologías. De tal forma que puedan reconocer o recordar aquello que caracteriza a cada una con total claridad y las consecuencias que pueden significar para nuestras vidas en el entorno privado y en nuestra comunidad LAE. Igualmente, para lograr identificar en el texto final, aquellas que se presentan en cada historia.

Violencia psicológica: “Toda acción u omisión destinada a controlar las acciones, comportamientos, creencias y decisiones de otras personas por medio de cualquier conducta que implique perjuicio afectaciones en la salud psicológica, mental, la autodeterminación, la percepción de sí mismo o el desarrollo personal; incluye los mecanismos simbólicos para ejercerla como la intimidación y la amenaza” (Ministerio de protección social,2016).

Violencia sexual: “Todo acto o comportamiento de tipo sexual ejercido sobre una persona a través del uso de la fuerza; la amenaza del uso de la fuerza; la coacción física, psicológica o económica; o cualquier otro mecanismo que anule o limite la voluntad personal aprovechando las situaciones y condiciones de desigualdad; y las relaciones de poder existentes entre víctima y agresor. Esto incluye aquellos casos en que el/la agresora obligue a la víctima a realizar alguno de estos actos con terceras personas, todo acto sexual con personas menor de 14 años es considerado abuso en tanto no existe la capacidad de consentir y esto afecta su desarrollo personal por lo tanto siempre será considerado violencia sexual. Las formas de coacción pueden ser chantaje, soborno, manipulación, entre otros” (Ministerio de Protección Social,2016).

Violencia verbal: “El abuso verbal puede abarcar menosprecio en privado o en presencia de otras personas, ridiculización, uso de malas palabras que sean especialmente incómodas para la

interlocutora, amenazas de ejercer otras formas de violencia contra la mujer o contra alguien o algo de su aprecio” (Onu-mujeres,2017).

Violencia física: “Es cualquier acto de agresión que, mediante el uso de la fuerza o cualquier mecanismo que pueda u ocasione daños físicos internos o externos a la persona agredida y pone en riesgo o disminuye su integridad corporal. Dentro de este tipo de violencia se incluyen golpizas, empujones, sacudidas, estrujones, agresiones con objetos o con líquidos, ácidos, álcalis, sustancias similares o corrosivas que generen daño o destrucción al entrar en contacto con el tejido humano” (Ministerio de Protección Social,2016).

Violencia económica: “Cualquier acto que desconozca o restrinja el derecho a los ingresos, a la propiedad, el uso y disfrute de bienes y servicios, que tiene una persona, o que atenta contra otros derechos” (Ministerio de Protección Social,2016).

Violencia patrimonial: “Los bienes muebles e inmuebles son elementos que se suelen adquirir en la sociedad conyugal, hacen parte de la vida en pareja y ocupan un espacio físico o emocional, representan un esfuerzo mancomunado o individual para su obtención, por ende, una inversión monetaria. Dañar estos recursos es un mensaje hacia la víctima y una agresión “material”, se identifican argumentos del agresor que se manifiestan al atribuirse el rol de propietario sobre el patrimonio y, así mismo, el derecho de disponer sobre estos, anulando la facultad de decisión de la mujer al respecto” (Forensis,2017).

Violencia simbólica: “Es una violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento” (Pierre Bourdieu, 2000, P, 5). “Está basada en la violencia estructural del orden social y una categoría configurada analítica y socialmente, que deviene de vislumbrar esa forma de violencia ejercida por el poder, posición y pensamiento patriarcal sobre todo lo asignado en femenino” (Lombo,2020, P,36)

Estas tipologías de violencias estuvieron presentes y tuvieron significaciones importantes en los testimonios de cada mujer. Pues a lo largo de la investigación se evidencia la forma en que (unas más que otras) afectan estructuralmente las vidas de cada una, sus formas de pensamiento y así

mismo su accionar. Además, están directamente relacionadas con los miedos, las amenazas, la vergüenza, afectaciones emocionales, físicas y psicológicas que han vivenciado.

LA COCINA DE MI ESCRITURA

En este apartado es menester mencionar que la participación de la experiencia me llevo a ampliar la perspectiva que desde mi subjetividad había comprendido respecto a las implicaciones que la violencia puede representar en nuestras vidas. El haber explorado en un primer momento ciertas situaciones desde la intimidad si bien me cuestionaron y me motivaron a seguir expandiendo mis búsquedas; fue sin duda la experiencia compartida desde los lazos de sororidad, escucha y empatía los que me llevaron a pensar en una forma escritural que representara de una mejor forma nuestros relatos autobiográficos de una forma similar y honesta a cómo se desarrollaron los encuentros.

El inicio del proceso escritural se da en un primer momento con la transcripción de las voces de las mujeres, de los audios a las letras, a las palabras. Como al realizar nuestros encuentros no estábamos pensando o hablando para una grabadora, aunque éramos conscientes que siempre estaba allí, cruzábamos nuestras palabras, risas, hacíamos interferencias con objetos que en algunas ocasiones complejizó descifrar qué era lo que conversábamos, llevando a perderse unos que otros detalles. Sin embargo, a partir de lo que lograra surgir en cada encuentro, las voces que alcanzaran a llegar claramente a mi oído y lo que pudiera suceder, iba a ser lo que dispondría para la creación.

Cada tarde en la que me sentaba a escribir la transcripción de nuestras voces en el escritorio de mi habitación con los auriculares, caía en cuenta de todos los gestos faciales y estados anímicos por los que atravesaba, unas veces extrañeza por no comprender muy bien nuestras palabras, devolviendo una y otra vez los audios porque la velocidad con la que hablamos es mucho más fluida que con la que escribimos. Cuando apenas tomaba conciencia de mi rostro y mi sentir, estaba otras veces sonriendo, riéndome nuevamente por las situaciones y temas de conversación donde había carcajadas y que no recordaba. Pero en otros momentos, de repente, mi cuerpo tomaba frialdad, me quedaba pensativa y seria. Eso sentía cuando hablábamos de vivencias

desagradables para nosotras. Nuestras conversaciones eran una montaña rusa de altas y bajas; me reía, sentía indignación, orgullo, rabia, de nuevo reía, y luego dolía. Cada vez que las escuchaba sentía que de alguna manera estaba volviendo a vivir esos encuentros.

Una vez tuve las transcripciones de las voces de cada mujer por separado, empecé a releer muchos testimonios, para tomar la decisión de elegir un posible inicio. Aunque todas hablamos alrededor de unos temas comunes, mi intención no era empezar a relatar en el mismo orden que acontecieron los temas de conversación y tampoco los encuentros. Para ello seleccioné los rasgos que me permitieron como investigadora comprender los hechos o situaciones que más habrían influido en la construcción personal de las mujeres, en cuanto a su forma de pensar, actuar y relacionarse con las y los demás. Aquello que me permitieron ver que las movilizaba a **ser**.

Luego decidí ir agregando fragmentos de nuestras vivencias, no necesariamente en un orden cronológico, pero los iba tejiendo desde las relaciones que cada una tenía respecto con sus madres o familiares. Aunque siempre tuve claro que iba a visibilizar las violencias que contra las mujeres se han ejercido, aparecían relatos que no hablaban propiamente de ellas, y los introduje porque además de interesantes, armaban puentes de relación que permitían trasladarse de un suceso a otro.

Una vez tuve una primera versión de las historias entré en diálogos e interlocuciones con mi tutora respecto a la escritura, concluíamos que presentaba muchos errores gramaticales como el uso excesivo de comas. Descubrí que adopté esa particularidad en todos los relatos y que ésta dividía las ideas y le hacía perder ritmo a la lectura, lo más seguro era que se debía a la misma oralidad que iba transcribiendo de cada mujer. Noté que al oír sus voces desde la particular forma en la que cada una hablaba, las jergas y dichos que utilizaba, no solo cuando hablaban de ellas sino también de sus madres, intentaba plasmar sus voces literalmente dándole una voz y personalidad propia a cada relato desde la primera persona. De manera inconsciente en cada pausa de la oralidad de cada historia, o cada respiración de las mujeres iba ubicando diferentes signos de puntuación y se estaban viendo reflejados en la escritura final.

Adicionalmente, los relatos se habían extendido considerablemente, por lo cual fue necesario empezar a depurar muchas historias que realmente no respondían a mis preguntas investigativas y le quitaban visibilidad a lo que realmente tomaba importancia en esta investigación: Las

violencias contra la mujer. Así que empecé a hacer un proceso de limpieza del texto, el cual fue difícil para mí, en tanto que debía tomar decisiones acerca de los materiales que podrían irse y los que serían pertinentes dejar. Parte de la ficcionalidad que contienen los relatos, entran cuando se hace esta depuración y la utilicé para poder crear hilos, puentes, una secuencialidad o contexto en concordancia a las vivencias, y como continuidad de la poética misma que cada historia de las mujeres me permitía tejer.

ESCRITORAS

Svetlana Alexievich

Svetlana Alexievich, premio Nobel de Literatura, escritora e historiadora bielorrusa, resulta pertinente de mencionar en esta investigación, ya que su recorrido la ha llevado a plasmar en sus libros, realidades de cientos de personas que han sido invisibilizadas, anuladas, silenciadas y olvidadas; permitiéndoles expresar sus miedos, tristezas, dolores, pero a la vez alzar la voz mediante sus letras. Su intención nunca estuvo centrada en crear “grandes historias” de mundos imaginarios e irreales, sino la verdad de lo que se vivía en la guerra. Tal como lo podemos ver en su libro *“La guerra no tiene rostro de mujer”* (1985), una novela que se caracteriza por retratar las verdades de las mujeres que vivieron el periodo bélico de la segunda guerra mundial, dando a conocer una versión femenina, de una guerra que ha sido conocida y contada solo por los hombres. En ella se puede evidenciar la función que tenían las mujeres dentro del conflicto, como activadoras de bombas, conductoras de tanques, aviadoras, francotiradoras, etc. Una participación importante y significativa pero que luego fue reconocida, renombrada y condecorada únicamente al género masculino.

Justamente en la búsqueda de esas otras versiones de la guerra, recorre toda la Unión Soviética (URSS) y se encuentra con mujeres que han apropiado y reconocido la participación únicamente de sus esposos en este conflicto, invalidando la historia que ellas también construyeron allí al participar activamente. Identifica que estas mujeres luego de haber demostrado valentía, fortaleza y seguridad, cuando se acaba la guerra retoman un rol pasivo y de sumisión al que la sociedad patriarcal las ha llevado, en donde se celebraran las victorias de las que hicieron parte, pero después critican la participación de las mujeres. También le cuentan lo que significa ser

mujer en la guerra, como el hecho de que les llegara la menstruación y no poder conseguir “compresas” y los abusos sexuales a los que se enfrentaban.

Por otro lado, Alexievich reconoce y destaca las percepciones que algunas tuvieron.

“le impresionó que las mujeres tuvieran piedad de los alemanes prisioneros o vencidos, o que se compadecieran de los cadáveres de ambos lados. Los veían con pena porque eran jóvenes y hermosos. Nada de esto le transmitieron en la escuela cuando le explicaban la gran guerra patriótica. Por el contrario, todas las consignas de los mandos eran una invitación a amar la muerte, a entregar la vida por el ideal comunista o patriótico” (Rubio, 2022).

Su intención fue mostrar una realidad que en ocasiones es empujada u, oculta pero muy importante de visibilizar. Así la forma en la que la autora se acerca a los entrevistados para llegar a sus testimonios, no desde un interrogatorio, sino un papel de amiga donde permite que las personas narren con sencillez y se permitan poder llegar a detalles íntimos. Estas características la convierten en una obra pertinente, en paralelo a las búsquedas que como investigadora y creadora me propuse realizar.

Sumado a esto, la autora Alexievich en su libro *El fin del Homo Sovieticus* nos habla acerca de las cocinas rusas de los edificios de los años sesenta, donde se entiende éste como un espacio que va más allá y tiene otras funciones que simplemente preparar los alimentos, sino que servían también de comedor, de salón donde recibir visitas y realizar sesiones de psicoterapia de grupo.

“La generación de 1960 es la generación de las cocinas. ¡Gracias a Jruschov! Fue durante su gobierno cuando los soviéticos abandonamos los apartamentos comunales y pudimos por fin tener cocinas propias en las que criticar al poder sin temor, porque a nuestras cocinas sólo accedían los nuestros. En ellas nacían toda suerte de ideas y proyectos fantásticos. Nos contábamos chistes... ¡Era la apoteosis del humor! «Comunista es aquel que ha leído a Marx; anticomunista es aquel que lo ha comprendido». Crecimos en nuestras cocinas y nuestros hijos crecieron en ellas junto a nosotros escuchando a Gálích y a Okudzhava. Y a Visotski. Sintonizábamos la BBC. Hablábamos de todo: de

lo jodida que era nuestra vida, del sentido de la existencia, de la felicidad universal” (Alexievich,S, 2015, p, 24-25)

Este ha sido un espacio que se ha asociado generalmente a la mujer a lo largo de los años, en relación a unas labores domésticas que “tiene que cumplir” para estar al servicio de sus hijos y esposo. No obstante, desde la mirada de esta investigación se sitúa a la cocina como un lugar para fortalecer las relaciones y el empoderamiento femenino, recurriendo a él de forma autónoma para resignificar nuevas experiencias y construir nuevas realidades desde el diálogo, la empatía y el encuentro con otras mujeres.

Con todo lo anterior, el trabajo que realiza Alexievich tiene toda una relación tanto procedimental como narrativa en la implementación y creación resultante de esta investigación, desde las intenciones que como investigadora se buscan desarrollar con las mujeres participantes, hasta la escritura en tanto forma y contenido. Aquí justamente toma fuerza el poder de lo erótico en las mujeres y el espacio de la cocina como punto de encuentro de la experiencia femenina.

Patricia Lara Salive

Lara, escritora, periodista y columnista colombiana, autora del libro *Las mujeres en la guerra*, escribe un reportaje literario en el que diez mujeres revelan cómo se han visto involucradas en el conflicto armado colombiano, y por qué no están de acuerdo con una guerra que hicieron los hombres pero que tuvieron que sufrir las mujeres.

Estas mujeres le cuentan su vida a la autora en una especie de flujo de conciencia. Para entrevistarlas, ella acudió al método psicoanalítico, aprendido empíricamente gracias a sus muchos años de psicoanálisis. Estas mujeres, que hablan en monólogo, sin que la autora las juzgue ni las cuestione para que, de esa forma, cuenten su verdad que, al ponerla junto a las otras verdades, muestra en un panorama en 360 grados la guerra de Colombia (El Tiempo,2001)

Cuando me propuse, como investigadora, indagar en la vida de estas mujeres de una manera cercana, confidencial, de amigas, sin darle cabida en ningún momento al cuestionamiento o

incluso llegar a juzgar en absoluto las vivencias de cada una; nacen relatos desde el *yo* de cada mujer, que me empezaron a cuestionar si realmente mis deseos se posaban sobre una dramaturgia en la que posiblemente estas vidas y vivencias se entrecruzarán entre sí. No obstante, en algunos intentos por llevarlo a cabo de esa manera, empezaba a perderse el carácter narrativo que me parecía importante empezar a conservar, y es por ello que se intenta transcribir sus testimonios desde la mayor transparencia posible, ya que sus voces construían unas estructuras de sentido particulares, desde la sinceridad de cada mujer.

La metodología escritural que las autoras utilizan para la escritura, refleja e incide de forma significativa en la forma y contenido que caracterizan a los relatos autobiográficos. Este tipo de escritura, me llevaba a saciar una necesidad: contar sin tapujos las violencias por las que atravesamos las mujeres, de una manera honesta y cruda, tal como las mujeres en los encuentros las manifestábamos. Por el contrario como en nuestro contexto actual a las mujeres que hoy participamos en esta investigación no nos tocó vivir de una manera tan abrupta la guerra como lo relatan las mujeres en los libros de Alexievich y Lara , pero por otro lado sí nos tocó vivir muchas otras violencias que se vieron en la necesidad de tomar voz a través de las letras.

DESCUBRIMIENTOS

En este apartado del documento se presentarán las conclusiones a las que se llegaron durante y al finalizar todo el proceso investigativo y creativo, así como los hallazgos y aportes que tanto para las participantes, la investigadora, la comunidad de estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional puede significar.

Durante el desarrollo de los encuentros con las mujeres y el texto *Voces del silencio* se identifican los diferentes tipos de violencia por los que han atravesado no sólo las participantes, sino aquellas mujeres quienes conforman parte de su estructura familiar. En las conversaciones emergentes se reconoce y afirma que, al hablar de mujeres, de sus historias de vida, de la forma en que se sitúan en el mundo, es ineludible hablar de violencias. Somos cuerpos marcados, rayados, atravesados, cortados, fragmentados, divididos profundamente no por una, sino muchas violencias. Como se podrá identificar dentro de sus relatos, es existente la presencia de la violencia económica, física, psicológica, patrimonial, emocional, sexual y simbólica; y que esta

última, si bien se denomina como una violencia distinta a las demás, la cual se caracteriza por ser invisible, eufemizada, sutil y no ser una violencia física, puede devenir y presentarse dentro del campo de las otras.

A lo largo de los relatos se logra identificar:

- Las amenazas como el recurso al que acceden los hombres para saciar sus deseos sexuales con las mujeres.
- El sentido de culpa y vergüenza que atraviesan los cuerpos de las mujeres cuando son violentadas por el hecho de haber sentido miedo y permitir que pasaran por encima de sus voluntades.
- La poca credibilidad de la inteligencia femenina desde la niñez a la adultez.
- Los cánones sociales a los que se espera que respondan los comportamientos femeninos.
- La división sexual del trabajo doméstico, donde a la mujer se le enseña unas labores u oficios específicos como obligatorios y únicos para su sexo.
- Las concepciones creadas alrededor de lo que debería significar el amor romántico en las mujeres.
- La asunción de que las mujeres debemos ser madres y esposas bajo parámetros específicos.
- La violencia sexual perpetrada a las mujeres mayoritariamente en la niñez y adolescencia.
- La exclusión de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres.
- La culpabilidad que se ejerce sobre las mujeres en las complejidades que presentan las relaciones de pareja.
- La violencia física ejercida sobre las mujeres como resultado y liberación de la ira masculina.
- La continuidad de violencias a la mujer generación tras generación.
- La violencia patrimonial.
- La intimidación de los hombres hacia las mujeres cuando estas optan por la ruptura amorosa.
- Los estereotipos, prejuicios e imaginarios sociales impuestos a las mujeres.

En este sentido podríamos concluir que en la relación hombre-mujer que se da en cada una de las violencias, existen dos actores o *agentes* como lo denomina Bourdieu, donde se imparten acciones por un agente dominador asumido por el masculino y otro dominado asumido por el femenino mayoritariamente a través de unas relaciones de poder claras.

Se toma el amor romántico y sus implicaciones como base de discusión dentro de algunos momentos del desarrollo de la experiencia femenina. Se evidencian unas formas particulares de su reproducción constante por parte de las mujeres, pero también una diferenciación en las concepciones propias de mujeres tradicionales y modernas. En donde se podría confirmar la visión feminista de que el amor es histórico y ha sido configurado por épocas, culturas y costumbres que se caracterizan por tener normas y mandatos diferentes para hombres y mujeres.

En acuerdo con la perspectiva de Marcela Lagarde (2000) cuando menciona que el ciclo de vida de las mujeres es el ciclo de transfiguración como seres del amor y que nosotras vivimos el amor como un mandato, es decir no por voluntad, sino como un deber, evidenciamos claramente el arraigo que las mujeres tradicionales tienen por cumplir y responder a estos mandatos; como sería en este caso las madres de las mujeres que hicieron parte de la investigación y las participantes harían parte ocasionalmente de las mujeres modernas, que serían las que crecimos alrededor de una cultura más contemporánea, con visos de tradicionales y modernas pero que se empiezan a cuestionar nuevas formas de transformar las estructuras ya preestablecidas, su propia realidad.

Por otro lado, la creación de las experiencias femeninas me permitió poner en práctica las herramientas y el lugar pedagógico que como docente he podido construir a lo largo de la carrera universitaria, comprendiendo nuevas formas de conocer desde la investigación creación. Además, permitió la apropiación de mi rol docente con base en una pedagogía desde el cuidado, que se sitúa como una alternativa distinta a la educación hegemónica impartida, que se desenvuelve únicamente en el aprender y enseñar para producir, reproducir y consumir las mismas ideas que impone un sistema capitalista; dejando atrás el cuidado, la justicia y los derechos humanos de las personas. Esta directriz sería pertinente acogerla en todas las instituciones educativas, para que el profesorado mantenga unas relaciones de cuidado con sus estudiantes y este también sostenga prácticas de cuidado consigo mismo y con los otros. En acuerdo con Aguado (2018):

Al tratarse de una Pedagogía de los cuidados, el primero que queremos destacar es el enfoque de género, que nos ayuda a poner atención a cómo se han desempeñado las acciones de cuidados en la historia, en el presente, en nuestro contexto local, en el conjunto del planeta; qué papel juegan las mujeres y los hombres en su desempeño; cuáles son las relaciones de poder, de dominación y de cuidado; cómo se puede transformar la realidad a favor de la equidad; qué relaciones hay entre el sistema social del patriarcado y el económico del capitalismo (p.25)

Adicionalmente, reconocer la importancia que conlleva posibilitar investigaciones en diferentes espacios, no necesariamente contextos académicos, aunque la población haga parte de él. Pues la relación que las participantes tuvieron con los lugares y las propuestas diseñadas influyó en los aprendizajes, el desenvolvimiento y la forma en que narraron sus historias.

El entramado de metodologías empleadas, da cuenta de cómo se posibilitan encuentros en diferentes espacios, contextos, poblaciones que pueden abarcar problemáticas que se viven no solo en el ámbito educativo, sino también social, dispusieron verdaderos encuentros de diálogo y compartires por los elementos contemplados en su diseño.

Teniendo en cuenta que la población con la cual se realizó la investigación fue con mujeres, profesoras en formación y artistas, es necesario comprender la particularidad que trae consigo a estos cuerpos habitar, vivir y reflexionar sobre las violencias contra la mujer a partir de los encuentros experimentados. De tal manera que sus posturas desde un lugar político y pedagógico puedan nutrirse y entrar en diálogo con una educación que enseñe a las mujeres lo que necesitan saber y lo que el patriarcado no les ha enseñado, o lo que les ha hecho creer innecesario o insignificante.

Adrienne Rich (2021) menciona que en las instituciones educativas existen jerarquías disfrazadas de “imparcialidad” donde verdaderamente hay desigualdades en tanto cargos administrativos, salarios diferenciados para hombres y mujeres, siendo estas últimas generalmente las peor pagadas, además existe una educación diferenciada para ambos sexos. Es importante combatir estas desigualdades desde el aula de clase, pero también es urgente

empezarlas a reconocer fuera de ella, involucrando en procesos de reflexión y acción a mujeres que no necesariamente hagan parte de la academia o la educación formal, como las mujeres de nuestra familia, del barrio o comunidades específicas, profesionales, no escolarizadas etc. Pero que merecen a su vez salir de la marginación y tomar conciencia propia de las violencias que habitan y cómo el patriarcado quiere configurarlas.

En los diálogos que se efectuaban en los encuentros, se empiezan a esclarecer ciertos hechos y conductas apropiadas por cada una, que se relacionaban directamente con el lugar que como mujeres han ocupado en sus vidas, decisiones, proyecciones; y en el caso de la investigadora artista se presentaban nuevos mundos posibles para visibilizar las violencias mediante una escritura creativa. Sin embargo, la unión, los encuentros, el sentarnos a jugar y hablar fortalecieron sin duda nuestras relaciones, lo erótico. Nos permitió romper los silencios y así visibilizar aquello que se perpetúa a plena luz del día, pero de lo que no todo el mundo habla: las violencias. Se generan espacios de reflexión justamente desde la construcción docente de cada una, para identificar que la violencia en ocasiones no solo la asumimos, sino que la impartimos. Además, se concluye la particularidad de que, a pesar de todas las situaciones violentas vividas por nosotras, en algún punto de los relatos autobiográficos, todas las mujeres convergemos en que no nos arrepentimos de haber nacido dentro de lo que se cataloga como el sexo femenino, pues nos enunciamos con gusto y amor desde una identidad de MUJER.

Es a partir de estas interacciones que nacen alrededor del “yo” para ser compartidas a un colectivo, que identifico cómo los testimonios, biografías, autobiografías y etnografías sitúan a la escucha de espectadores/lectores desde lugares distintos a los puede significar el uso formal de la tercera persona. Reconociendo desde un análisis más personal que éste último modo de emplear la escritura, puede crear distancias que no tiene por objetivo esta investigación. Además, que su caracterización plantea una búsqueda por reconocer verdades históricas de mujeres y éstas no están alejadas de la pretensión por visibilizar y narrar con crudeza en el texto escrito, los relatos contados por las participantes.

Entrando en nuestro contexto educativo, considero que las formas de apropiarnos de las artes desde la particularidad de cada campo pueden estar directamente relacionadas a diversos fines. En el caso peculiar de esta investigación, y desde una postura propia como investigadora, considero que el arte debe estar pensado en relación con nuestro contexto, nuestros territorios,

de manera que nuestras creaciones artísticas aporten, nutran procesos, indaguen, visibilicen o cuestionen situaciones y problemáticas sociales, pero que también nos permitan reflexionar desde nuestro papel de artistas, docentes o espectadores-lectores.

Como se mencionó en algún punto, este trabajo quiso ser una dramaturgia, pero resultó siendo una serie de relatos autobiográficos narrados con un carácter literario, pero no por ello pierde el sentido ni se desvía frente a las preguntas que me movilizaron como investigadora a llevar a cabo este proyecto. El material que suscita puede disponerse para hablar de violencias contra la mujer, para ser llevado a las aulas, a grupos de mujeres, o si desde la mirada de artistas escénicos se lee adaptarlo a monólogos, o a la dramaturgia que en esta primera versión no pudo ser.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguado pa la., (2018) *Pedagogía de los cuidados. Aportes para su construcción*. Edita: Fundación InteRed.
- Alexievich,S, (2015) *El fin del «Homo Sovieticus»* Barcelona. Acantilado Quaderns Crema, S.Recuperado de: https://www.acantilado.es/wp-content/uploads/El_fin_del_Homo_sovieticus_Svetlana_Aleksievich_extracto.pdf
- Barthes, R. (1990). *La cámara lúcida*. Barcelona-Buenos Aires-México: Ediciones Paidós.
- Bartra, Eli. (2012). *Acerca de la investigación y la metodología feminista*. En *Investigación feminista epistemología, metodología y representaciones sociales*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.
- Bolivar do fer; (1998). *La investigación biográfico-narrativa en educación*. Edita: Grupo FORCE y Universidad de Granada, y Grupo Editorial Universitario.
- Bolivar (2015) *Metodología de la investigación Biografica narrativa: Recogida y análisis de datos*. España
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Cameron, J. (1992). *Las páginas matutinas*. Recuperado de: http://donakaren.weebly.com/uploads/1/0/8/5/108598473/las_p%C3%81ginas_matutinas.pdf
- Cameron, J. (2002). *El camino del artista: Un curso de descubrimiento y rescate de tu propia creatividad*. Nueva York: Prisa Ediciones.
- Comisión de la Verdad de Colombia. (2021). *Informe final de la Comisión de la Verdad*. Bogotá: Comisión de la Verdad.
- Daza Cuartas, J. (2019). *Investigación-Creación: Un acercamiento a la investigación en las artes*. Manizales, Colombia: Facultad de Artes y Humanidades Departamento de Diseño Visual.
- Forensis (2017). "Violencia de género contra mujeres, niñas y adolescentes, en contextos de violencia intrafamiliar: un análisis a partir de los relatos contenidos en expedientes de la Comisaría Segunda de Familia", Soacha, Colombia. Recuperado de: <https://revistapropectiva.univalle.edu.co/index.php/prospectiva/article/view/8803/12863>

- González, P. (2018). *Dramaturgias de la resistencia: teatro documental Kimvn Marry Xipantv*. Santiago, Chile: Pehuén.
- Lagarde, M. (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. UNAM.
- Lagarde, M. (2000). *Claves feministas para negociaciones en el amor*. Managua, Nicaragua. Edición: Puntos de encuentro.
- Lizarazo, A. (2012). *Versión. Estudios de comunicación y política*. Universidad Autónoma Metropolitana. Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.org/Mexico/dcsh-uam-x/20201029034500/Walter-Benjamin.pdf>
- Lombo, A. I. (2020). *Otras miradas. El reconocimiento de la violencia simbólica de género en la Licenciatura en Artes Escénicas (2019)*. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/20.500.12209/12217>.
- Lorde, A. (1984). *La hermana, la extranjera*. Barcelona. Edicions 62
- Marín, M. (s.f.). *Descubriendo el teatro documental*. Recuperado de: <https://www.labarcaotroteatro.com/descubriendo-el-teatro-documental/>
- Naranjo Velásquez, S. (2017). *Los gestos de la vida cotidiana y las máscaras de Jacques Lecoq, entre la técnica extra-cotidiana de inculcación y la técnica extra-cotidiana de aculturación: estudio desde la óptica de la Antropología Teatral de Eugenio Barba*. *Revista Colombiana de las Artes Escénicas*.
- Néspolo, J. (2007) *El problema de la identidad narrativa en la filosofía de Paul Ricoeur*. Buenos Aires. Recuperado de: file:///C:/Users/Pc/Downloads/admin,+Gestor_a+de+la+revista,+OTn13a07.pdf
- OMS. (2015) *La violencia contra la mujer. Estrategia y plan de acción sobre el fortalecimiento del sistema de salud para abordar la violencia contra la mujer*. Organización Panamericana de la Salud (PAHO). Washington, D.C
- Ornela, D. (2020). *El pacto de sororidad como estructura fundamental en la construcción de una comunidad solidaria*. Vol. 2 N° 2. Recuperado de: <file:///C:/Users/Pc/Downloads/sfigueroa,+5.+Art%C3%ADculo+Sororidad.pdf>
- Otero, Carrasco. (2019). *Mercados de género y procesos de feminización en la cultura del consumo. "Imaginario sociales femeninos en la cultura visual contemporánea (2009)*.

- Ovidio. N. (2003). *La metamorfosis de Ovidio* (Trad. Ana Pérez Vega).
- Platero. R (2014) Metáforas y articulaciones para una pedagogía crítica sobre la interseccionalidad. Madrid. Recuperado de: [file:///C:/Users/Pc/Downloads/Teor%C3%ADa%20Interseccionalidad%20-%20Met%C3%A1foras%20y%20articulaciones%20para%20una%20pedagog%C3%ADa%20cr%C3%ADtica%20sobre%20la%20interseccionalidad%20-%20Raquel%20Platero%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Pc/Downloads/Teor%C3%ADa%20Interseccionalidad%20-%20Met%C3%A1foras%20y%20articulaciones%20para%20una%20pedagog%C3%ADa%20cr%C3%ADtica%20sobre%20la%20interseccionalidad%20-%20Raquel%20Platero%20(1).pdf)
- Rich, M. (2021, 5 de abril). *Una universidad centrada en las mujeres*. El País.
- Rodriguez, R. (2014). El teatro documental. Una alternativa para denunciar la violencia. Múnich: GRIN Verlag. Recuperado de: <https://www.grin.com/document/279959>
- Rubio, A (2022) Svetlana Alexievich, historiadora de las voces anónimas. Recuperado de: <https://www.nuevarevista.net/svetlana-alexievich-historiadora-de-las-voces-anonimas/>
- Universidad Pedagógica. "Protocolo de prevención, atención y sanción de Violencias Basadas en Género Universidad Pedagógica Nacional - 2023" (Ministerio Protección Social, 2016). Recuperado de: http://rectoria.pedagogica.edu.co/wp-content/uploads/2021/03/protocolo_prevenccion_violencias_genero.pdf
- Velasco, F (2010) Paulo Freire, Paul Ricoeur y la identidad narrativa. UCA, San salvador. Revista Realidad 123. Recuperado de: [file:///C:/Users/Pc/Downloads/3069%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Pc/Downloads/3069%20(1).pdf)



VOCES
DEL
SILENCIO



VOCES DEL SILENCIO

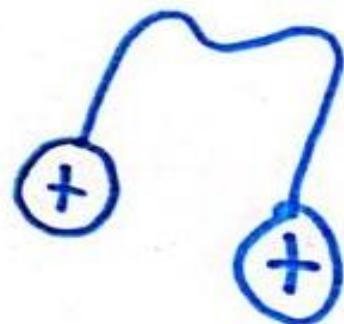
Esta es una serie de relatos biográficos que recoge verdades subjetivas distintas e íntimas, vividas y narradas por cuatro mujeres que se atrevieron a romper el silencio para contar sus propias historias en el marco de las violencias que han atravesado.

Estas historias convergen y se entrecruzan en el silencio que estas mujeres guardaron durante mucho tiempo, las injusticias y desigualdades que vivieron debido a su género.

Sus historias son el reflejo de lo que acontece y ha acontecido diariamente a miles de mujeres y niñas que han sido moldeadas bajo las perversidades que el patriarcado ha configurado en nuestros modos de ser, vivir y pensar.

Hoy las mujeres profesoras artistas, pensamos que para educar no podemos desconocer la violencia por la han atravesado nuestros cuerpos. Así lo declaran Graciela, María del Tránsito, Nancy y Luz Dary a partir del recuento de sus experiencias y las de sus madres.

GRACIELA



“Yo nunca le quise contar a mi mamá, porque me sentía como si yo hubiese querido, como si yo hubiese cedido, me daba miedo que pudiera pensar eso”

Era catorce de diciembre, la víspera de navidad estaba próxima a llegar, las calles cerraban su entrada a los vehículos y las tomaban para hacer novenas, nos daban buñuelos y avena a quienes participábamos de ellas, por eso me gustaba ir a cantar los villancicos. Los vecinos nos llevaban natilla hasta la casa y yo acompañaba a mi mamá a repartir galletas navideñas. El arbolito de navidad tenía tres regalos, parece que hacía falta uno. Me senté frente a él y sentí como una suerte de espasmo muscular. Al árbol le hacía falta algo, así que le quería regalar una carta para que no se sintiera vacío y solo. Busqué una hoja y un lápiz, pero todo pareció salirse de control.

¿Cómo olvidar los años que estuviste? ¿Cómo olvidar cuando desapareciste? ¿Cómo olvidar la china hijueputa que soy y que no sirve para nada? ¿Cómo olvidar que soy una atolondrada? ¿Cómo olvidar que a los garrotazos es que podía poner a funcionar mi cerebro? ¿Cómo olvidar que, teniendo plata, un día me negaste un lápiz para ir al colegio? ¿Cómo olvidar que tenía prohibido ir a jugar porque siendo una niña me tocaba trabajar? ¿Cómo olvidar la bicicleta que me prometiste por ir bien en el colegio? ¿Cómo olvidar el pastel que me juraste en cada cumpleaños? ¿Cómo olvidar cuando me retaste, me pusiste una abeja en la mano para que me picara con la condición de que si aguantaba, me podía ir a casa a descansar? Seguí trabajando con la mano hinchada. ¿Cómo olvidar el terror que viví cada mañana hasta mis nueve años pensando con qué me ibas a reventar por haber mojado la cama? ¿Cómo olvidar las carreras que me pegaba una vez salía del colegio para no llegar tarde a casa un solo minuto? ¿Cómo olvidar los lugares a los que me prometiste llevarme algún día a conocer? ¿Cómo olvidar el orfanato al que tanto le tenía miedo porque me amenazabas con dejarme allá? ¿Cómo olvidar lo que amaba con mi vida verte borracho? Eras irreconocible, me sonreías, me aconsejabas, me demostrabas cariño, me regalabas dulces, sentía que me querías de verdad. ¿Cómo olvidar en lo que te convertías cuando se te pasaba la borrachera? volvías a ser el mismo y repugnante de siempre. ¿Cómo olvidar que muchas veces solo para que descansaras de mí y yo de ti, pensaba en subirme a un árbol, coger dos cables de la luz al

tiempo y electrocutarme? ¿Cómo olvidar lo mucho que odiaba mi vida? ¿Cómo olvidar lo que sufríamos al verte golpeado por andar borracho en riñas? ¿Cómo olvidar cuando casi ahorcas a mi mamá porque quiso terminar la relación y la agarraste del cuello enfrente de mi hermana y de mí? tal vez, si nosotras ese día no te hubiéramos cogido a pellizcos y puños no te hubieses detenido. ¿Cómo olvidar cuando te fuiste de casa? Me hacías mucha falta, aunque con el tiempo entendí que fue lo mejor que le pudo haber pasado a mi mamá, a mi hermana y a mi. Pero tiempo después ¿Cómo olvidar que todos los días anhelaba tu visita? ¿Cómo olvidar en mis quince años la ilusión de que entraras por el portón y bailaras conmigo el vals? ¿Cómo olvidar la esperanza que tenía de que llegaras a mi ceremonia de graduación? ¿Cómo olvidar la llamada que jamás sonó? No es quizá de tu interés reparar los daños que causaste en nuestra familia, pero te perdono por todo, te abrazo y después de todo te quiero.

Ésta fue la última carta que le escribí a Fernando, mi papá. Cuando lo que quería hacer era escribirle una nota al arbolito de navidad, solo que indudablemente no dejaba de pensar que iba a ser mi primera navidad sin él. Se la envié antes de que se fuera del pueblo, aunque creo que nunca la leyó o como era costumbre, no tuvo nada por decir.

Las matemáticas nunca me gustaron, era malísima para ellas y además siempre me han parecido muy aburridas. Recuerdo que tuve una profesora que se llamaba Magda Lorena, de mis profesoras favoritas, a veces era pelinegra y otras tantas pelirroja, usaba jeans bota campana y unos zapatos coloridos que a mí me encantaban. Siempre llegaba a clase convertida en un personaje que se llamaba “Lolita”; nos llevaba zancos, títeres y nos ponía a construirlos con palos de café. En esa clase no me sentía como mi papá decía que era o al menos ella nunca me lo hizo sentir.

En el recreo siempre jugaba a la ardilla y al cazador, cuando uno tiene un juego favorito puede jugarlo una y mil veces sin cansarse. También me la pasaba jugándolo con mi hermana cuando nos escapábamos de mi papá en los cafetales. Yo siempre elegí ser la ardilla, ellas debían subirse a los árboles y trepar lo más alto posible para no dejarse alcanzar, en eso yo tenía experiencia. El cazador llevaba un machete y una escopeta, debía hacer caer en sus brazos a la ardilla, generalmente yo era la última que se dejaba atrapar. Me trepaba muy alto, cada vez más, imaginando que iba a llegar a las nubes, me aseguraba de sostenerme muy

bien, rara vez me caía y procuraba no hacerlo porque donde llegase a aparecer en la casa golpeada, rasguñada o adolorida, me terminaban de rematar mis papás.

Nací en San Juan de Cundinamarca, me llamo Graciela Ruiz, me críe en el Tolima y luego en el Huila. Yo siento que uno es de donde viene la última vez. Crecí alrededor de una “familia funcional” que no funcionaba. Mi mamá siempre ha sido cristiana, le gustaba ir a la Iglesia Adventista del Séptimo Día y me hacía ir a culto con ella. Desde pequeña me vistió con faldas muy largas y cuando íbamos por el pueblo le gustaba aconsejar a la gente sobre el amor y la entrega que le debían tener a Dios. Pero al fin y al cabo dice que uno cree en lo que quiere creer, que allá cada quien. Mi abuelo la educó a punta de reajo, pero conmigo ella ha sido como mi abuela fue con ella, muy atenta y comprensiva. Mi mamá dice que gracias a mi abuela ella aprendió a estar pendiente de todos y a ayudarle a los demás, pues fue ella quien le enseñó a cocinar para brindarle algo de comer a quienes vivían en la casa, le enseñó a lavar ropa para atender a mis tíos y a mi abuelo; a planchar, ordeñar. Mi mamá era como la segunda mamá para ellos. Mis padres nos llevaban a mí y a mi hermana todas las tardes al cafetal, no podíamos ponernos a jugar porque había que ayudar a trabajar, a recoger café. A mi mamá tampoco se le podía ocurrir enfermarse, mi papá no la dejaba faltar un solo día. Así estuviera enferma tenía que ir a trabajar; cogían un costal, un colchón de los que me orinaba, los portas colgando en la cadera, una niña al hombro y la otra de la mano. Con mi papá las cosas funcionaban o funcionaban, de lo contrario *nos iba dando madera*. Así decía él.

A veces imagino locuras que me hace pensar mi mamá, por ejemplo, el cómo hubiera sido mi vida si Fernando no hubiera sido mi papá sino William Triana, el verdadero amor de su vida desde que tuvo ocho años, cuando vivía en la montaña de San Juan de Rio Seco. Un día me dijo:

—Yo soñé con que él hubiera sido el papá de ustedes. Al principio no sabía que era amor lo que sentía por él, pero cada vez que lo veía se me entumía el cuerpo y el corazón me hacía putucun, putucun.

—¿Qué pasó con él? Le pregunté.

— En ese tiempo como no existía el correo ni el WhatsApp, nos escribíamos noticias en las hojas de las pencas porque mi papá no me dejaba acercarme a él. Cada tarde teníamos

correspondencia el uno del otro, cuando pasábamos por ahí recogíamos las notas. Así fue hasta los catorce años cuando me enviaron a un internado y luego que regresé, él ya estaba con alguien más. En ese tiempo fue cuando conocí a Fernando. Pero aun estando con Fernando todavía me acordaba de William.

Mi mamá aún hoy a sus cincuenta y tres años, sé que lo guarda en su corazón. Cuando se separó de mi papá se volvió a hablar con William, pero no quisieron dañar la bonita relación que habían tenido durante toda la vida.

No sé si es una linda o pésima historia de amor. A veces me pregunto si alguna vez viviré algo así, algo de verdad. Pues en mis veinte seis años he tenido solo un novio. Sucedió cuando iba a un grupo que se llamaba “la amistad”, todos los miércoles de seis a ocho de la noche, iba gente de todas las edades de la vereda de Pitalito, yo tenía catorce años y apenas había dejado las muñecas, pero esa es otra historia. Él se llama Erminson, siempre estuvo detrás de mí, cuando jugábamos al amigo secreto siempre buscaba quien me había sacado para intercambiar papelitos y darme un regalo, me daba chocolates, cartas, pero a mí me fastidiaba porque no me gustaba ni un poquito.

Recuerdo que él tenía una moto y yo vivía a solo cinco casas de donde nos reuníamos. Un día los amigos me dijeron:

— Graciela, súbase que Erminson la va a llevar.

— No, como si yo no tuviera pies. Les respondí muerta de la vergüenza.

Eran cuatro, pero a ellos si no les dio pena cargarme y subirme a las malas a esa moto.

A mí me indignaba que en el pueblo me llegaran a ver con él porque era mucho mayor que yo, tenía veintidós años. Una tarde yo venía de la tienda de Don José para mi casa y me lo encontré. Me dijo:

— Graciela ¿Será que los dos podemos hablar?

— Sí, dígame. Le respondí.

— No, pero me gustaría que fuera a las siete de la noche, debajo del puente. Le dije que sí.

Efectivamente nos encontramos, nos escondimos muy bien, no quería que nadie nos viera.

Me saludó y me dijo:

— Lo que pasa es que, no sé si lo ha notado, pero usted me gusta mucho, me parece muy bonita y yo quisiera tener algo con usted.

En ese ese momento no me sentía preparada para esa proposición, no supe qué responder.

Me dijo:

— No sé, piénselo.

— La verdad, yo no quiero tener novio ahorita. Le contesté.

Él insistió y yo me sentía cada vez más presionada para decirle sí.

— No, pero es que a mí me da mucha pena.

— Pero si quiere tenemos una relación a escondidas.

— Me parece.

No fui capaz de decir no, con los regalitos que me había dado antes ya me sentía comprometida, le dije que tuviéramos una relación a escondidas. Él al despedirse esperaba que le diera un beso en la boca, pero yo no sabía besar, jamás había besado a alguien de verdad, además en ese tiempo pensaba que uno se convertía en novia al siguiente día de haber dicho que sí, no en ese mismo momento. Cuando se fue a despedir le puse la mejilla.

Al día siguiente mi mamá se fue para el pueblo y a mí me dejaron ese día cocinando, yo no dejaba de pensar en por qué le había dado el sí, realmente no quería estar con él. En la tarde cuando llegó mi mamá preferí contarle.

—Mami, tengo que contarle algo.

—¿Qué?

—Lo que pasa es que le dije a Erminson que sí.

— ¿Qué sí que?

— Pues que éramos novios, pero que iba a ser a escondidas.

Me dijo que no me iba dejar tener novio a escondidas, que ella no quería que yo estuviera en la carretera, ni en los cafetales, por allá, para que me vieran mal parqueada y que estuvieran hablando mal de mí.

—Si va a venir, que sea acá en la casa y se sientan en esa silla donde yo los vea.

Mi hermana me decía que dejara de ser tan boba, que si éramos novios tenía que darle besos en la boca, que cuando volviera lo recibiera con un beso en la boca. Él llegaba a la casa, me quería coger la mano y darme besos, yo le decía que no porque podían salir mis tíos o mi mamá. No quería que nos vieran. Mis tíos, como era de esperarse, apenas Erminson se iba empezaban con sus comentarios.

— ¡Ay, eso es que ya quiere conseguir marido para que se la lleve a la montaña a cocinar, a criar y a lavar!

En ese tiempo todas mis amigas ya tenían novio, pero para mí todavía no era muy normal. Le empecé a coger mucho fastidio a Erminson, hasta que un día después de tanta insistencia porque yo no quería salir a ningún lado con él, le acepté la salida y me llevó a un lugar que se llamaba Los Peregollos. Llegó la noche y me dijo:

— ¿No crees que ya es hora de tener una relación más avanzada?

— No ¿avanzada? no, yo así estoy bien. Le respondí.

Empezó a llover y me insinuó que nos quedáramos en las cabañas que había en Los Peregollos.

— Se quedará usted porque yo me largo de este lugar.

Mi mamá siempre me dio plata de emergencia por si necesitaba en algún momento. Cuando vio que era en serio que me iba, me dijo que no pasaba nada que nos fuéramos y pensara lo de la relación más avanzada. Prendió la moto y nos fuimos. Cuando llegamos me preguntó:

— ¿Qué pensaste sobre la relación más avanzada?

— No, no tengo nada que pensar, ya le dije que yo así estoy bien.

Erminson se puso serio y como no quise una relación “más avanzada” me terminó. Sentí un vacío de dos segundos, pero en cuestión de un minuto me sentí tranquila, feliz. Después de tres meses de estar con él y haber sido incapaz de tomar la iniciativa de terminar esa relación.

Nunca le di besos, la única vez que me había medio aproximado a un beso sucedió porque me sentí con la obligación. Fue con un niño del colegio por un chantaje, porque un día yo no había llevado las tijeras, el colbón, ni la revista para la clase. Entonces el niño se acercó y me dijo:

— Oye, tu como no trajiste los materiales ¿Quieres ser mi novia y yo te presto todas las cosas?

— Bueno. Le dije.

La profesora de esa materia era bravísima, así que prefería ahorrarme el regaño de ella, por eso le dije que sí. Entonces yo me fui para el baño y él salió del salón también, me dijo que tenía que darle un beso ya que éramos novios porque él me había prestado la revista y el colbón, entonces se lo di.

No siempre he tenido relaciones admirables con los hombres, especialmente desde mis cinco años que viví con mi tío Carlos. Él tenía Parkinson y según mi familia tenía limitaciones cognitivas, por ello había que tenerle paciencia y comprenderlo, a veces decían que era muy atolondrado. Un día, eso fue en octubre, época de brujitas, él y yo estábamos en la sala mientras él veía las noticias de medio día y yo jugaba. Se quedó mirándome las piernas, tenía un pequeño rasguño lo recuerdo perfectamente.

– Ay pobrecita ¿Cuándo la picó ahí ese mosco? venga y le rasco. Me dijo.

Empezó a rascarme las piernas, cada vez más y más arriba, hasta que me rascaba en la vagina y no en las piernas. Yo era una niña, se me hacía rara la supuesta ayuda, pero como él era mayor no me atreví a decirle nada. Era la primera vez que lo hacía y lo dejé pasar. Para esa época mi tío se quedó un buen tiempo en casa. Mi hermana y yo dormíamos en un cuarto grande de paredes muy blancas y una ventana gigante que daba al parque, allí teníamos una cama doble y un camarote, nosotras dormíamos en el camarote y a mi tío le permitieron dormir en nuestro cuarto, en la cama. Empezó para mí el terror de cada noche, cada vez que estaba logrando conciliar el sueño de repente sentía una mano debajo de mis cobijas, era una mano temblorosa, yo solo me hacía la dormida, la que no veía, ni sentía y por lo tanto no decía nada. Pasaron semanas y esa mano iba a visitarme cada noche, aunque antes de acostarme me tapaba con las cobijas de pies a cabeza y entrecruzaba muy fuerte mis piernas, pero esa mano temblorosa me descubijaba. Mis papás nunca desconfiaron porque se suponía que él era un tío tonto, poco entendido. Hasta que una noche empezó a ir a mi cama esa mano de manera tan recurrente que me asusté demasiado y no aguante más, al día siguiente le conté a mi mamá. No sé qué le dijeron a mi tío, ni cómo sucedió, lo único que recuerdo es que hubo un problema grande en la casa, mi papá casi lo acaba a golpes.

Pero ese fue no más el inicio. Recién había sucedido lo de mi tío, llegó a la vereda un vecino que me asustaba excesivamente, era un poco contemporáneo a mí, quizá cuatro años mayor, pero me generaba mucho pánico. A mi hermana y a mí siempre nos mandaban dos veredas arriba por la chipaca de los conejos, casi siempre nos encontrábamos a ese niño. Cada vez que él nos veía nos cantaba una canción que decía:

“Si no me querés te corto la cara

Con una cuchilla de esas de afeitar

El día de la boda te doy puñaladas

Te arranco el ombligo y mato a tu mamá”

Sentía que su canto era la forma más directa y clara que él usaba para amenazarnos. Le creía cada palabra de la canción que cantaba.

Un día me tocó ir a mi sola, me lo encontré y me dijo que yo no iba a seguir mi camino, que lo siguiera a él. Yo solo pensaba en esa canción que siempre me cantaba y no quería que nos hiciera daño por eso le seguía el juego, pensaba que si lo hacía enojar podía ser capaz hasta de matar a mi mamá, me daba pánico pensarlo. Temblando de miedo y de rabia lo seguí, nos mentimos a un monte, me dijo que me levantara el vestido y me bajara los calzones, me dejó llena de babas, me dio asco al punto de vomitar y más cuando me dijo que era mi turno.

A los ocho años con un muchacho mayor que yo, se repitió la historia, me metía en un hueco como de alcantarilla, empezaba a besarme, me quitaba la ropa, se la quitaba él también. Solo contaba los minutos para que me dejara salir de allí.

Y como si fuera poco aun no acababa mi película de terror, hubo un tiempo en donde teníamos un trabajador en la casa, él siempre se masturbaba enfrente de mí cuando mis papás salían, se bañaba y desde la ducha empezaba a decir

— ¡Gracielita, escuche!

Se tomaba fotos desnudo y me las mostraba, me obligaba a ver porno, me sentaba encima de él, me restregaba, me besaba el cuello, me tocaba...

La última vez yo ya estaba más grande, alguien intentó propasarse, pero en ese momento ya pude poner límites. Tuvieron que pasar muchos sucesos hasta que pude decir ¡NO!

Esas situaciones me pasaron a lo largo de la vida, por eso muchas veces la gente me pregunta:

— ¿Gracielita y usted por qué no tiene novio?

— ¿Gracielita para cuando una pareja?

— ¿Gracielita porque es tan odiosa? Correspóndale un poquito.

Pero es a raíz de todas las cosas que me han pasado que no me siento cómoda con un hombre, siempre que alguno intenta acercarse a mí, recuerdo esas situaciones, las imágenes llegan a mi cabeza y se torna incómodo, difícil. Cuando un hombre me empieza a gustar o quiere conocerme un poco más, pongo una barrera en cuanto siento que les he permitido entrar un poco en mi vida, empiezo a rechazarlo y a distanciarme.

Tengo una imagen borrosa en mis recuerdos, como si alguien hubiera estado encima de mí, no sé quién, no sé si nunca pasó y me lo inventé, o es una imagen que quiere esclarecer mi inconsciente. A veces he sentido que necesito ayuda psicológica, pero me da pena, no sabría cómo llegar a contarle a alguien o a pedir ayuda. Yo nunca le quise contar a mi mamá, porque yo sentía como si yo hubiera sido la culpable, como si yo hubiese querido, como si yo hubiese cedido, me daba miedo que pudiera pensar eso. Después de todo no siempre fui la ardilla astuta que no se dejaba cazar, fui cazada por varios cazadores y bajada de las nubes que creía alcanzar cuando subía a lo más alto de los árboles.

Crecer representó para mí el fin de muchas cosas, crecí con la llegada de la menstruación, deje de subirme a los árboles, deje las muñecas, deje de ser niña. Lloré mucho porque no quería ser grande, la primera vez que me llegó, me manché en el colegio y me mandaron para la casa, entraba al baño cada cinco minutos para verificar que si fuera. No quería contarle a mi mamá ni a mi hermana porque me daba pena, siempre fui muy penosa con esas cosas. Al siguiente día que fui al colegio sentía que todo el mundo me miraba y sabía que me había llegado, me volví un mar de lágrimas, mi mamá trato de tranquilizarme. Yo era muy brincona y cuando me desarrollé, sentía que no podía ni debía ya jugar con los niños porque se suponía que ya era casi una adulta. Muchas niñas dejaron de ir a estudiar cuando les bajaba la regla pero a mí no me dejaban faltar, siempre quise que fuera mentira, una pesadilla. Crecer representó para mí, acostarme cada noche y atraer los mismos recuerdos, siempre me ha parecido tedioso recordar, pensar y pensar, porque son momentos en los que nunca la pasé bien. Crecer para mí, fue tener que escabullirme cuando estaba de moda hacer la prueba de la virginidad. Mis compañeros del colegio cogían un cordón de zapatos, hacían una circunferencia con él, y lo intentaban introducir por mi cabeza. Si este entraba significaba que no era virgen, y si no entraba significaba que aún me conservaba “pura”, me daba terror que quisieran hacerlo conmigo por lo que pudiera resultar, porque aun siendo virgen, a veces creía que por las cosas que me habían pasado ya no lo era y negarme al juego podría suponer para ellos que algo quería ocultar.

Irónicamente, aunque durante toda mi infancia desarrollé muchas inseguridades y miedos, siento que me quedé allí, en mi niña. Cuando la gente habla de mí lo primero que dicen es que soy muy inmadura y yo pienso que sí, que tienen razón, que soy inmadura porque aunque

viví situaciones muy feas, la inocencia de mi niña me hizo feliz. Cuando crecí no volví a ser la misma, no pude ser yo. A veces me pregunto cómo sería la Graciela a la que no se le burlaban por su aspecto físico, la Graciela que nunca se sintió obligada a hacer las cosas, la Graciela que no fue maltratada, La Graciela que nunca fue víctima de tantos abusos. Creo que si nada de eso me hubiera pasado, no tendría problemas con no querer crecer. Yo tengo veinte seis años y odio crecer más. Hace poco fui a un pijamada con las niñas del club de gimnasia donde estoy y yo era la mayor, todas las niñas tenían alrededor de doce y catorce años pero yo era una niña más, estaba feliz, me comportaba mal, reía, hacía chistes tontos, pero podía ser yo.

A veces siento que soy el reflejo de mi mamá, ella al igual que yo vivió muchas cosas duras, al igual que yo tuvo miedo de contar y denunciar muchos sucesos, no quería sentirse juzgada sobre todo por mi abuelo que le hubiera culpado de todo. No dejó a mi papá por no hacernos daño a nosotras. Intentó darme la vida que no tuvo ella. Mi mamá nunca tuvo amigas, tenía prohibido tener novio, salir. El día que la dejaban salir era porque *San Juan agachaba el dedo*. Le tocó aprender a ser esposa de una forma muy agresiva porque mi papá le pegaba por todo, sexualmente fue muy brusco, tenía que estar a su disposición cuando le diera la calentura, si mi mamá no quería le decía que era mala para la cama e iba y se buscaba a una de sus mozas. Cuando mi mamá quedó embarazada de mí, él solo le decía que abortara, mamá nunca le dijo nada, lo ignoraba, se aguantaba y se dedicaba a atenderlo. Siempre estuvo pendiente de su comida, lavar su ropa, estar a su disposición. Fernando le podía hacer lo que fuera a mi mamá, pero ella con tal de estar a su servicio, nunca fue capaz de negarle un tinto o un plato de comida. Hasta cierta parte yo soy igual, lo reconozco, cuando me tocaba cocinar en la casa, cocinaba. Aunque crecí pensando que lo hacía muy mal porque siempre mis tíos preguntaban si me tocaba cocinar a mí o a mi hermana, cuando sabían que era a mí me pedían el menú, me preguntaban si era arroz a la quemada, pechuga al carbón o agua a la ahumada. Preferían irse para el pueblo a almorzar, de hecho, cuando yo cocinaba tampoco probaba mi propia comida porque pensaba ¿Para qué si queda horrible? Sin embargo, cada vez trataba de hacerlo mejor para que en la casa todos pudieran comer.

Yo amo ser mujer, aunque muchas veces me hayan hecho sentir que era un niño. Mi papá cuando se enteró que mi mamá no me iba a abortar como él tanto quería, empezó a desear que al menos yo naciera siendo niño. Del todo no lo defraude porque creo que en parte tuvo uno. La gente me hacía sentir que lo era, decían que tenía comportamientos “masculinos”, era brinconcita, me subía a los árboles, jugaba a los carritos, a los pistoleros. Cuando era pequeña me asusté muy seriamente alguna vez, porque pensaba ¿Será que vivo en un cuerpo de niña, pero soy un niño? Pese a ello siempre me ha encantado ser mujer. Claro que cuando pienso en cómo sería mi vida si hubiera nacido del otro sexo, creo que hubiera podido ser gorda y no me dirían nada, me podría poner el pantalón dos días seguidos y no me dirían nada, iría en Transmilenio sin escuchar morbosidades, podría orinar en la calle y no me dirían nada, no me hubieran pasado tantas cosas. Siempre me enseñaron que ser mujer era tener que estar linda, con cuerpo delgado, que debía acostumbrarme a estar intranquila por las calles. Viví muchos sucesos de acoso en las calles que me llevaron a cambiar la forma de vestirme, la seguridad con la que caminaba, la libertad que sentía. Ahora solo me siento cómoda con ropa ancha y oscura, y esta debe esconder cada parte de mi cuerpo. Una vez que nunca olvido, fue cuando me puse un pantalón de cuerina que desde entonces odio. Salí a la calle y me dijeron:

—Ummm mamita, esta tan rica para darle por ese culo.

No pasaron ni dos minutos y un tipo en bicicleta me dijo:

— Esta como para darle por delante hasta que se orine.

Me subí al Transmilenio y un tipo casi me desnuda con la mirada. Al día siguiente regalé el pantalón.

Cuando llegué a la ciudad a estudiar actuación, se burlaban de mí por la forma en que hablaba. También se burlaron por ser la más gorda y me decían que por mi gordura no podía interpretar muchos papeles. Me criticaron por la manera en que me vestía. Si ya venía con inseguridades de mi pueblo, aquí en la ciudad me destruyeron totalmente. Me empecé a vestir con ropa grande, dejé de hablar, comencé a tener mala relación con la comida, comía y vomitaba, bajé de peso. Mi mamá me amenazó, me dijo que si seguía así no me iba a dejar estudiar más en Bogotá.

A pesar de todo eso, amo ser mujer. Sé que es muy complicado porque crecemos alrededor de muchos prejuicios y estereotipos, pero aun así nos admiro. Para mi ser mujer es tener

osadía, hace parte de atreverme a hacer cosas nuevas, vestirme como me sienta cómoda. Hace mucho tiempo me daba pena ponerme un vestido baño, pero estando con mis amigas me arriesgué, me puse un traje de baño. Siento que ser mujer es tener la valentía de utilizar cosas que en algún momento nos han hecho sentir inseguras, despreciadas, rechazadas, cosas que nos han dicho que no podemos usar. Ser mujer es no tener una única estructura ni forma, porque todas somos diferentes y eso está perfectamente bien, ser diferente, cada una a su forma, a su estilo, a sus motivaciones, a sus intuiciones. Ser mujer hace parte de no seguir un protocolo, de sentirme segura con lo que sé, lo que soy y lo que tengo.

La maestra que estoy construyendo se hace muchas preguntas respecto a cómo ser cuidadora, aprender a manejar sus palabras, sus acciones, y asegurarse de que no le va a generar traumas a sus estudiantes tal y como se los generaron a ella alguna vez en la escuela. A la maestra que estoy construyendo le gusta leer los tipos de personalidades, lee los Eneatipos de Claudio Naranjo, quiere conocer su tipo de persona y cómo puede mejorar, pero también conocer a otros para cuidarlos. La última vez que dicté clase me frustré demasiado porque los alumnos no hacían caso, pero tampoco quería castigarlos, ni regañarlos. A mí nunca me gustó que lo hicieran conmigo. Me senté mientras los observaba. Una niña se acercó.

—¿Profe, le puedo decir algo?

--- Dígame.

---Cuando yo juego a la profesora pongo puntos positivos a los que se portan bien y puntos negativos a los que se portan mal y a mí me funciona. Sabía que era funcional, pero no quería hacerlo porque me cuestiono desde lo que viví. Para mí un punto negativo era ser la bruta, era algo muy malo, y los positivos eran los mejores de la clase y me comparaba todo el tiempo. La maestra que estoy construyendo quiere brindar mejores experiencias y oportunidades a sus estudiantes que las que ella recibió, quiere enseñarles a denunciar las injusticias, a decir ¡No!, a poner límites cuando se tengan que poner.

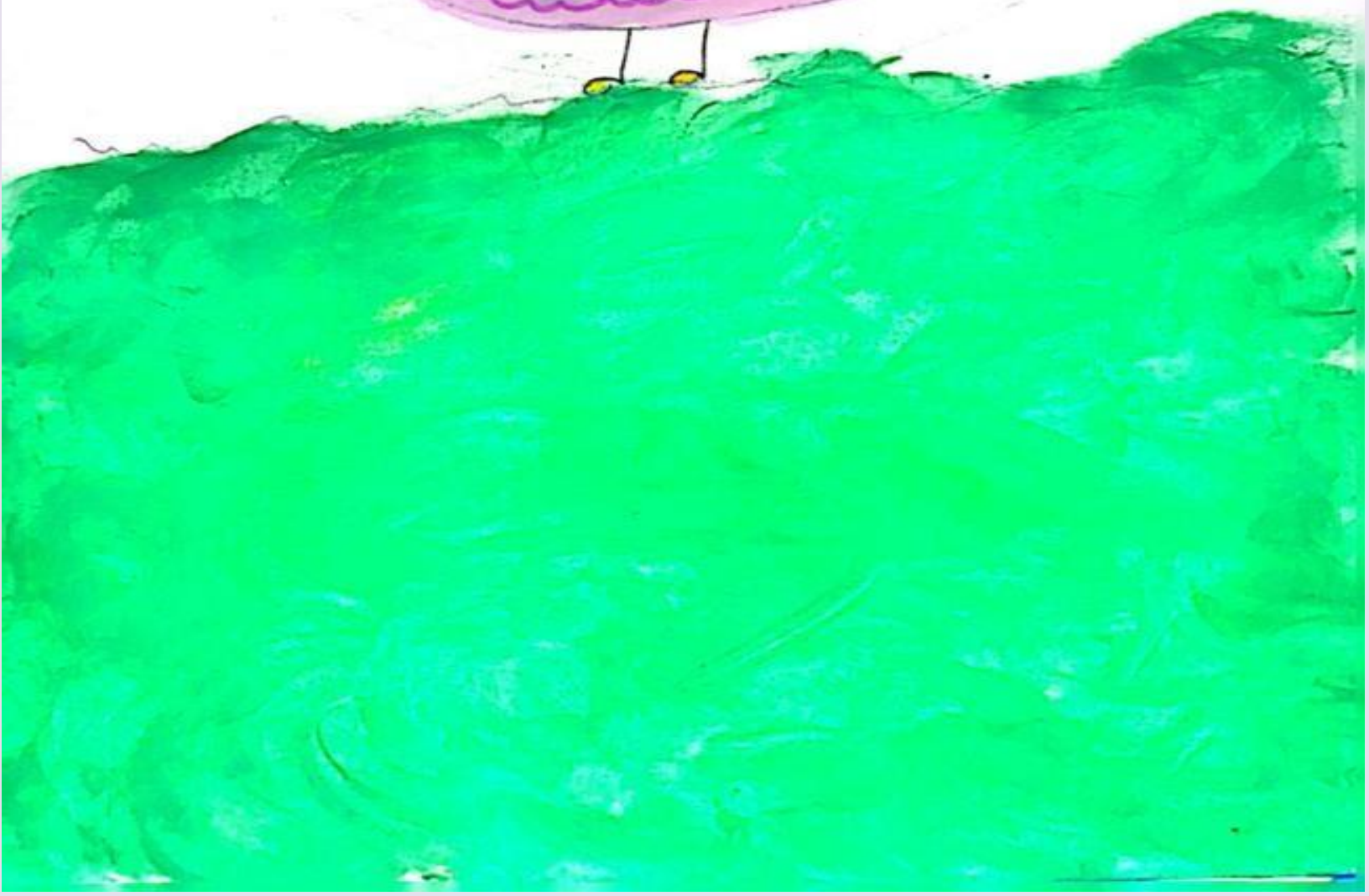
En mi última navidad el arbolito estaba vacío, se nos iba perdiendo la costumbre, yo tampoco le entregué ninguna carta, le pedí unos cuantos deseos nada más. De alguna manera estaba feliz, bailaba la música decembrina. Me di la espalda y vi el reflejo de mi cuerpo, tan feliz, tan valiente, tan capaz, tan fuerte. Me acerqué al espejo, hice cuatro o cinco giros entre saltos, me sonreí, lloré, me admiré. Cogí una hoja de papel y un lapicero, no dejaba de mirar mi reflejo, me vi, me escribí. Me vi, me escribí. Me vi. Me vi. Me escribí.



LUZ DARY



Bailarina.



“Salí muy mal, fue un procedimiento muy doloroso. Yo le conté a mi mamá el día anterior qué sucedía y lo que iba a suceder, mi mamá nos dijo: ¡Ustedes son un par de asesinos! Y nunca volvimos a tocar el tema.”

Yo nunca aprendí a hacer arepas porque la cocina a mí nadie me la enseñó, claro que yo veía a mi mamá haciéndolas, pero a lo único que le ayudaba era a probar la masa, esa sí que sabía cuándo estaba o cuando le faltaba un poquito de sal y azúcar. Además, en donde vivo actualmente no tenemos fogón y así menos oportunidad de experimentar he tenido, porque hasta ahora estamos construyendo una casa nueva y no hemos terminado la cocina.

Antes no teníamos mucho pero tampoco nos hacía falta nada, eso era cuando a mi papá no se le había ocurrido embargar la casa de mi mamá, a causa de que ella le dijera que terminaran la relación. Mi mamá lo echó, pero al final no lo pudo sacar ni con la fiscalía. La verdad es que la justicia nunca estuvo de nuestra parte, entregamos pruebas, fuimos hasta la oficina de registro de instrumentos públicos, pero no tomaron ninguna medida al respecto. Nos tocaron a nosotras, nos sacaron de una casa que construyó mi mamá porque Gilberto, mi papá, no puso un solo peso. Pero al fin y al cabo no nos íbamos a quedar en la calle, nos pusimos las pilas y empezamos a construir nuestra casita nuevamente. Mi mamá dice que desde que tengamos un techo en donde vivir y donde meter la cabeza, podemos morir tranquilas.

— A mí no me afana Dios ni la salvación, lo que me preocupa es la llegada de los extraterrestres, estoy convencidísima que ellos van a llegar. Me dice mi mamá.

Ella siempre le ha dado mucha importancia y credibilidad a los seres que puedan venir de otros mundos. A veces siento que su ingenuidad, aunque me provoca mucha ternura, no le permite abrir bien los ojos y aterrizar en el mundo en el que está. Quizá eso influye en todas las injusticias que aguantó por parte de mi papá tantas veces.

Ellos se conocieron en el Expreso Imperial, una empresa de buseteros, ambos trabajaban despachando buses. En esa época mi mamá dice que tenía muchos pretendientes, incluso extranjeros que le llevaban regalitos, chocolates y flores, pero con quien resultó enredada fue con Gilberto.

Mi mamá siempre había vivido en Samaná Caldas con mis abuelos, aunque dice que mi abuela nunca la quiso porque mi abuelo le puso el nombre de una de sus mozas, Federica. Dice que por eso nunca fue afectiva con ella, cuando era pequeña le pegaba demasiado. A mi

mamá siempre le tocó hacerse cargo de sus hermanos, darles la comida, alistarlos, llevarlos al colegio, lavarles la ropa, porque mis abuelos eran trabajadores independientes y no permanecían en la casa. Ayudaba también en el restaurante familiar que quedaba ubicado en San Joaquín, uno de los barrios que da entrada a la ruralidad de Ciudad Bolívar por el costado oriental. Medio día trabajaba en el restaurante y medio día despachando buses. A ese restaurante llegaban agentes de la Policía, el Ejército Nacional y todos los que tenían que ver con las fuerzas armadas de Colombia. Hasta que un día se asentó en el corregimiento el frente 47 de las Farc, asesinaron a varias personas que tenían previamente identificadas y pusieron una bomba dejando varios heridos. Muchas familias empezaron a ser acusadas supuestamente por ser auxiliadoras de grupos paramilitares. Un día se tomaron el pueblo, los amenazaron, les tocó anochecer y no amanecer.

Mi mamá viajó a Bogotá con Gilberto, él le propuso matrimonio y se resultaron casando en la iglesia San Diego, que está ubicada en la séptima con veintidós. Pero una vez fueron esposos dejó de ser una bonita relación, mi mamá pasó de ser violentada en su propio hogar por parte de mi abuela, a ser violentada en un hogar a manos de su pareja. Gilberto siempre fue muy patán con ella, pero mamá dice que no había abierto los ojos sino hasta que la convocaron en mi colegio a una reunión cuando yo estaba en quinto de primaria, donde llegó Profamilia a dar una charla a los papás y a los estudiantes. Fue allí donde mamá me dijo que pudo comprender muchas cosas:

— Yo no sabía que lo que vivía con Gilberto eran abusos, yo pensé que eso era normal, que ese era el orden de las cosas, que tenía que ser de esa forma y no de otra, no concebía otras maneras de comportarme en el matrimonio, para mí era habitual que cuando mi esposo llegaba con rabia, estresado o malhumorado, se desquitara conmigo, llegara a romperme los calzones sin compasión alguna.

En Profamilia le describieron muchos casos cotidianos con los que ella se sentía identificada, y es que era tal cual lo que vivíamos en casa con mi papá. Ella siempre me llevaba a esas reuniones para que la acompañara y para encubrirse con mi papá haciéndole creer que me estaba llevando al parque, o comprando un helado, porque no quería que sospechara. Nos dimos cuenta que muchos maltratos de los que era víctima tenían nombre propio, se llamaban DELITOS. Mi mamá se metió de lleno en el tema a escondidas de mi

papá. Todos los martes íbamos al salón comunal del barrio Marichuela, donde se daban charlas sobre los derechos de las mujeres, y muy particularmente los derechos sexuales y reproductivos. Aunque era un espacio donde los hombres también eran bienvenidos solo llegaban mujeres, parecía como si fuera un tema que no les competía o quizá nos les importaba. De hecho mi mamá dice que iban muchas mujeres a escondidas y con miedo que querían empezar a planificar, era una práctica que esas mujeres empezaban a tener en silencio, en solitario. Algunas decían que porque sus esposos no estarían de acuerdo y otras porque sus esposos creían que aquellas que planificaban era porque se querían acostar con uno y con otro. Pero la mayoría de las mujeres convergen en que la situación económica en la que se encontraban no estaba para criar a más hijos.

Mi mamá comprendió que a partir de esas violaciones fue que tuvo dos concepciones, Damaris y Luz Dary, yo. Le daba mucho miedo, pero empezó a sentir la necesidad de denunciar, y aunque no sabía cómo proceder no le terminó siendo muy difícil alzar la voz, algo debió haber aprendido de mi abuela, la señora “Nina”. Ella nunca se quedaba callada, lo que pensaba lo iba diciendo sin pudor, nunca se la dejó montar de nadie, ni de sus hijos. Entonces luego de algunas semanas mi mamá empezó a sacar las uñas, ya no se dejaba de Gilberto. Él estaba acostumbrado a sacarle la plata del cajón, cualquier pesito que mi mamá ganaba él lo cogía a escondidas o le decía “préstemelo”, pero nunca se lo devolvía. Empezó a esconder el dinero que ganaba, le lavaba la ropa solo de vez en cuando, y dejó de lavarle la que traía vomitada siempre que salía a pegarse sus borracheras, no le planchaba el uniforme y se acostaba a dormir sin darle lo que él esperaba. Recuerdo que un día mi mamá se fue a llevarle la comida hasta el trabajo y como ella no conocía bien la ciudad, se perdió. El almuerzo se lo debía llevar a la una de la tarde y terminó encontrando el lugar de trabajo a las cinco. Llegó a la casa llorando porque mi papá estaba muy enojado y la había tratado de lo peor.

Mi mamá abrió los ojos, aunque Gilberto era el que más trabajaba no colaboraba ni para pagar el recibo del gas, entonces ella no le volvió a ofrecer ni un tinto. El nuevo comportamiento de mi mamá provocó en Gilberto mucha ira, empezó a ser más agresivo, le intentaba pegar todos los días por cualquier cosa y aunque ella no nos quería separar de nuestro papá, y fue lo que le permitió aguantarse tanto, sabía que terminaba dando igual si lo

teníamos o no como padre. Como no había razones para quedarse allí nos fuimos las tres a vivir en otra casa.

Yo estudié en el colegio Francisco Antonio Zea, allá nunca me relacioné ni hice amigos hombres porque me parecía que siempre nos estaban excluyendo a las niñas de muchas actividades: Al jugar en la cancha en el recreo, en los ejercicios de trabajo en grupo de las clases, en las competencias de intercolegiados, en las clases de informática etc.

Comencé mi formación para hacer la primera comunión en un centro pastoral que quedaba media cuadra más arriba de mi casa, allí sí tuve muchos amigos hombres, era el único espacio donde los tenía, ellos eran muy amables y compañeristas, jugábamos y nos reíamos todo el tiempo por estupideces.

En el colegio solo tuve un noviazgo, le decían Jiménez, era el típico chico popular. Yo tenía trece años y ya me sentía una mujer grande que debía llevar una relación madura y quizá más estable. Empecé a sentir mucha presión social porque casi todas mis amigas estaban perdiendo la virginidad y siempre nos contaban cómo había sido su primera vez, cuando me preguntaban que yo qué, no tenía nada que decir. Jiménez ya me lo había mencionado y yo me hacía la de oídos sordos, pero un día sin pensarlo tanto le dije que sí, sinceramente también tenía curiosidad de experimentar. Lo llevé a mi casa aprovechando que ese día no había nadie y pasó lo que tenía que pasar, pero como no nos cuidamos, tuvimos un susto terrible, se me corrió la menstruación y yo estaba tan asustada que tuve que contarle a mi mamá que ya no era virgen y además que podría ser probable que estuviera embarazada. Para ella fue fatal, le dio muy duro, me llevó a hacerme una prueba de embarazo, salió negativa, pero me dejó de hablar como por tres semanas.

Mi mamá siempre nos ha cuidado mucho a mi hermana y a mí, ella no es de darnos un beso, un abrazo, no es de decirnos que nos quiere, pero si es de levantarse a las cuatro de la mañana a hacernos un desayuno para que no nos vayamos de la casa con hambre. A mi hasta ahora de cariño me está diciendo “Mami” y eso es un cambio increíble. Creo que esa dulzura distante, lo verraca y trabajadora lo aprendió de mi abuela. Lo que siempre quiso aprender fue a bailar, quería ser profesora y aunque no pudo porque mis abuelos nunca la dejaron estudiar ya que tenía que estar pendiente de mis tíos cuando era muy joven, le tocó validar el bachillerato y lo hizo aun estando embarazada de mi hermana Damaris. Dice que no siguió la universidad porque no le alcanzaba la plata, ella trabajaba con su máquina de coser desde

la casa, pero apenas alcanzaba para lo básico y como Gilberto todo se lo gastaba en la cantina, era lo mismo su aporte y nada. De todas formas como yo me dediqué a bailar, cada vez que practicaba en la casa llamaba a mi mamá para que bailara conmigo, ella aprende muy rápido y me sigue siempre el juego, estoy segura que hubiera sido una excelente bailarina.

Después de estar en el grupo de danzas del centro pastoral, empecé a bailar en una clase de español que me encantaba porque el profesor Félix Humberto además de leernos muchos cuentos, cada día uno distinto, nos enseñaba también danza. Otra clase que me gustaba mucho era la de sociales, la dictaba un profesor que a veces era muy arrogante, cuando iba a finalizar el periodo, nos pedía un trabajo largo que contenía casi que todos los temas que habíamos abordado durante el trimestre, y yo me había esmerado mucho haciendo ese último trabajo. Cuando lo revisó y me lo entregó me dijo en frente de mis compañeros:

— Wow Luz Dary, tienes un trabajo muy hermoso, pero ahora quiero saber cuánta información de la que tienes consignada en esta carpeta, realmente manejas en tu cabeza.

Me hizo sentir muy bruta en ese momento, no comprendí muy bien porque hacía ese comentario y qué necesidad tenía de que hacerlo públicamente.

Cuando estaba en bachillerato realmente yo era muy inocente, mis compañeros del colegio empezaban a hacer comentarios o chistes de doble sentido, yo era la típica que me reía y no entendía absolutamente nada. Vine a entender esos comentarios cuando era grande. Una vez estábamos toda la familia reunida en casa de la abuela, mi tía había llevado a un señor, Gonzalo, lo estaba presentando, era su nuevo novio. Él siempre me decía que yo era muy bonita, que me lucían mis quince años, me acariciaba el cabello, me cogía por la espalda y me daba abrazos muy apretados, me daba besos en la mejilla, a veces más arriba y otra más abajo, todo eso lo hacía cuando no había nadie alrededor. Al principio pensé que me estaba queriendo mucho y se sentía muy familiarizado conmigo como si fuera un tío, pensaba que era normal pero luego no sabía porque me empezaba a incomodar su forma de tratarme. Ya no me gustaba encontrarme a mi tía en reuniones, ni que nos visitara a la casa porque siempre iba con él. Un día fui yo sola a visitar a mi abuela porque mi mamá me había encomendado entregarle un mercado, yo nunca me había ido sola hasta allá, no era muy lejos pero sí peligroso. Cuando llegué estaba mi tía con él. No demoré ni cinco minutos, le entregué la bolsa a mi abuela y me despedí.

— ¿Por qué se va tan rápido mamita, no se va a quedar un rato conmigo? Me dijo mi abuela.

— No abuelita, es que tengo muchas tareas que ir a hacer.

Gonzalo metió la cucharada y dijo que de todas formas era peligroso que me fuera sola, que él me acompañaba, que no nos demorábamos nada. A mi abuela y a mi tía les pareció genial la idea y le dijeron que sí, que fuera conmigo. Salimos y ese señor me cogió de la mano muy fuerte, mientras caminábamos no me soltaba y hacía como si buscaba algo en su bolsillo de la sudadera que tenía puesta, pero no me soltaba, cuando me di cuenta ya tenía mi mano delante de su miembro, mientras me decía las mismas cosas “bonitas” de siempre. Yo no supe qué hacer, pero quedé súper descolocada.

Tengo muchos recuerdos pero hay uno que todavía me pesa, es el de Héctor. No solo porque es el más reciente sino porque me causó mucho dolor, un dolor que creía superado. Héctor es el hermano de una compañera que tuve en la universidad, fue un hombre con el que viví muchas cosas, cosas bonitas, con él era la primera vez que me sentía realmente querida y deseada. Yo lo quise mucho porque además me apoyaba, le gustaba mucho mi trabajo, que yo actuara y bailara. Aunque realmente esperé a que me acompañara y viera mis presentaciones solo estuvo presente recién estábamos saliendo, pero una vez fuimos novios nunca me acompañó. Al paso de un año quedé embarazada, yo siempre he sabido y he tenido claro que no quiero ser mamá, y para ese tiempo nuestra relación no marchaba bien, pero seguíamos intentándolo. Cuando le conté a Héctor me dijo que cual fuera la decisión que yo tomara él me iba a apoyar. Opté por abortar, me dijo que si era necesario me iba a esperar para cuando estuviera lista y segura de tener un hijo. Fui a hacer todas las vueltas en Oriéntame, un lugar que queda en la treinta dos con Caracas al frente de una iglesia, es un lugar seguro y legal donde me hicieron firmar un consentimiento y pasé por asesoría psicológica previamente. Lo mínimo que esperaba era que Héctor me acompañara, pero ese día dijo que tenía que trabajar, entonces mandó al hermano y me envió un dinero con él. Durante el proceso de documentación y después de la interrupción de mi embarazo su hermano estaba más pendiente de mí que el propio Héctor. De hecho, durante la relación siempre fue así, como Héctor se la pasaba tomando y no sacaba tiempo para vernos en otros espacios, me acostumbré a ir a la cantina a tomar con él y con su hermano. Cuando yo me emborrachaba quien me llevaba al baño y estaba pendiente que no me fuera a ensuciar el cabello cuando vomitaba y se aseguraba de que yo llegara bien a la casa era mi cuñado. Estoy

muy agradecida con él, pero en esta situación no era su apoyo precisamente el que necesitaba. Héctor nunca lo supo, pero mi alma y mi corazón se hicieron pedazos, nunca le pude contar lo doloroso que fue el procedimiento, lo difícil que fue que me haya dejado sola. El día anterior del procedimiento le conté a mi mamá que sucedía y lo que iba a suceder, mi mamá me dijo: ¡ustedes son un par de asesinos! Y nunca volvimos a tocar el tema.

En cuanto aborté, Héctor se desapareció como si hubiera dado por entendido que ese era el final de la relación, nunca hubo un lugar de la aclaración donde habláramos, no respondía mis mensajes, ni siquiera me llamó a preguntarme: ¿Cómo estás? ¿Qué sientes? ¿Cómo te fue?

Me sentía fragmentada, a las tres semanas fui a visitarlo, estaba dolida pero no entendía porque se había perdido de esa manera en un momento tan difícil para ambos. Pensé algunas veces que le había hecho mucho daño lo del aborto y que, aunque me había apoyado, en el fondo no quería que sucediera y otras veces pensaba que tal vez se sentía culpable y avergonzado por no haberme acompañado, o quizá estaba transitando su dolor. Pensaba muchas cosas, pero nunca iba a saber la verdad si no lo buscaba. Fui a su casa y comprendí lo que sucedía, Héctor ya estaba viviendo con otra mujer.

Eso sucedió hace diez años, cuando yo tenía veintiuno. Perdoné a Héctor, pero no he podido perdonarme el hecho de que eliminé una vida de mí, no me siento culpable porque fue una decisión que tomé consciente y siempre he sido consciente que no quiero ser mamá, pero no me puedo mentir, me duele y me afecta. A raíz de ello he querido pasar por un proceso de hipnosis, siempre he creído en las fuerzas de las energías y en lo esotérico, me gustaría hablar con el hijo que nunca tuve porque siento que ese bebé se merece perdón. No creo en las iglesias, es un proceso que se realiza con médicos especialistas que conocen del tema.

Siento que el amor romántico tanto a mi mamá como a mí, nos atravesó de distintas maneras el cuerpo, nos enseñó muchas cosas e hizo cambios en nosotras. Yo le digo a mi mamá que para mí ella es mi Virginia Woolf, fue subversiva y transgresora cuando tuvo la valentía de dejar a mi papá en busca de su propia libertad. En ese tiempo ninguna de sus amigas que pasaban por situaciones similares fue capaz de hacerlo, aunque quisieran. Le demostró a mi papá todo lo contrario a lo que él siempre le decía, que no iba a poder sola y que volvería a buscarlo. Buscó su propia libertad, pensaba diferente y ahora cree profundamente que no necesita de un hombre para ser feliz ni para vivir bien.

— Yo estoy muy tranquila sola, si algún día vuelvo a tener a alguien a mi lado que sea una buena persona, o si va a ser como Gilberto prefiero quedarme sola. Me dice siempre que la molesto con sus pretendientes.

Para mí ser mujer tiene dos vertientes, dos formas distintas de interpretarse. La primera es el hecho biológico, tenemos un órgano reproductor específico teniendo el don de dar vida y preservación misma de ésta, y por otro lado el aspecto cultural, donde se construye una ideología sobre lo que es ser mujer, bajo una concepción religiosa según la cultura donde la mujer debe ser buena, casta, benévola, pura. Entonces ser mujer es haber nacido con un sexo determinado y por eso razón haber sido *canonizada* en unos parámetros que rigen nuestros comportamientos y formas de pensar. Desde mi educación y experiencia personal es crecer con estereotipos, con muchos miedos, muchas limitaciones, producto de ese lugar cultural. Es complejo construirse mujer porque siento que aprendemos a tener valentía, o pasamos a ser un juguete de uso para la sociedad. Aun así, me encanta serlo, he pensado la vida siendo del otro sexo, pero únicamente en términos prácticos, talvez que si fuera chico no me estaría pasando, o no me hubieran pasado muchas cosas, muchas situaciones violentas. Todo lo que he vivido me ha servido para aprender muchas cosas, y pese a que a veces pienso que no era necesario tanto dolor, estoy agradecida con la vida que he vivido y lo mucho que me ha enseñado.

Siempre quise ser profesora y bailarina, desde que tenía 6 años y jugaba a la profe lo sabía. Cuando estaba en once nos llevaron a un proyecto que se llamaba Bogotá, ciudad, teatro. En el Jorge Eliécer Gaitán fui a ver a Hamlet, ahí decidí que quería dedicarme también al teatro. Pero en el camino descubrí lo importante que es dedicarme a las somáticas desde mi lugar docente, estoy pensando siempre en estas técnicas de sanación para con mis estudiantes y conmigo misma. Me he dedicado a trabajar con chicas y no es porque los chicos no sean bienvenidos, solo que los pocos que han estado han abortado los procesos, entonces, la vida misma me ha llevado a eso, a estar rodeada de mujeres.

Mi nuevo hogar hoy se conforma por tres mujeres fuertes, que empezamos a marcar una nueva historia. Estamos fragmentadas, rotas, dolidas, arrepentidas, pero en la búsqueda de unas nuevas definiciones, que atraigan nuevas ideas, nuevos pensamientos, nuevos deseos, nuevos comportamientos, nuevas reglas. Estamos en la construcción de una vida que apenas empieza a reescribirse...

NANCY



“Prefería irme a mi cuarto y no escuchar porque sentía que mi valor como mujer se reducía a estar en una cocina sabiendo preparar un arroz, una carne salteada o unas pastas, pues de lo contrario no me iba a poder defender nunca sola”

Estábamos a 37°C cuando llegamos acalorados, sudados y con las piernas casi dormidas después de dieciséis horas de viaje en carro, llevando maletas entre las piernas porque al baúl no le cabía ni una bolsa más. A lo lejos se veía llegar el otro carro con la familia de mi tío, que también viajaban desde Bogotá. El reencuentro y el abrazo a mis abuelas y abuelo que después de tanto tiempo sin vernos, no podía faltar.

Desde muy pequeña escuchaba las anécdotas que me contaban mis amigos sobre sus abuelas, me las imaginaba como ogros malgeniados con mucho más poder sobre ellos que sus propias madres y eso me parecía aterrador. Entonces sentí que mi abuela materna Clara Elena, había sido una especie de suerte que se había cruzado en mi vida. Tuvo diez hijos en total, entre ellos mi mamá.

Mi mamá dice que mi abuela fue siempre muy tranquila, porque no se preocupaba ni siquiera por llevar a mis tíos a la escuela, en realidad porque tampoco tenía los recursos para los implementos escolares de mis tíos. Tampoco se preocupó por inculcarles hábitos saludables de higiene, por eso a temprana edad a mi mamá se le cayeron algunos dientes y tuvo que empezar a usar prótesis. Ya pueden imaginar lo tranquila que es mi abuela Clara. Les permitía a sus hijas desde muy jóvenes ir a los bailes y tener novios, pero en ese tiempo no había recursos para planificar ni educación sexual, entonces mis tías fueron quedando embarazadas.

Mi abuela paterna era en cierta parte lo contrario, ella nos trataba con mano dura, tal como había criado a mi papá, mis tíos y mi tía Luz. Aunque mi abuelo también fue muy duro con sus hijos, con nosotros sus nietos fue el más consentidor. Mi papá dice que desde muy niño, cuando llegaba del colegio le tocaba irse por el pueblo a vender el mango que bajaban de los árboles de la casa, mientras mis tíos pescaban. Eso y el suero costeño que hacía mi abuela eran los únicos sustentos económicos de la casa. Por eso cuando ella pillaba a mi papá o a mis tíos jugando, metiéndose en la ciénaga o encaramándose a los árboles los reprendía con

un solo golpe. No tenían derecho a jugar sino a trabajar y colaborar en la casa. Mi tía Luz debía ayudar a mi abuela en los quehaceres de la casa, y pobre de ella donde la pillaran en malas andanzas como les decían mis abuelos, es decir con amigos o novios, ni por sospecha podía dejarse ver. Mi mamá y mi papá fueron criados y educados bajo diferentes mandos bajo los cuales me educaron.

Recuerdo que odiaba cuando mi mamá se reunía en casa con tías, primas o amigas a hablar en la sala porque en algún punto de la conversación iba a llegar el momento incómodo en el que hablarían de mí. A mi mamá siempre le ha gustado compararme con las hijas de ellas. Las conversaciones giraban en torno a todas las habilidades que sus hijas tenían para la cocina, el aseo y las labores de casa. Sus amigas no se quedaban atrás, también se sentían orgullosas al hablar de ellas y poder aconsejar a mi mamá sobre cómo educarme, ser una buena hija e irme preparando para cuando me casara. Así lo decían y me preguntaban constantemente:

—Nancy ¿y cómo va a hacer cuando consiga marido? Tiene que aprender.

Mi mamá no se quedaba atrás.

— Nancy no me ayuda a nada aquí en la casa hija, esa pelada es flojísima.

— En la casa Samara sí hace, cuando yo llego de trabajar ha hecho la comida y le ha servido hasta a su papá.

— ¿Si oye Nancy? Tome ejemplo. Me decía mi mamá.

Esas eran siempre las conversaciones y yo prefería irme a mi cuarto y no escuchar porque sentía que mi valor como mujer se reducía a estar en una cocina sabiendo preparar un arroz, una carne salteada o unas pastas, pues de lo contrario no me iba a aprender a defender nunca sola. Sin embargo, cuando quise aprender a cocinar aborté misión porque mi mamá no tenía paciencia para enseñarme, me regañaba porque todo lo hacía mal.

Nací en Bogotá. Cuando mi mamá me dio a luz ya se había ido del pueblo con mi papá y estaban construyendo su vida en la ciudad. Sin embargo, siempre me he rodeado de su cultura y sus costumbres caribeñas, incluso en el colegio cuando estaba en primaria tenía una profesora costeña que se llamaba “Delfi” y nos dictaba artes. En sus clases nos preparaba para bailar y actuar en el carnaval del Caimán Cienaguero que se hacía en mi colegio,

aprendimos un poco de su cultura y las costumbres de diferentes regiones. Otras veces nos sentaba en sus piernas y nos enseñaba a coser para que tejiéramos con lanas de colores las pancartas. Ella era de un temperamento fuerte, muchos le temían por sus estruendosos regaños, pero yo nunca le tuve miedo, siempre fui juiciosa y no tuvo la necesidad de regañarme. Pese a ello su clase me gustaba mucho y de alguna manera sentía que estaba aprendiendo de mis raíces.

Lo único que no me gustaba de su cultura lo fui descubriendo cuando visitábamos con mi familia sus tierras cada diciembre, empecé a crecer y a entender porque mi mamá y mi papá en la ciudad se desenvolvían y pensaban de la forma en que lo hacían. Tenían costumbres muy machistas y mucho más fuertes o marcadas que las que se veían en las familias de la ciudad.

La historia de amor de mis padres siempre me ha parecido muy linda. Cuando mi mamá estaba en el pueblo salía con un muchacho que se llama José Luis, tenía fama por andar de mujer en mujer, y como el buen Don Juan de todo pueblo la resultó enamorando. La dejó preñada y una vez se enteró de su embarazo desapareció. Mi papá siempre estuvo detrás de mi mamá, incluso antes de que ella le parara bolas a José Luis. Pasó el tiempo y cuando se dio cuenta que mi mamá había quedado sola, hizo de todo por conquistarla sin importarle que estuviera embarazada. Mi mamá dice que era muy detallista, le llevaba bolis y pasteles de pollo para que comiera, la llevaba a los estancos a bañarse y la invitaba a almorzar. Una vez le regaló un cerdo para que lo cuidara y luego se hiciera un dinerito cuando lo vendiera. Él se hizo cargo de ella durante todo su embarazo, la acompañó, crio a mi hermana mayor y por supuesto a nosotros sus otros tres hijos. Llevan treinta años juntos y creo que lo que más me gusta de las historias de amor de antes es que son muy duraderas, aunque eso no signifique que todo sea color de rosa. Pero ahora no son ni duraderas ni color de rosa.

La única historia de amor que creí estar viviendo alguna vez terminó en una pesadilla completa. Me había enamorado en el colegio, realmente allí me enamoré muchas veces, desde que estaba en primaria. Yo sentía que era amor porque cuando un niño me gustaba, se me metía en la cabeza de una forma absurda. Lo pensaba todo el tiempo, caminaba por la calle y quería cruzármelo en algún momento, anhelaba coincidir en el espacio del descanso con ellos, si era del mismo salón buscaba sentarme en el pupitre de al lado. Puede sonar un

poco obsesivo, pero así me pasó desde muy pequeña. A la edad en que me empezó a suceder, alrededor de los nueve años, lo más seguro era que la gente pensara que eran bobadas de niñas, pero yo sentía que eran sentimientos de verdad y realmente me afectaban. Él último chico del que me enamoré de esa forma y un poco más fue de Antonio, estaba dos cursos más adelantado que yo y llegamos a tener un romance no muy oficial. En ese entonces yo estaba muy enamorada, pero al parecer él solo quería algo pasajero. Al principio me costó mucho aceptarlo, pero cuando él se graduó y dejé de verlo pude ir asimilando que lo mejor era distanciarme. Lo hice de una manera muy madura.

Cuando me gradué del colegio entré a estudiar en la misma universidad que él y nos volvimos a hablar. Esta vez él fue quien me empezó a buscar, pero mi trato hacia él ya había cambiado aunque mis sentimientos no. Me mostré muy desinteresada y se empezaron a invertir los papeles. Un día me confesó que quería tener algo en serio conmigo, le dije que no le creía nada pero él insistió. Era el momento que siempre había esperado y nunca llegó entonces me dije ¿Por qué no darme la oportunidad de estar con el amor de mi vida? porque así lo llamaba yo. Lo acepté y empecé a vivir cosas que creí que nunca iba a vivir con alguien y mucho menos con él.

Al principio parecía todo muy bonito, él era muy inteligente pero también muy arrogante, me preguntaba muchas cosas que en el fondo sabía que yo desconocía solamente para mostrarse deslumbrante con sus explicaciones y dejarme en un lugar de deslegitimación, me hacía sentir que él era demasiado intelectual para estar conmigo. Empezó a adoptar actitudes muy extrañas, cualquier cosa que le molestaba nunca me la comunicaba y lo que hacía era empezar a ponerse violento. Me decía que yo era la culpable por provocarle esas emociones y cada vez que intentaba huir de él cuando se ponía así, se complicaban las cosas. Me perseguía en la calle, en Transmilenio y sutilmente sin que la gente lo notara me pellizcaba muy fuerte. Yo tampoco era capaz de hacerle algún escándalo, me aguantaba y hacía como si estuviera jugando con él en medio de risas falsas que me hacían llorosear los ojos del dolor. En algún punto de la relación consideramos tener tiempo de descanso para los dos, así que empezamos a ir a su casa cada viernes después de salir de clases. Allí él me ayudaba a hacer trabajos de la universidad, veíamos películas y sacábamos a pasear a sus perros. Sin darme cuenta, habíamos llegado a un punto de la relación en que decidir entre ir un viernes a salir con mis amigas a tomar un café, o irme a mi casa directamente ya no era opción de viernes, porque

era atenerme a un problema seguro con él por no ir a su casa. Con el tiempo entendí que su verdadero interés era tenerme en su cama acostada abierta de piernas, por eso eran tan sagrados esos días. Las primeras veces que decidí abstenerme se molestaba mucho y terminábamos peleando. Por eso para evitar que siguiera sucediendo le complacía en lo que él quería.

Un día llegamos a su casa, le dije que no quería hacer nada con él y fue como si le hubiera dicho que se iba a morir, me agarró muy fuerte, me empezó a quitar la ropa muy bruscamente y con rabia empezó a penetrarme. Yo decidí no hacer nada, ni siquiera intente ir en contra de su voluntad, le permití hacer lo que quisiera y me dispuse a mirarlo todo el tiempo, creo que mi rostro de decepción no lo disimulaba, lo miré como si nada grave estuviera pasando. Sentí asco y mucha lástima por él y por mí, de ver hasta donde había llegado su desespero sexual. No volví a ir a su casa nunca más. A raíz de esas experiencias sexuales que tuve con él, sentí que mi libido disminuía cada vez más, hasta el punto que ya no he podido estar con otras parejas de la forma en que quisiera, pero sí, sintiéndome culpable de no corresponder “como debería”. Mi reacción constantemente se convirtió en estar a la defensiva, para así hacerme respetar y hacerle entender a otros que no pueden pasar sobre mis deseos.

A mis trece años en muchas ocasiones me sentí amenazada y en peligro, pero creía que quizá estaba exagerando y podía no ser lo suficientemente grave como para contárselo a mi mamá y ridiculizar al tipo. Pensaba en ella, porque cuando una es pequeña a veces siente más confianza para contarle secretos a otras mujeres. Al igual que les pasa a los hombres con sus padres, en la mayoría de los casos. Tenía claro que en el momento que llegara a pasarme algo se lo iba a comunicar, pero no pensé en la posibilidad de contarle para prevenir que ese algo me sucediera.

Mi tío materno empezó a vivir en mi casa, mi mamá lo estaba ayudando mientras él se instalaba en la ciudad y lograba conseguir un trabajo. Cuando yo llegaba de estudiar el único que estaba en casa era él. Yo siempre llegaba a sentarme en el computador de mesa que estaba ubicado en la sala para hacer las tareas del colegio, hacia el costado derecho quedaba el baño. Mi tío tenía la costumbre que cuando entraba a orinar dejaba la puerta abierta. El inodoro quedaba de frente, es decir que cuando él entraba al baño quedaba dando la espalda a quien pudiera pasar la mirada por allí. Pero en su caso lo que hacía era ubicarse al costado izquierdo del inodoro y orinar de lado. Mientras orinaba siempre me llamaba y me empezaba a

preguntar cualquier cosa para que yo lo mirara mientras él se cogía el pene. Al principio siempre caía, se me olvidaba que él me llamaba para que lo mirara mientras sacudía su miembro. Yo lo miraba y rápidamente volvía la mirada a la pantalla mientras respondía a lo que él me estaba preguntando. Se hacía el de oídos sordos y seguía preguntándome cosas para que yo mirara. Lo único que pensaba era que si llegaba a acercarse a mí con los pantalones abajo iba a salir corriendo por la puerta que quedaba al costado izquierdo de mi escritorio. Nunca sucedió nada, pero cada vez que lo veo no puedo borrar esos recuerdos de mi memoria.

A veces cuando pienso en lo que ha significado para mí ser mujer, ha sido una relación de amor y odio porque siempre he admirado y me ha parecido asombrosa nuestra capacidad de ser creadoras, dadoras de vida, tenemos una conexión única con la tierra. Pero cuando una crece comprende que ser mujer se limita a encerrarse en sólo una categoría y que en ella tiene que aprender cosas particulares, desde cómo comportarse, cómo vestirse, cómo hablar, cosas que DEBE aprender a hacer y formas en que DEBE empezar a pensar.

La mujer que me enseñaron a ser es diferente a la mujer que en el fondo soy. Lo que más me pareció contradictorio siempre fue el hecho de que las mujeres de mi casa alimentaran esos imaginarios, construyeran sus propias identidades al servicio de los intereses y comodidad de los hombres de la casa. Por eso muchas veces pensé en que sí, me hubiera gustado haber nacido del otro sexo, así mi vida hubiera sido diferente. Pero el amor que he construido, la admiración hacia las mujeres y lo complejo que a veces nos toca, me ha llevado a amarme siendo mujer.

Con mi mamá nunca tuve mucha confianza para comunicarle lo que pensaba sobre la forma en que me educaba. Yo sentía que ella no me escuchaba y las pocas veces que intentaba comunicárselo, se me quebraba la voz porque me daba mucha rabia que en todo me contradecía. Mis papás nunca fueron permisivos conmigo, nunca me dejaron ir a un cumpleaños, a un paseo del colegio, a una fiesta, a una pijamada con mis amigas, mucho menos tener novios o llevar amigos a la casa. Eso lo pude empezar a hacer a mis veintiún años y ahora tengo veinticinco. Eran así conmigo, porque siempre temían que yo fuera a quedar embarazada a temprana edad y mi mamá me advertía que donde eso llegara a suceder tenía que irme de la casa inmediatamente.

De un momento a otro mi mamá empezó a controlarme y sobreprotegerme, no se comportaba usualmente de esa forma conmigo sino hasta que mi papá le empezó a decir que hacer o no con nosotros sus hijos, nunca estuvo de acuerdo con que nos diera libertad. Entonces ella adoptó el carácter de mi papá y todo se lo consultaba a él antes de darnos autorización, incluso cuando parecía que en el fondo ella no quería ser tan dura, lo intentaba demostrar en su rostro para que nosotros no le hiciéramos cambiar de parecer y así no entrar en discusiones con mi él.

Con el tiempo y a raíz de la pandemia que vivimos, en mi casa cambiaron algunos comportamientos de mi papá, pues al no tener trabajo y no sentirse productivo empezó a colaborar en los quehaceres de la casa, mi mamá también se lo fue exigiendo. Sin embargo, a mi hermano jamás le decía nada, me daba cuenta que por mucho tiempo le ha dado pena pedirle algo, medio lo sugería, pero no pasa nada si no lo hacía. En cambio, yo desde pequeña no podía desobedecer en algo que ella me pedía o me pegaba unos buenos correazos y me amenazaba con no dejarme volver al colegio.

En el camino que iba recorriendo en mi formación como profesora, siempre consideré importante atender desde la escuela a problemas aparentemente simples que se presentan en el aula y en la vida, con los que particularmente nunca estuve de acuerdo desde las experiencias que viví en mi colegio. Partiendo de que allí nunca se hablaba de género ni me había preguntado por ello a profundidad, pero siempre existió un malestar en mí por el hecho de que nos trataran diferente y nos vieran muchas veces en desventaja a las mujeres en relación a los hombres. Los problemas de género son temas que considero muy importantes de abordar en el aula, no solo para prevenir abusos, injusticias, exclusiones sino para que todas y todos podamos darle voz a lo que nos pasa y lo que sentimos.

Esta profesora que cuando niña se escondía en su cuarto para no escuchar el instructivo sobre como existir correctamente, que ponía música a alto volumen para hacerse la de oídos sordos, la que guardaba sus propios miedos en silencio, la que no podía hablar porque se le quebraba la voz. Esta mujer profesora se está transformando, pero ya no viene preparada para seguir ocultando y encubriendo una justicia más, ya ha aprendido a sacar su voz, ya no tiene vergüenza, ya no tiene miedo.

MARÍA DEL TRÁNSITO



Escritora

Pectora

“Odié la pobreza desde pequeña porque yo sabía que lo que me había pasado era por ser pobre, porque no me pudieron pagar un buen jardín, porque mis papas nunca estaban, tenían que trabajar.”

Una habitación de paredes color verde pálido con vista a la calle, una cama de madera, un viejo televisor que funcionaba a golpes y una niña observando cómo jugaban los niños por la ventana.

A mí nadie me regañaba por nada cuando era niña porque siempre estuve sola en la casa, podía jugar a lo que yo quisiera excepto a las Barbies y a las muñecas pues esas nunca me gustaron. Lo que sí me gustaba jugar era a la cocinita, lo hacía cada vez que sentía hambre y no encontraba nada de comer, así se me pasaba el tiempo mientras esperaba a mi mamá a que llegara del trabajo y me preparara la cena. Cuando estaba en el colegio ese era también mi juego favorito y mis amigas jugaban conmigo, nos gustaba hacer sopas, armábamos un fogón de mentiras con palos y hojas. Decíamos que era una estufa moderna con horno que ayudaba a que la comida estuviera en cinco minutos. A la sopa le echamos papa criolla, carne y ensalada, mi comida preferida. En el juego yo era la única que cocinaba porque de mi mamá aprendí que si varios le metían la mano, la comida se dañaba, entonces mis amigas servían los platos y conseguían los insumos. De mi papá aprendí a sorber la sopa para disfrutarla y a limpiarme la boca con el mantel, lo hacía todo el tiempo aunque a mi mamá no le gustaba y me regañaba.

También me gustaba jugar fútbol, siempre elegía ser defensa o la arquera. Yo sabía del tema porque mi papá patrocinaba una escuela de deportes y me llevaba casi siempre a los entrenamientos cuando había torneos. Recuerdo que cada fin de mes, él se ponía a tomar en la Federación y me daba traguitos de cerveza, en ese tiempo yo tenía cuatro años. Mi mamá lo regañaba, pero a él le gustaba consentirme y alcahuetearme. Cuando iba creciendo alrededor de los ocho hasta los doce años, me tocó ir aprendiendo a cocinar para hacerme mis propias comidas y aunque la cocina a mí nadie me la enseñó, aprendí viendo, sin hacer preguntas, porque mis papás se molestaban y asumían que yo debía saberlo todo.

Alguna vez cuando tenía doce años mi tío, el hermano de mi papá me invitó a un paseo al mar, porque él siempre ha tenido dinero y me ha consentido mucho. Como era a principios

de enero y no tenía que entrar al colegio aún, mis padres me dejaron ir. Para no sentirme tan recargada económicamente en mi tío le pedí a mi papá que me diera plata por si llegaba a necesitar. Me dio veinte mil pesos, él siempre ha sido muy tacaño pero creo que eso ya es una costumbre de quienes viven en el campo, por eso él es así. Al viaje también fue mi prima y quedamos a cargo únicamente de mi tío por eso su comportamiento era un poco sobreprotector, nos tocaba decir mentiritas piadosas para poder salir. Casi siempre le decíamos que íbamos a comprar un helado, pero resultábamos yendo a la playa.

Una tarde de esas noté que había un niño cucuteño muy lindo y creo que no disimulé porque la mamá de él se dio cuenta que no paré de mirarlo y en cuestión de minutos me lo presentó. Sentí mucha vergüenza, pero me gustó que lo hubiera hecho. Ese mismo día planeamos vernos en la tarde entonces me devolví para la casa, me arreglé, me puse bonita y mi prima me acompañó. Dijimos que íbamos para el Olímpica por un helado, pero nos fuimos para la playa. Cuando estábamos allá tuve un presentimiento, fue como si alguien me estuviese observando. Volteé la mirada y a nuestras espaldas estaba mi tío que venía hacia nosotras, estaba encabronado, traía en la mano una trenza de cable con la que nos pegaba y claramente ya sabíamos lo que nos esperaba. Él no sufrió nunca de pena, nos iba pegando donde fuera y delante de quien estuviera. Esa tarde nunca la olvidaré porque mi tío nos trató como si fuéramos unas prostitutas delante del cucuteño y toda la gente que había en la playa, y lo peor del caso es que yo ni siquiera le había dado un beso a ese niño. Al siguiente día nos obligó a ir a misa, yo me sentí muy mal, no entendía cuál era la gravedad del asunto. Lo único que tenía claro es que a mis doce años ya era mujer sucia y pecadora según mi tío. Mi prima y yo salimos de la casa a la iglesia con un velo en la cabeza, nos había humillado de la peor manera. Lo contradictorio es que él ni siquiera era religioso, era un hombre tomador y muy machista. Además todo el show que había hecho era supuestamente por cuidarnos, pero al día siguiente mi prima y yo salimos de las duchas de la piscina del hotel, un tipo nos dijo morbosidades y mi tío no hizo nada. Cuando íbamos de camino a Bogotá, me fui las quince horas del viaje, apretada en la parte de atrás de la camioneta como una cucaracha escondida, con vergüenza de mí misma, porque me sentía como él me había tratado, como una pecadora.

Mi mamá se llama Marcela y hoy a sus cincuenta años es la mujer más entregada a Dios de la familia, nació en Tunja, Boyacá. Conoció a mi papá en las ferias y fiestas de su pueblo, él

llegaba de Santander, se vieron cada noche del festival y se terminaron enamorando, mi mamá le decía de cariño *el flaco*. Dos meses después ya eran novios, pero el flaco tuvo que prestar el servicio militar, cada vez que mi mamá podía lo iba a visitar, mientras tanto se hablaban por medio de cartas. Aunque luego se enteró que las cartas no solo se las mandaba a ella. Mi mamá quedó embarazada dos años antes de que el flaco saliera del ejército. Cuando salió siempre veía al flaco mes a mes envolviendo unos regalos supuestamente para su sobrino. Con el tiempo encontró que una de esas cartas, la cual había escrito con balas y decía “te amo María”, era una carta que había hecho en el ejército, pero no para mi mamá, sino para otra María; una muchacha de Santander con la que tenía otro hijo que le llevaba un año de diferencia a mi hermano, y para quién eran verdaderamente los regalos.

Mi papá siempre ha tenido problemas con mi mamá por su infidelidad. La última vez nos contaron que lo habían visto varias veces con una mujer en una panadería, mi mamá nunca decía nada y se quedaba sufriendo en silencio. Siempre me decía:

—Hay que confiar en Dios, hay un Dios que todo lo ve. A mí me pueden engañar, pero a Dios no. Él nos va a salvar de todo, incluso de que su papá vea a una mujer con otros ojos, Dios nos va a salvar de eso porque es él quien construye la familia y mientras tanto yo cumpliré con ser fiel en mi hogar.

Entonces me tocó ir a mí a la panadería a la misma hora que se reunían. Hice tremendo escándalo, lo pillé infraganti y todavía él tenía el descaro de negarlo. Después de todo le sirvió de escarmiento porque no lo han vuelto a ver en cosas raras.

Mi mamá es de las que cree que, aunque se tengan altas y bajas en una relación las mujeres no pueden hacer nada porque los hombres son infieles por naturaleza, confía en que la gloria de Dios y su voluntad es lo que hoy los mantiene juntos.

Ella siempre ha priorizado el bienestar de sus hijos y el de su esposo, antes que su propio bienestar. Muchas veces he tratado de hacerle caer en cuenta que no puede olvidarse de sí, que el amor no se da esclavizándose hacia otros como a veces lo hace. Sus mayores preocupaciones se basan en mantener la casa limpia, a veces no descansa ni duerme bien por intentar mantener al día todo lo que necesitan mi papá y mi hermano como la ropa lavada y la comida servida a unas horas específicas. No permite que ellos cumplan con sus propias labores. Cada peso que gana lo invierte en productos para el hogar y nunca para ella. Fue el estilo de vida al que se acostumbró una vez lograron tener un techo donde vivir aquí en

Bogotá, porque al principio cuando llegaron a la ciudad, mis papás no tenían nada, vivían como habitantes de calle.

Desde pequeña aprendí a forjar un carácter muy fuerte, yo era la hija menor de mis padres, pero era quien cuidaba a Diego, mi hermano mayor. Nos la pasábamos solos en la casa porque mis papás siempre estaban trabajando, entonces me tocaba enseñarle a mi hermano a comportarse y a tenerme respeto. Como mi papá era soldado, a mi hermano se le metía en la cabeza que mi papá iba disparándole a quien le diera la gana, y empezaba a gritar a sus profesores diciéndoles que los iba a mandar a matar con el arma de mi papá. Siempre recibí quejas de los profesores, cuando iba a recogerlo del colegio. Además, le pegaba mucho a sus compañeros e incluso a mí, pero empecé a adoptar las mismas palabras y actitudes que mi mamá tenía con él cuando no hacía caso, aun siendo su hermana menor. Cada vez que se salía de control le gritaba.

— ¡Diego cálmese! Poco a poco se volvió más obediente.

Mis tías me consentían y confiaban mucho en mi cuando pequeña porque decían que era la más juiciosa de todas las sobrinas, me quedaba sola en casa, no salía y esperaba hasta muy tarde a mis papás, pero yo no me siento muy orgullosa de eso. Sin embargo, cuando era más pequeña y tenía alrededor de cinco años, me dejaban en un jardín que quedaba a una cuadra de nuestra casa. Cada mañana que mi mamá me llevaba me daban muchas ganas de llorar, pero me aguantaba porque la señora que me cuidaba me trataba muy mal donde me viera haciendo berrinches. Luego crecí y reflexioné que eso no era nada parecido a un jardín y tampoco me cuidaban, era una casa donde había gente, unos cuatro niños más y simplemente allá me dejaban. Recuerdo que los niños andábamos por toda la casa y una vez me caí por las escaleras porque eran demasiado inseguras. Me quedé sin aire como por un minuto y me atacó a llorar, la señora me vio mal y llamó a mi mamá, tuvieron que llevarme al hospital y el doctor dijo que por poco y me partía las costillas. Sin embargo, mi mamá me siguió dejando al cuidado de ella y no dejaban de pasarme cosas. Un día iba pasando por un cuarto y me llamó la atención que había un televisor grande y estaban transmitiendo muñecos, me asomé cuidadosamente y desde la puerta los veía pero no me había fijado que estaba un señor ahí, no recuerdo si era el esposo de la señora. El caso es que él me vio y me dijo:

— Venga, entre y mire los muñecos aquí (Señalando la cama)

Cuando me senté él me jaló para que yo me recostara en la almohada y me puso debajo de las cobijas según él para que yo no sintiera frío, pero luego empezó a meter las manos debajo de las cobijas a hacerme cosquillas y luego a tocar mis partes íntimas. Cuando traté de salir no me dejaba, yo no sabía qué hacer... al cabo de un rato llegó la señora que nos cuidaba. Me gritó muy fuerte y me dijo:

— ¿Usted qué mierdas está haciendo ahí? ¡parece una perra vagabunda!

Salí corriendo muy asustada, jamás nadie me había tratado de esa forma, tampoco entendía el significado de esas palabras, pero ya sabía que era algo grave, tanto que quedaron muy marcadas en mi memoria hasta hoy. Nunca le dije nada a mis padres, me daba miedo.

Hubo otro tiempo en el que mi mamá empezó a dejarme al cuidado de mi tía, el marido de ella no me generaba mucha confianza, él era indiferente conmigo pero cuando estábamos solos hacía que me daba cariñitos, se comportaba muy atento. A mí no me gustaba su forma de tratarme, pero sentía que no estaba haciendo nada malo y por eso yo no decía nada. Justamente por quedarme callada, ese hombre se aprovechó de mi silencio. Mi tía estaba durmiendo y yo me había quedado en la sala jugando, llegó él y me cogió con mucha fuerza, empezó a tocarme debajo de la ropa interior, parecía desesperado y yo tenía mucho susto, se estaba repitiendo la historia. En cuanto se despertó mi tía me soltó, me apunté el pantalón y fui corriendo donde ella a decirle que me llevara a donde mi abuela. Nunca le conté a nadie, me daba miedo.

Crecí con ciertas limitaciones en la forma de comportarme, impuestas por mi mamá en su intento por cuidarme, como no salir a la tienda sin la compañía de un adulto por el riesgo a que me violaran, no jugar con mis primos al papá y a la mamá porque no podíamos darnos besos, no bailar en reuniones o fiestas porque me podían mirar con ojos de deseo y hacerme cosas malas, etc. Curiosamente las situaciones que viví fueron con personas que convivían muy cercanas a mí.

Odié la pobreza desde pequeña, porque yo sabía que lo que me había pasado era por ser pobre, porque no me pudieron pagar un buen jardín, porque mis papás nunca estaban, tenían que trabajar. Yo me culpaba y me decía —A mí me paso esto es por ser pobre. Me dejaban cuidando en cualquier lado y al ser pobre las personas hacen conmigo lo que ellas quieren.

La primera y única vez que le conté a mi mamá lo que me había pasado fue a los diecisiete años. Ella me había echado de la casa de una forma muy abrupta porque se enteró que yo estaba consumiendo drogas, me pilló inhalando pegante pero lo que no sabía es que desde los doce años ya lo inhalaba. Entonces me botó la ropa del closet en el patio que estaba encharcado y me la mojó toda.

— Yo a usted le he dado todo María, ¿Por qué me hizo eso, primero marihuana y ahora otras sustancias? me decía.

Yo tenía mucho mal genio, le decía que no me había dado nada, que no había sido suficiente. Mi dolor hablaba por mí, aunque sabía que nunca tuvo la culpa de lo que me pasó. Claramente como ella había sido habitante de calle, lo poco que tenía me lo daba, y según ella me lo había dado todo, nunca me había faltado nada.

Me empezó a tratar muy mal por lo desagradecida que estaba siendo, llegué a un punto en el que estallé y con la voz entrecortada rompí en llanto. Se lo confesé todo.

— ¿Sabe por qué yo hago eso? porque a mí me abusaron ¡Me abusaron!

— ¿y qué?

— ¿Cómo que y qué?

— Ay no... ¿y ahora quien la abusó? ¿Qué le hicieron pues?

Mi mamá no fue nada empática ni sorora conmigo y eso jamás lo he podido olvidar, me rompió totalmente, fue como si no le hubiera importado lo que me sucedió, como si no me hubiera creído. Sin embargo, durante esa larga discusión le conté cada una de las cosas que me pasaron, pero después de esa tarde nunca volvimos a tocar el tema.

Nunca imaginé que esa sería la manera de contárselo a mi madre, pero sabía en el fondo que era algo que quería que supiera y necesitaba liberar de mí.

Cada vez que veía a ese al señor del jardín porque prácticamente éramos vecinos, o veía a un adulto mayor alrededor de los sesenta años, sentía ganas de matarlo, pensaba *ojalá sea grande y yo tenga como pegarle un tiro a toda esa gente.*

Desde entonces odio mi niñez, odiaba ser niña, por eso ni siquiera películas veía, me vi Nemo en la universidad porque fue un requerimiento para las clases de doblaje, pero odiaba los contenidos infantiles, me parecían falsos a lo que yo vivía, a la realidad que me había tocado a mí. Por eso si me preguntan por los mejores recuerdos de mi infancia les diré que no tengo. Porque aunque yo jugara y actuara como una niña normal a la cual no le pasaba

absolutamente nada y tampoco le afectaba nada, omití mi infancia totalmente por esos recuerdos, la omití y la odié. Comencé a estar a la defensiva, cada vez que veía a un viejito me asustaba mucho y salía a correr. Son cosas que nos han sucedido a las mujeres generaciones tras generaciones.

En mi familia también les pasaron cosas muy graves a las mujeres de la casa. Primero por el hecho de que mi abuela tenía una discapacidad cognitiva, entonces los hombres se aprovechaban de ella, al punto que casi todos los hijos que tuvo los concibió por abuso, porque básicamente el que quería la violaba y nadie se enteraba. Por otro lado, mis tías me han contado una experiencia que vivieron todas las hermanas de mi mamá, incluida ella cuando eran niñas. Uno de los esposos de mi tía mayor, las amarraba a un palo, las manoseaba y abusaba de ellas, incluso de la que era su esposa. Mi mamá nunca me lo contó con sus propias palabras, ni siquiera cuando intento entrar a tocar el tema, pero, aunque no ha tenido el valor de contarme, yo sé que también le pasó y que lo que siente es culpa de haber sido niña y de no poder haber hecho nada en ese momento.

Mamá siempre quiso ser costurera, aunque en su tiempo aún no se hablaba de diseño de modas ella sabía que lo que le gustaba era crear, diseñar, inventar, coser. En el colegio solo cursó tercero de primaria y luego no se pudo dedicar a nada más, sino a trabajar. Aunque mi papá nunca la ha considerado inútil, o incapaz de realizar labores de trabajo, muchas veces si la ha hecho sentir inferior a él. Mi papá nos ha demostrado amor a su forma, ha sido un poco agresivo pero son costumbres que apropió en el campo. Lo que si ha tenido siempre es un genio complicado, es el hombre más impaciente que yo conozco. Una vez íbamos mi mamá, mi papá, mi hermano y yo en el carro pasando por el tercer milenio. Nos dirigimos a recoger un pedido y mi papá cogió por la avenida que más trancón tenía. Cuando nos dimos cuenta se estaba pegando puños en la cabeza y decía

— Yo por qué soy ¡tan estúpido! ¡tan estúpido!

Todos le decíamos que se calmara, que no era para tanto, que se tranquilizara.

En otra ocasión cuando yo tenía siete años, ni mis padres ni yo sabíamos que necesitaba usar gafas, pero lo que si me pasaba frecuentemente era que se me camuflaban las cosas según los colores. Estábamos en un almuerzo y de repente mi papá me cogió de la cabeza y me empezó a restregar la cara en encima de la mesa, no había entendido porqué sino hasta que sentí mi

cara totalmente mojada, había regado el jugo pero ni siquiera me había dado cuenta, no diferenciaba el cambio de color en el mantel. Me hizo pasar mucha vergüenza.

En mi adolescencia escuchaba muchos tabúes como el del cordón en la cabeza para comprobar la virtud que era famosísimo, o si una mujer se sentaba en la misma silla de otra que ya le hubiera llegado la regla también le iba a llegar la menstruación. Cuando me empecé a desarrollar mis tías me decían

—Tápese esas tetas y esa cola que ya se está desarrollando o ¿Es que quiere ofrecérsele a un niño?

Cualquier niña que veían e incluso yo, con ropa corta o muy pegada al cuerpo, para mi familia era ser *una perra*.

Empecé a conocer el amor, pienso que cuando existe entre una pareja y es correspondido se torna bonito, pero comprendí tiempo después que es más lindo cuando en primer lugar, es propio. Siempre he creído que nosotras las mujeres somos quienes estamos al tanto de que las relaciones amorosas funcionen, regándolas y alimentándolas. Incluso lidiamos cuando hay ciertos sucesos que nos marcan y nos hacen más difícil nuestro estar y existir con los hombres. Por ejemplo a mí me pasaba con mis primeras relaciones sexuales, al intentar estar con un hombre no me gustaba tener la luz apagada, se me venía al pensamiento del viejo del jardín, incluso hasta con mi ex me paso una vez. Fue horrible. Tuve muchos conflictos conmigo misma a causa de esas traumáticas experiencias.

Pero hace algún tiempo me he atrevido a contar lo que me ha pasado y me he permitido sanar y reconciliarme con mi niña. En mi casa soy una bruja completamente. Cuando la gente entra a mi casa se encuentra con un altar de cristales y fotos que me tomaron y me recuerdan etapas de mi vida. A una de esas fotos que por cierto quiero mucho porque me veo muy tierna y con mejillas redonditas, le puse mi cuarzo rosa del amor y una vela para reconciliarme con mi niña interior, porque cuando hablaba de ella empezaba a llorar y sabía que necesitaba volver a darle esa fuerza. Sentía que necesitaba pedirle perdón por todo el tiempo que omití niñez. Era como volver a retornar y eso me sirvió muchísimo. Me sirvió también sanar cuestiones del placer, hablaba conmigo misma y me decía — Me merezco ser feliz.

Empecé a entender que lo que me pasaba con mis parejas no era culpa mía, no estaba mal, lo que siempre estuvo mal fue que me hubieran abusado. Ahora me gusta pensar en estar bien,

en cosas bonitas como atraer energías de colores, visualizar el rojo, no dudar de mí, sentir que soy merecedora de estar feliz, sin sentir culpa y reconciliarme con el masculino. Para ello una de las cosas que me sirvió fue reconciliarme con mi papá. Él nunca abusó de mí, pero siempre sentí que me faltó su cariño, el hecho de que haya sido soldado y campesino lo hacía ser una persona muy distanciada, que no demostraba sentimientos hacia nosotras. O quizá está relacionado con su niñez, porque él fue huérfano, pero independientemente de las razones sentía su ausencia, excepto cuando se dedicaba a pegarme terriblemente. Cuando estoy bien con mi papá, me siento bien con el masculino, porque muchas veces que veía a cualquier hombre que me disgustaba, yo pensaba *es igualito a mi papá*.

Cuando me metí en círculos de mujeres y contaba mi experiencia me daba muy duro, me ponía a llorar, pero con el tiempo me ayudó a soltarme más y podía hablar con más tranquilidad. Ahora lo que trato de tener presente siempre, cuando cuento la historia, es no recrearlo en mi cabeza porque para mí es durísimo. Finalmente me alejé de los círculos de mujeres porque allá solo mencionaban que lo primero era el perdón y yo sentía que ese viejo no merecía mi perdón, no le iba a prender una vela y muchos menos quería recordarlo. Creo que es un proceso del cual tenemos que hacernos cargo como mujeres, independientemente de las diferentes situaciones que vivimos, y así mismo volvernos más fuertes. Lo digo porque personalmente cuando yo inicié a sanar me costaba, estaba en una posición de víctima que no permitía salir de allí, y hasta que lo logré pude preguntarme qué hacer con mi niña, o si lo que necesitaba era sanarla.

Por ser mujer tuve muchas limitaciones y desventajas en cuanto a las labores que se me asignaban y la poca credibilidad de mi inteligencia. Sin embargo, si hubiera tenido la oportunidad de elegir mi sexo seguiría eligiendo ser mujer porque, aunque se nos catalogue como frágiles creo que somos muy fuertes; me gusta que somos detalladas con las cosas, hábiles y sobretodo amorosas. Aun reconociendo que, quizá, si no hubiera sido mujer no hubiera estado muchas veces en desventaja con los hombres, principalmente con mi hermano y mis parejas sentimentales, no hubiera pasado por tanta violencia psicológica y económica. La niña que era, la mujer que pasé a ser y la que se está construyendo es a la vez mi profesora, y ella se ha empezado a interesar justamente por las infancias, porque le parece que es una etapa tan importante para todos y todas, que no merece estar cargada de vivencias traumáticas, tristes y mucho menos violentas. Mi profesora es también una niña con sus

estudiantes y se asegurara de escucharlos, brindarles un acompañamiento seguro. Mi profesora creció, ya no duerme en una habitación de paredes color verde pálido, ahora son rojas. Cubrió la ventana que daba vista a la calle, ya no quiso prender el viejo televisor que únicamente mostraba noticias falsas, había salido a las calles, al territorio, a jugar con los niños que veía desde la ventana, a untarse de realidad. Mi niña había crecido, se había convertido en profesora.